

UNIVERSIDAD CENTRAL "MARTA ABREU" DE LAS VILLAS

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA**

**TESIS EN OPCIÓN AL GRADO CIENTÍFICO
DE DOCTOR EN CIENCIAS FILOSÓFICAS**

Título:

**Filosofía y política en el pensamiento de José
Ingenieros**

Autor: Lic. Jorge Morales Brito

Tutor: Dr. Rafael Plá León

Santa Clara, 2014

Agradecimientos

A mis padres, por infinitas razones.

A Silvia, por estar dentro de ese infinito.

A mis compañeros del Departamento de Marxismo e Historia de la UNISS que se hicieron copartícipes y confiaron en la validez de este esfuerzo; en especial a Frank y Lissett que soportaron largas disertaciones del tema; a todos los trabajadores de esos muros que, de una u otra forma, apoyaron la supervivencia de esta investigación.

A Irina e Irmina, por los préstamos generosos.

A la profesora María Teresa Vila Borney y su familia, por las atenciones en momentos de necesidad.

A todos los marxistas, por existir y por haber mantenido la crítica revolucionaria en las más difíciles condiciones

SÍNTESIS

A pesar de la amplia bibliografía que se ha ocupado de estudiar el pensamiento de José Ingenieros, existen carencias en cuanto al análisis del papel cumplido por la filosofía en su obra global. Abordando una dimensión de estas carencias, el *objeto de estudio* de esta investigación es la concepción filosófica de Ingenieros sobre la relación entre la teoría y la actividad práctica, entre el individuo y la sociedad y el impacto de la misma en sus enfoques sobre el sujeto histórico, sobre la democracia, sobre la revolución social, la actividad política y el papel del Estado en los cambios sociales.

Para desarrollar esta cuestión, la tesis tiene como *objetivo general* determinar el papel desempeñado por la filosofía en la trayectoria seguida por el pensamiento político de Ingenieros. Ello incluye definir si existe en su esquema filosófico una negación concreta, dialéctica, de la teoría liberal. Los objetivos específicos son: 1) Plantear una visión crítica sobre el supuesto carácter revolucionario de la filosofía burguesa posclásica en la región; 2) Aclarar los vínculos entre la concepción filosófica de Ingenieros y las crisis que afectan a los proyectos políticos de la burguesía argentina y de los movimientos obreros y revolucionarios; 3) Definir el papel de la concepción filosófica de Ingenieros sobre la relación individuo-sociedad, sobre el vínculo entre la teoría y la actividad práctica en su interpretación del socialismo, en sus concepciones sobre el imperialismo, en sus análisis sobre el papel de las masas y los intelectuales en la formación del sujeto histórico, en sus enfoques sobre la unidad latinoamericana.

Se plantea la *hipótesis* de que la tendencia de Ingenieros a fundamentar, desde su esquema filosófico, las posiciones ideológicas de sectores medios de la burguesía argentina, obstaculiza y debilita el desarrollo de los elementos de su producción teórica que responden a los intereses de los movimientos populares de carácter revolucionario.

Esta tesis está en condiciones de aportar al estudio de las tareas histórico concretas que presentaron las corrientes de la filosofía burguesa posclásica en Latinoamérica. En especial, aporta a la valoración del impacto que tuvo el positivismo, así como las teorías antipositivistas sobre el pensamiento socialista y sobre la asimilación del marxismo en la obra de Ingenieros.

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: COORDENADAS LÓGICAS E HISTÓRICAS DEL PROBLEMA EN TORNO AL CARÁCTER REVOLUCIONARIO DE LA FILOSOFÍA.	6
1.1 El enfoque marxista sobre el papel de la filosofía en la sociedad capitalista desarrollada.	6
1.2. El problema del carácter revolucionario de la filosofía en Latinoamérica.	22
Conclusiones Parciales del Capítulo I	48
CAPÍTULO II: PROBLEMÁTICAS Y SOLUCIONES ESENCIALES EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO Y POLÍTICO DE JOSÉ INGENIEROS.	51
2.1. Cuestiones iniciales en el pensamiento de Ingenieros: revolución, socialismo e individuo.	51
2.2. La concepción positivista del capitalismo y del socialismo en el pensamiento de Ingenieros.	65
2.3. La concepción de Ingenieros sobre la práctica y la revolución como producción de ideales.	81
Conclusiones Parciales del Capítulo II	113
CONCLUSIONES GENERALES	115
NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	119
BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR SOBRE EL TEMA	141
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	142

Introducción

El estudio del papel de la filosofía en la sociedad contemporánea sigue atrayendo el interés de diversos investigadores. En el caso latinoamericano, distintas corrientes han defendido el criterio de que la filosofía ha tenido un impacto progresista, incluso emancipador. Esta postura ha levantado contrapunteos críticos entre sus propios defensores. Basta con recordar la posición de Augusto Salazar Bondy o la diversidad de las aspiraciones que sobre esa problemática tuvieron Juan Bautista Alberdi, los distintos representantes del positivismo, los denominados “fundadores” y, más tarde, los exponentes de la filosofía de la liberación.

El debate en torno a si es posible sostener la existencia de un pensamiento filosófico latinoamericano forma parte de este contrapunteo. Estudios más recientes, realizados desde la década de los ochenta en Cuba, en especial por investigadores de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, retomaron una perspectiva centrada en desatacar el valor de las ideas humanistas que, desde este enfoque, poseen las producciones de la filosofía en la región. Esta posición se ha consolidado en los últimos años, haciendo compleja la reconstrucción de una visión crítica que valore el papel de los esquemas filosóficos en el planteamiento y solución de los problemas regionales.

La presente investigación retoma el enfoque del marxismo clásico y de sus continuadores, el cual se inserta con sus propias peculiaridades dentro del estudio del pensamiento latinoamericano y de sus corrientes filosóficas. En este caso, se retoma la posición de Marx y Engels sobre el agotamiento de filosofía burguesa clásica y posclásica para servir de instrumento teórico a la actividad práctica de los sujetos revolucionarios.

A partir de esta concepción, se revelan las contradicciones de los intentos por desarrollar los intereses e idearios revolucionarios desde la restauración de enfoques filosóficos asociados al liberalismo. El marxismo revela cómo la reproducción de la teoría especulativa, inclinada a sustituir las categorías económicas, los antagonismos clasistas y las problemáticas políticas por la contraposición entre cualidades abstractas del ser humano limita la aprehensión, por parte de intelectuales destacados del período, de las condiciones históricas que determinan la formación de la conciencia revolucionaria.

José Ingenieros, con su participación en etapas tempranas de los movimientos obreros y estudiantiles, con su aporte a la producción filosófica en Latinoamérica, resulta un ejemplo característico del desarrollo de un ideario político contradictorio, con tendencias reaccionarias y progresistas. La revisión de los estudios interesados en su obra demostró que el análisis del papel que jugó la filosofía en la fundamentación de su pensamiento político resulta una cuestión no agotada, lo que revela un aspecto novedoso de la presente investigación.

El acercamiento a las condiciones históricas de Argentina, que en el tránsito entre los siglos XIX y XX experimentó sucesivas crisis y reestructuraciones del proyecto liberal, así como el ascenso del movimiento obrero; el hecho de que Ingenieros asimila concepciones del liberalismo, del anarquismo, del socialismo y del marxismo, sugiere como *problema teórico* la cuestión de si su filosofía, caracterizada por la pretensión de unificar en la abstracción idearios e intereses sociales antagónicos, fue capaz de convertirse en instrumento propicio para desarrollar su pensamiento político revolucionario.

Esta problemática se relaciona con un estudio de las tendencias objetivas del positivismo y de las corrientes antipositivistas, entre las cuales se destaca la inclinación a adaptar el marxismo y el socialismo a los esquemas liberales.

El *objeto de estudio* de esta investigación es la concepción filosófica de José Ingenieros sobre la relación entre la teoría y la actividad práctica, entre el individuo y la sociedad y el impacto de la misma en sus enfoques sobre el sujeto histórico, sobre la democracia, sobre la revolución social, la actividad política y el papel del Estado en los cambios sociales.

En la sociedad argentina, cada vez más determinada por las contradicciones del capitalismo dependiente, la fuerte presencia del positivismo y de la reacción antipositivista en la restauración del proyecto liberal, la asimilación por parte de Ingenieros de los esquemas e imperativos ideológicos de esta restauración, sugieren la *hipótesis* de que su concepción filosófica sistematiza las necesidades del proyecto burgués y se contrapone al desarrollo de una concepción política revolucionaria.

La tendencia de Ingenieros a fundamentar, desde su esquema filosófico, las posiciones ideológicas de sectores medios de la burguesía argentina, obstaculiza y debilita el desarrollo

de los elementos de su producción teórica que responden a los intereses de los movimientos populares de carácter revolucionario. Estos últimos no se convierten en la expresión determinante de su pensamiento, no alcanzan la sistematicidad que sí corresponde al esquema positivista e idealista. La forma filosófica especulativa de teoría marca las conclusiones generales de Ingenieros, afectando la conexión entre su pensamiento y la actividad de los sujetos revolucionarios. Dicha conexión sólo aparece en sus análisis políticos, pero resulta fragmentada con respecto a la continuidad que alcanza el esquema filosófico.

Con vías a profundizar el análisis de esta problemática, se señala como *objetivo general* determinar el papel desempeñado por la filosofía en la trayectoria seguida por el pensamiento político de Ingenieros, tanto el asociado a los movimientos populares como el que corresponde a las necesidades del capitalismo en la región. Ello incluye definir si existe en la filosofía de Ingenieros una negación concreta, dialéctica, de la teoría liberal.

Un *objetivo específico*, necesario para esclarecer las tendencias del pensamiento de Ingenieros, se concentra en plantear una visión crítica sobre el supuesto carácter revolucionario de la filosofía burguesa posclásica en la región.

Se incluye, como *objetivo específico*, aclarar los vínculos entre la concepción filosófica de Ingenieros y las crisis que afectan a los proyectos políticos de la burguesía argentina, así como al movimiento obrero y revolucionario del período.

Se impone, además, el *objetivo específico* de definir el papel de las concepciones filosóficas de Ingenieros sobre la relación individuo-sociedad, sobre el vínculo entre la teoría y la actividad práctica en su interpretación del socialismo, en sus concepciones sobre el imperialismo, en sus análisis sobre el papel de las masas y los intelectuales en la formación del sujeto histórico, en sus enfoques sobre la unidad latinoamericana y sobre la democracia.

Entre los aportes de la investigación se destacan:

- 1) El planteamiento de la continuidad y de las diferencias teóricas que existen entre el papel cumplido por la filosofía en la etapa independentista, de los inicios de las

repúblicas con respecto al despliegue de la filosofía positivista y antipositivista en la región.

- 2) La reconstrucción teórica de la relación histórico-lógica establecida entre la filosofía y las ideas políticas de Ingenieros, que evolucionó desde la unidad entre el pensamiento filosófico y el liberalismo, hacia la contradicción entre su filosofía y su pensamiento político revolucionario.
- 3) El esclarecimiento del papel que alcanzó la posición ideológica de la burguesía argentina en el desarrollo de la filosofía de Ingenieros. En especial, del carácter ambiguo de la postura asumida por la llamada “clase media”, que contribuyó a limitar el desarrollo de su pensamiento revolucionario, al inclinarlo a elaborar un esquema “mediador”, como supuesto unificador entre el marxismo y el liberalismo.
- 4) La definición de las deformaciones teóricas sufridas por el pensamiento socialista y marxista en la obra de Ingenieros.
- 5) El esclarecimiento del papel cumplido por la concepción filosófica de Ingenieros sobre la práctica como producción de ideales y sobre las relaciones individuo-sociedad, que al reproducir el individualismo, el idealismo y el elitismo, limita el desarrollo de su ideario antimperialista, latinoamericanista y los elementos socialistas de su pensamiento político.

Atendiendo a la problemática y a los objetivos propuestos, los resultados de la investigación se organizan y exponen en dos capítulos. El primer capítulo analiza las aristas contradictorias de los enfoques que defienden el papel de la filosofía burguesa posclásica en la formación del pensamiento revolucionario, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Para ello, en el párrafo 1.1 se aborda el enfoque marxista sobre el fin de la especulación filosófica como instrumento de aprehensión concreta de las condiciones sociales, en tanto expresión de la crisis del carácter revolucionario de la burguesía en la etapa. Por su parte, el párrafo 1.2 desarrolla un análisis sobre el avance del pensamiento filosófico en Latinoamérica, en el período que va desde el desarrollo del romanticismo historicista hasta el auge del positivismo, aclarando la continuidad y las diferencias

substantiales entre los papeles cumplidos por esquemas filosóficos propios de distintos modos de producción espiritual.

Un segundo capítulo se encarga de analizar el desarrollo de la fundamentación filosófica realizada por Ingenieros de corrientes y concepciones políticas destacables. Para ello, el párrafo 2.1 aborda la formación del ideario social de Ingenieros a partir de ideas socialistas, anarquistas y liberales, analizando las primeras contradicciones entre estos idearios y el papel del esquema filosófico en dichos conflictos.

El párrafo 2.2 analiza el espacio de mayor unidad teórica e ideológica entre el positivismo de Ingenieros y el proyecto de reforma liberal en Argentina. En este caso, se analizan las profundas deformaciones sufridas por el marxismo y el socialismo en su obra, a partir de la adaptación de estos idearios a los presupuestos de los esquemas positivistas y de la filosofía burguesa posclásica en general.

Finalmente, el párrafo 2.3 se ocupa del desarrollo pleno del esquema filosófico de Ingenieros. Aquí se analizan los fundamentos de su “idealismo basado en la experiencia”, el que se apoya en la crítica liberal contra la vertiente reformista del proyecto burgués. Este párrafo arroja conclusiones sobre el desarrollo de las contradicciones entre la filosofía de Ingenieros, cercana en este momento a la vertiente oligárquica del proyecto liberal y la reactivación del ideario socialista y antimperialista en sus trabajos políticos.

Esta investigación, luego de haber realizado un exhaustivo estudio de las relaciones entre el esquema filosófico y las ideas políticas de José Ingenieros, está en condiciones de enriquecer la docencia de pregrado y posgrado interesada en estudiar el carácter histórico-concreto de las ideas filosóficas desarrolladas por los pensadores latinoamericanos. Además, sus resultados investigativos se insertan en el debate crítico sobre el papel de la filosofía burguesa posclásica en el desarrollo del pensamiento revolucionario en la región.

Capítulo I: Coordenadas lógicas e históricas del problema en torno al carácter revolucionario de la filosofía

1.1. El enfoque marxista sobre el papel de la filosofía en la sociedad capitalista desarrollada

La valoración de las corrientes de la filosofía contemporánea ha sido retomada por un creciente número de investigaciones. Dentro de la prolífica bibliografía que se ha generado en torno al tema, la concepción marxista sobre el papel de la filosofía en las condiciones del imperialismo, como corresponde a una teoría producida a contracorriente, por demás afectada por las condiciones concretas de los sujetos que la elaboran, no ostenta la supremacía en la producción cultural y, mucho menos, hace gala de un control apreciable sobre los enfoques metodológicos con los que se enfrenta esta cuestión.

Tomando en cuenta que el dominio de una u otra perspectiva teórica sobre el mercado y el consumo de ideas no depende, exclusivamente, de su validez científica y que, como se verá en su momento, este dominio puede resultar inversamente proporcional a la rigurosidad con que la teoría aprehende la realidad concreta, resulta de especial importancia el despliegue de la concepción marxista sobre el papel de la filosofía en las sociedades contemporáneas. Por sus basamentos teóricos e ideológicos, la teoría marxista conserva los instrumentos necesarios para seguir aportando al cuestionamiento de estereotipos y realidades que, bajo la apariencia de solidez científica, responden a los intereses de quienes continúan presentando al capitalismo como el mejor de los mundos posibles.

Resalta en este punto que frente al apego al detalle, a la exaltación de la diversidad que parece dividir cualitativamente a la filosofía burguesa contemporánea, el marxismo presenta un interés sistemático por estudiarla en su imbricación con la totalidad del modo de producción social. Este principio ha llegado a considerarse por sus detractores como un rasgo de ortodoxia.¹ En ese sentido, el enfoque marxista se destaca por valorar el despliegue del pensamiento filosófico en su unidad con las contradicciones universales que presentan la teoría económica, las concepciones políticas, la interpretación y utilización de las ciencias en el capitalismo.

En contrapartida, es común encontrar en las investigaciones actuales perspectivas que aún consideran a la filosofía como una cualidad del ser humano en general, lo que le otorga una apariencia de “sustantividad” al pensamiento filosófico y grandes potencialidades para transformar su contenido social específico. La filosofía constituye, desde este tipo de enfoques, un elemento activo y creador que acompaña al hombre en cualquier circunstancia, ella puede otorgar al *ser social* nuevas direcciones para su desarrollo, sin que se logre explicar cómo ello es posible, más allá de las usuales repeticiones sobre las cualidades transformadoras del pensamiento filosófico.

Desde el marxismo la capacidad para elaborar una teoría revolucionaria o reaccionaria se considera una cuestión práctica. Que una vertiente específica de la producción espiritual llegue a aprehender la realidad, que la filosofía y cualquier otra expresión teórica puedan o no participar en la conducción del proceso de cambio histórico, no debe ser enfrentado sino desde el estudio de la inserción de la teoría en la actividad material de los hombres.

De la consideración del pensamiento filosófico como elemento insertado en totalidad de la producción espiritual y social, se desprende la necesidad de analizar las diferencias lógicas e históricas entre etapas diversas del desarrollo práctico y teórico de la burguesía, asunto que tiene particular importancia, ya que en la bibliografía interesada en el tema abundan las tesis sobre la continuidad formal entre modos radicalmente distintos de producción espiritual. Por otra parte, la diversidad, especialización, división en áreas o parcelas bien diferenciadas de la realidad que ostenta la filosofía burguesa contemporánea, apoya la imagen superficial de que existe un desarrollo superior, un salto “autocrítico” de la filosofía en contrapartida a etapas anteriores. Este rasgo autocrítico tiende a presentarse como demostración de la capacidad del pensamiento filosófico, asociado al capitalismo monopolista, para convertirse en fundamento de la emancipación social.

Para el marxismo consecuente, el problema de si resulta viable para la teoría burguesa cumplir con la fundamentación del pensamiento político revolucionario fue enfrentado desde el estudio de las tendencias del pensamiento burgués en la segunda mitad del siglo XIX. Ello incluyó estudiar el desarrollo del proletariado moderno, el cual afecta la actividad política y las dinámicas de la producción espiritual dirigidas por las clases dominantes. Si bien la teoría burguesa clásica se había visto marcada por su enfrentamiento a la cultura

escolástico-feudal; su teoría posterior no constituye una forma abstracta que flota sobre las condiciones de la actividad histórica de sus sujetos, actividad en la cual su antagonista principal es la concepción revolucionaria del marxismo y, ante todo, sus aportes al problema de la práctica y del sujeto histórico.

Resulta tradicional para las investigaciones filosóficas que son deudoras del pensamiento burgués posclásico, seguir al pie de la letra el supuesto del autodesarrollo absoluto de la teoría. Marx se oponía a esta perspectiva por el carácter conservador que presentaba, ya a mediados del siglo XIX, la pretensión de eliminar las deficiencias de una forma del pensamiento, incluso de revolucionar las condiciones sociales, oponiéndole una expresión novedosa de la teoría. El principio de revolución formal que se desprende de la larga historia de la filosofía, solo puede expresar de manera fetichista las verdaderas contradicciones sociales. Desde el enfoque marxista, la teoría revolucionaria no puede surgir desde los límites del fetichismo, desde la imagen de que el pensamiento fabrica al pensamiento, como una forma que pone su propio contenido (conservador o liberador) desde condiciones fijadas de manera absoluta por la misma teoría. Esta perspectiva solo puede conducir a un proyecto de liberación ilusoria.²

La temática sobre la negación de la filosofía como necesidad del pensamiento revolucionario experimentó un rápido desarrollo en la obra de Marx. En los textos iniciales de la década del 40 del siglo XIX, en los que Marx aún no ha desarrollado plenamente su concepción de la actividad práctica, su enfoque atribuye cierto carácter progresista a la crítica filosófica, en la medida que, en las condiciones históricas de Alemania, las contradicciones sociales se ventilaban desde el propio terreno de la especulación.³ Pero si bien le reconoce un papel histórico a la crítica de la filosofía clásica desde su propio terreno y con sus propios instrumentos —solución condicionada por el hecho de que, en este momento, Marx tampoco ha consolidado su concepción sobre las características del pensamiento científico— ya sugiere la necesidad de eliminar la ruptura entre la teoría y la actividad global de los hombres. En este sentido apunta que la crítica teórica resultaba provechosa en la medida que se orientaba “no hacia sí misma, sino hacia problemas para cuya solución no existe más que un medio: la práctica”.⁴

En su crítica a la filosofía hegeliana del derecho, Marx aún consideraba la práctica como actividad humana general. Por lo que, desde su punto de vista, como complemento ideal de la actividad histórica, la filosofía no puede ser suprimida mediante el rechazo formal contra sus expresiones clásicas, sino mediante su conversión en una teoría con posibilidades de convertirse en fuerza social o de realizarse como instrumento del hombre objetivamente existente.⁵ En este caso, Marx destaca la importancia de determinados grupos o clases en el proceso de transformación social, grupos que tienen un protagonismo por su capacidad para representar los intereses de la sociedad en su conjunto. Para Marx, el papel que cumplen estos grupos se desprende tanto de su condición económica, de su situación en la vida material, como de su condición humana global. De ahí que en su análisis concluye que la superación de la filosofía implica su realización en una teoría asociada a las condiciones y necesidades de un sujeto que ya resulta objetivamente revolucionario, especialmente como arma teórica del proletariado moderno, cuya existencia material representa la negación objetiva de la sociedad civil y de la sociedad política burguesas.⁶

Se trata de una concepción en la que Marx no niega el papel de la teoría como momento de la actividad revolucionaria, pero anuncia la necesidad de superar la consideración eminentemente idealista y especulativa de la producción social. Lo que se exigía para filosofía de la época, según Marx, era ir más allá de la crítica de la forma particular alcanzada por sus antecesoras, ya que esta crítica formal colocaba una nueva especulación en el lugar de las anteriores. Por ello, para Marx, la deficiencia del “partido político teórico” consistía en creer que podía convertir la filosofía en realidad sin abolirla.⁷

Al desarrollar Marx y Engels su propia perspectiva de este asunto, consideran que los problemas relacionados con la revolución social, con el Estado, con las tendencias de la sociedad civil en el periodo posterior a la conquista del poder político por parte de la burguesía, tareas que en Alemania y en el sistema hegeliano presentaba un rostro transfigurado, en tanto aparecían como disolución del espíritu en la “autoconciencia”, no podían ser enfrentados mediante la conservación de la forma teórica abstracta que había sido desarrollada por esta clase para presentar, como interés general, sus propios intereses. Ya en *La Sagrada Familia* se refiere Marx, irónicamente, al hecho de que la propia burguesía

había dejado de creer en el carácter universal de sus propios ideales, para comenzar a presentarlos como lo que eran en realidad: sus intereses de clase.⁸

Para la clase revolucionaria, el imperativo de superar el proceso de formalización idealista o contemplativa de la dialéctica, o sea, la necesidad de trascender la comprensión del movimiento histórico a partir de relaciones entre categorías encerradas en el proceso de producción espiritual, se concibe como un momento indispensable de su desarrollo como sujeto revolucionario. A la tarea de superar la sociedad antagónica, a la necesidad de liquidar la propiedad privada y las correspondientes divisiones sociales del trabajo, como formas supuestamente absolutas del desarrollo social, le corresponde la exigencia de sobreponerse a todas las formas posibles de enajenación espiritual, de superar definitivamente la conciencia teórica enajenada. En palabras de Marx, se trata de la tarea de desenmascarar “la autoenajenación en sus formas *no santas*. De tal modo la crítica del cielo se convierte en crítica de la tierra, la *crítica de la religión* en la *crítica del derecho* y la *crítica de la teología* en la *crítica de la política*”.⁹

Aunque en su cuestionamiento de la filosofía hegeliana del derecho Marx aún consideraba la teoría revolucionaria bajo la forma de una filosofía al servicio de la historia, en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* reconoce que, entre los grandes méritos de Feuerbach, se encuentra el haber demostrado de que “la filosofía no es otra cosa que una religión (...) sistematizada de modo lógico, no es más que otra forma, otro modo de existencia de la enajenación de la esencia humana y que, por consiguiente, debe también ser condenada”.¹⁰

Para Marx, una de las grandes dificultades que presentaba la filosofía de Hegel, tras haber comprendido al hombre como resultado de su propio trabajo, luego de haber definido que, en las condiciones de la sociedad antagónica el trabajo es producción de una esencia humana enajenada, fue el haberse limitado, por la misma naturaleza especulativa de su sistema, a encerrar la enajenación y los caminos para superarla dentro de la dinámica interna de la producción espiritual, por lo que las características que presentaba la enajenación teórica se interpretan como condiciones básicas de la enajenación en general.¹¹ Esta actividad del pensamiento, elevada al rango de lo absoluto, desvinculada de todo contenido que no sea ella misma y convertida en esencia del ser humano, se convierte en una fundamentación del

estado de cosas existente, en una crítica y una superación aparentes que, en realidad, restituyen la misma enajenación en sus manifestaciones más abstractas. Así apunta Marx: “Hegel, reconoce como esencia del trabajo lo que, en general, constituye la *esencia* de la filosofía, a saber, *la enajenación del hombre que tiene conciencia de sí* o la ciencia enajenada que se piensa ella misma”.¹²

Marx demuestra que este punto de vista puede conducir a establecer la enajenación como la verdadera esencia humana. Lo que implica aceptar que el “ser enajenado” en forma de propiedad privada, Estado y teoría abstracta (filosofía) constituyen los elementos de la naturaleza definitiva del hombre.¹³ Por ello, como bien señala Marx, en el sistema más completo alcanzado por la filosofía burguesa, en el sistema hegeliano “no es el *hombre real* como tal quien deviene sujeto y, por consiguiente, no la *naturaleza*, pues el hombre es la *naturaleza humana*, sino sólo (...) la conciencia de sí, la *cosedad*”.¹⁴ Y esta cosedad, continúa aclarando Marx, “sólo puede ser conciencia de sí enajenada (...) *la conciencia de sí* puede, mediante su enajenación, poner sólo la *cosedad*, es decir, sólo una cosa abstracta, la cosa de la abstracción, y no la cosa *real*”.¹⁵

Si bien la concepción marxista de la práctica como núcleo de la actividad humana se encuentra en proceso de consolidación en esta etapa, Marx continúa perfilando los fundamentos de su crítica a la especulación filosófica, ante la cual se coloca la noción del hombre como un sujeto determinado por su carácter objetivo, por su relación con los procesos que escapan a los límites de la reproducción espiritual, aunque esta se incluya en su actividad vital. Marx ya considera al “ser humano” como naturaleza humanizada, no solo desde la producción espiritual, sino desde la producción de la sociedad en su conjunto. “Cuando *el hombre real* —señala—, en carne y hueso, que pisa tierra firme y bien redonda, que aspira y expira todas las fuerzas naturales, *pone* merced a su enajenación sus *fuerzas esenciales* reales y objetivas como objetos ajenos (...) Sólo crea o pone objetos porque es puesto por objetos y por ser *naturaleza* desde el comienzo”.¹⁶

A partir de su profundización en el terreno de la economía política Marx enriquece su concepción de la actividad práctica. Como bien apunta Cornú, la crítica contra el problema de la alienación en forma de conciencia abstracta, ya sea religiosa o filosófica, transita gradualmente de las categorías usadas por Feuerbach hacia el enfoque específicamente

marxista. Aunque este proceso no se completa en los manuscritos de 1844, recalca Cornú que el concepto de práctica sustituye la noción del hombre en general por sus determinaciones como productor material, por sus características como ser productor de su propia esencia en el trabajo, ello permite que en sus textos posteriores Marx coloque el problema de la plusvalía, de la explotación y de la lucha de clases en el centro de su análisis.¹⁷

Estos primeros acercamientos sugieren que es correcto considerar, como señala García Machado, que la reevaluación de los fundadores del marxismo en torno a la forma y el contenido de la teoría, no se inclinó a fundamentar una mutación formal de la tarea filosófica, sino que se cuestionó, radicalmente, la validez de la especulación filosófica en general para dar de sí un conocimiento científico efectivo.¹⁸ El problema consiste en que la validez de la filosofía para convertirse en conocimiento científico se entrelaza, directamente, con su capacidad para contribuir al enriquecimiento del contenido práctico-revolucionario que brota de la actividad real de los sujetos históricos. La postura marxista en torno al *fin de la filosofía burguesa clásica* como instrumento de la actividad revolucionaria interesa, sobre todo, por su claridad al definir el carácter conservador, desprovisto de nuevas posibilidades para aprehender el movimiento histórico-real, que presentan los intentos por renovar la forma filosófica en el pensamiento burgués posclásico.

Sin embargo, sobre este problema en particular, continúa desarrollándose entre los representantes del pensamiento filosófico contemporáneo el falso presupuesto de que la superación de la espontaneidad en la acción histórica implica una restauración de la forma especulativa de teoría. Ya Marx y Engels, en su obra conjunta y apoyándose en su propia ruptura con el pensamiento burgués clásico, observando el rápido avance de las ciencias en su época, aportaron principios para desarrollar la ciencia social, sin incluir la necesidad de restituir la especulación filosófica: “Allí —aclaran ambos— donde termina la especulación, en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres (...) La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir”.¹⁹

La tarea de sustituir la filosofía por la exposición del proceso práctico de desarrollo de los hombres, implica la dificultad de superar el planteamiento tradicional en torno al problema

de las relaciones entre teoría y práctica. “La eliminación de estas dificultades —según los clásicos— hállese condicionada por premisas que (...) se derivan siempre del estudio del proceso de vida real y de la acción de los individuos en cada época”.²⁰

Para abandonar el terreno de la especulación, la ciencia social tiene la tarea de suprimir los principios que sugieren la supuesta existencia de un método proclive a ser aplicado a una realidad pasiva, un método que pretende guiar o aderezar con recetas²¹ la marcha de la producción social. Aquí se trata, ante todo, de solucionar la ruptura entre la teoría y la práctica. Ello es posible si se considera a la práctica como una categoría que revela la transformación recíproca entre lo ideal y lo material en la actividad humana.

Es conocido el aporte de Marx al desarrollo de método dialéctico que caracteriza a la ciencia, como proceso de ascensión teórica de lo abstracto a lo concreto, en el cual se le otorga la debida importancia a los procesos de contemplación sensorial, a la abstracción, al análisis y a la síntesis del material previamente acumulado por la humanidad en su producción material y espiritual. El aporte marxista al papel del pensamiento científico en la actividad social se vincula, primeramente, a la consideración de los momentos abstractos y concretos de la teoría como contrarios dialécticos. Como bien señala Iliénkov, para el marxismo clásico lo abstracto y lo concreto son formas de apropiación teórica del mundo que se implican mutuamente, que no se realizan más que a través de su contraria.²² Por otro lado, la extrapolación de una de estas formas y las indecisiones a la hora de definir la condición determinante que marca su unidad, conducen al idealismo y al eclecticismo. El propio Iliénkov se refiere al hecho de que Marx no se conforma con la constatación de los momentos del proceso de conocimiento, sino que pone de relieve, ante todo, que en “la investigación científica, la forma que se eleva de lo abstracto a lo concreto es la que domina”.²³

Este asunto atañe, igualmente, a la problemática de las relaciones entre la teoría y la actividad práctica. La solución marxista a este problema se vincula a la posición que el enfoque dialéctico asume ante el estudio de las relaciones contradictorias entre los momentos de la actividad humana. Como apunta Iliénkov, existe un momento “desvanecedor” en esta contradicción dialéctica, el cual no tiene una significación por sí mismo, aparte de otros momentos, sino solamente en ligazón con ellos. Mientras que, por

otro lado, existe un momento que determina el peso específico y la importancia de cada acto por separado. La teoría, considerada así en su correspondencia con la totalidad de la actividad productiva, resulta el “momento desvanecedor”, el cual debe corregirse constantemente en su relación con la práctica.²⁴ “La práctica —aclara Iliénkov— no tiene ya un fin más elevado fuera de ella (...) Y es justamente por eso que en el curso de la elaboración de la teoría, cada paso, cada generalización, son igualmente confrontados constantemente con las indicaciones de la práctica y son devueltas a esta como a la meta suprema de la actividad teórica”.²⁵

En su consideración del problema de la actividad práctica como proceso de enajenación y reencuentro del ser humano con su propia naturaleza como productor social, como proceso de transformación de la naturaleza en cuerpo inorgánico del hombre, aparecen importantes diferencias entre la dialéctica de Marx y la dialéctica formalizada de Hegel. En efecto, como apunta Cornú, en el enfoque de Marx el desarrollo dialéctico no se detiene en los límites de un movimiento teórico alienado de la práctica material, no se queda en los elementos formales que limitan el sistema hegeliano. Ello es posible porque la concepción marxista de la producción social revela que, en los límites del sistema hegeliano, “lo real abolido en la teoría no lo es en la práctica”,²⁶ por lo que Marx se inclina a considerar la enajenación como un proceso no reducible al desarrollo de la teoría, de modo que su solución solo puede lograrse con la erradicación de sus condiciones globales de existencia, con la eliminación de las determinaciones sociales y materiales de dicha enajenación.

La solución hegeliana, al encerrar la actividad práctica en la relación del pensamiento con su objeto, este último ya convertido en producto o *alter ego* de la teoría, conducía a la restitución abstracta del nivel alcanzado por esta producción en un momento dado, conllevaba a la legitimación especulativa del capitalismo. Para Marx, las soluciones teóricas eran expresiones de la posibilidad de solución práctica de los problemas que se va planteando la sociedad en su reproducción material global. Desde este enfoque, la teoría es capaz de aprehender idealmente la totalidad del proceso de producción social, pero no por ello debe ser considerada como la totalidad objetiva de este proceso. Marx aclara que la misma posibilidad de aprehensión teórica se encuentra indisolublemente ligada al desarrollo

de la práctica, la cual sugiere caminos para las soluciones teóricas, las incentiva, las corrige y las integra a sus necesidades.²⁷

En este orden, cobra sentido la crítica de Marx contra Feuerbach quien, a su entender, no comprendía la importancia de la práctica como actividad revolucionaria.²⁸ Su valoración sobre el materialismo de Feuerbach reforzó su criterio de que es la práctica el momento que abarca la totalidad del proceso de transformación social y que la división social del trabajo sustenta, objetivamente, la contraposición subjetiva entre el pensamiento y su objeto de contemplación. Esta contraposición traduce de manera mistificada los desgarramientos materiales de la sociedad, las contradicciones entre el productor y la mercancía, entre el trabajo y el capital. Por ello, tanto en lo referente a la veracidad como al poder revolucionario del pensamiento, aclara Marx que cualquier solución que se sitúe al margen de la actividad material transformadora, por muy bien construido que resulten sus conexiones lógicas-abstractas o por muy altruistas que sean sus intenciones, se convierte en un esfuerzo puramente escolástico.²⁹ En esta línea, es que señala García Machado:

El alcance teórico de la comprensión de la práctica radica en la capacidad de esta categoría que no ejerce la función de mediadora, ni de un tercero, sino que capta la metamorfosis de lo material en ideal y de lo ideal en material, en la misma medida que explica la determinación materialista de la contradicción señalada. Aquí lo teórico no es reductible a lo ideal, ni a lo subjetivo, sino que expresa una cualidad de tal metamorfosis, un momento necesario y decisivo de la contradicción. Lo teórico explica el ser otro inalienable de lo práctico, y no puede comprenderse abstraído de la categoría de *práctica*, sino como un momento constitutivo de ella.³⁰

El enfoque marxista señala la necesidad de partir de la actividad práctica en sus determinaciones materiales para, considerando a la teoría como uno de sus momentos, determinar la tendencia teórica objetiva de los grupos sociales, ya sea a desarrollar un pensamiento de carácter revolucionario o reaccionario. Sin la comprensión de la situación en la que se encuentran los sujetos sociales con respecto a la reproducción material de sus condiciones de vida, sin el estudio de los imperativos materiales que conducen a esos grupos a elevar su situación real al nivel de un proceso práctico, no es posible juzgar el carácter conservador o progresista de una teoría.

Lo dicho anteriormente implica que el marxismo se interesa por los sujetos que se encuentran impulsados, aún de manera incipiente, por su propia situación objetiva y

subjetiva, por sus propias condiciones universales de reproducción como seres sociales, a realizar una actividad práctica de carácter revolucionario. Aquí la determinación material de la práctica, como situación de los grupos e individuos en el conjunto de relaciones de producción, determina su posición en las relaciones espirituales, en la producción de las ideas.

El marxismo se distingue por comprender la dialéctica como la teoría de las leyes que rigen el desarrollo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento³¹, pero esas leyes no son idénticas por decreto autónomo de la actividad teórica, ni por la voluntad desplegada en el nivel empírico-spontáneo. La dialéctica marxista no tiene por objeto el problema “general” de si una forma determinada de teoría (filosófica, sociológica, clásica, posclásica o marxista) puede servir de método a cualquier individuo o grupo humano para transformar la realidad. Esta dialéctica cobra significado concreto en el marco de la transformación revolucionaria de la sociedad. Aquí se trata de una identidad entre la teoría y la práctica, pero en aquellos sujetos que están interesados e inmersos en el proceso de confrontación material y espiritual con el estado de cosas imperante. Su identidad solo puede ser alcanzable como dialéctica entre el sujeto y el objeto de la historia.³²

Separada metodológicamente de esta situación práctica, de las condiciones políticas, económicas, ideológicas de quienes la asimilan, la dialéctica se transforma en una filosofía entre otras filosofías. La dialéctica, convertida en un método abstracto puro y aplicable a los intereses de cualquier sujeto histórico, como instrumento lógico formal al cual le es atribuible cualquier contenido,³³ da paso a la restitución de la forma filosófica especulativa, contraria a la unidad entre teoría y práctica lograda por el marxismo clásico. Por ello, como lo demuestra el estado actual de la teoría, el problema central para el marxismo se concentra en el desarrollo del sujeto revolucionario, en tanto fuerza práctica, capaz de concretar la unidad entre la teoría revolucionaria y la práctica de la revolución.³⁴

Resulta provechoso aclarar que la concepción marxista sobre el fin de la filosofía burguesa no implica una predicción sobre su desaparición como componente necesario del modo de producción capitalista; por el contrario, el marxismo demuestra que *el agotamiento de la filosofía burguesa como instrumento teórico de la actividad revolucionaria es, precisamente, la condición fundamental para la restauración de su influencia* en la cultura

contemporánea. A esta conclusión se llega, precisamente, con la adecuada caracterización lógica e histórica de esta filosofía, cuya utilidad y significado social se encuentran en su contraposición a cualquier intento de derribar el modo de vida burgués.

Un enfoque profundo de esta cuestión exige tomar en cuenta el problema de la unidad y de la diversidad que presenta dicha teoría. Aquí el marxismo se distancia del estudio lógico-abstracto para el cual el lenguaje se identifica, directamente, con la forma objetiva del pensamiento. En efecto, en cuanto a su lógica discursiva, la filosofía burguesa contemporánea es un objeto en perpetuo estado de transformación, que aparenta estar lleno de novedosas potencialidades para explicar y transformar el mundo. De esta manera, los niveles de crítica que desarrollan las corrientes filosóficas se presentan como supuestos saltos revolucionarios.³⁵ Por el contrario, para el enfoque marxista la unidad y diversidad de la filosofía burguesa posclásica esta dada por su desarrollo como “capacidad social de idealización de la realidad”,³⁶ de tal modo que para comprender los cambios que se producen en la lógica de las corrientes teóricas, incluso entre uno y otro autor, es imprescindible estudiar las transformaciones del modo de producción social que la filosofía idealiza, en este caso el capitalismo.

Se trata de estudiar el proceso mediante el cual las transformaciones en la teoría se constituyen como momentos de interpretación y de desarrollo de los cambios del modo de vida en su totalidad. Desde que tiene lugar la desintegración de la comunidad primitiva hasta las etapas más avanzadas del capitalismo, la sustancia de los cambios teóricos se encuentran en las variaciones que se producen en las relaciones antagónicas que sostienen a las sociedades. Como apunta Zardoya Loureda, la unidad y la diversidad de cualquier elemento de la producción espiritual esta dada por su carácter de “formas de expresión y consolidación de determinadas relaciones de dominación y subordinación entre los hombres”.³⁷

Desde este punto de vista se muestran las verdaderas mutaciones en el terreno de la producción espiritual, mientras sus enriquecedoras variaciones formales, las tipologías y los “ismos” solo cobran significado en tanto resultan vehículos para el desarrollo de los cambios sustanciales de las relaciones políticas, económicas y materiales. Por ello, las verdaderas transformaciones lógicas que se producen en la teoría social burguesa expresan las distintas

fases del desarrollo del capitalismo. Lo que aparece ante la perspectiva tradicional como un conjunto de saltos del “espíritu” son, en efecto, las modificaciones sustanciales de la posición que ocupa la burguesía en el desarrollo de su propio modo de vida. Cuando esos saltos no se corresponden con transformaciones de la producción social, o con mutaciones de la posición de sus sujetos en el sistema de relaciones de dominación, las más impactantes “revoluciones” teóricas resultan meras variaciones formales, que enriquecen las tendencias de la producción espiritual sin transformarla.

Marx, en su esfuerzo por desentrañar las condiciones reales de la producción capitalista, constató tempranamente que la economía clásica mostraba el paso de la teoría burguesa hacia una forma diferenciada de producción espiritual, valorada por él como *teoría vulgar*, con cualidades y tareas encaminadas a la conservación del *status* de la burguesía en las relaciones económicas y en la superestructura política creada. No se trata, en este caso, de un simple cambio colateral en una rama del conocimiento humano, sino de una mutación de todo el modo de producción de ideas correspondiente a los intereses de la clase dominante.

Las propias contradicciones del capitalismo que, en su pensamiento clásico aparecían fijadas correctamente como antinomias insolubles pero pertenecientes a la realidad, como manifestaciones consecuentes de la teoría, se desarrollan hasta hacer imprescindible la aparición de un tipo de teoría encaminada a “solucionar” formalmente estas contradicciones. Lo que conduce a un divorcio entre la teoría y la dinámica real del modo de producción. Divorcio que constituye la base para la existencia de una nueva forma de fundamentación teórica de la explotación del trabajo asalariado. Sobre este proceso Marx señalaba que en la obra de James Mill se podían encontrar rasgos característicos de la *teoría vulgar*, ya que este autor intentaba “presentarnos la producción capitalista como la forma absoluta de la producción y demostrar que sus contradicciones reales no son más que contradicciones aparentes”.³⁸

A medida que la economía política va ganando en profundidad, tiende a expresar sus propias contradicciones y paralelamente con ello se va perfilando la contradicción con su elemento vulgar, a la par que las contradicciones reales se desarrollan en el seno de la vida económica de la sociedad.(...) Al llegar la economía política a cierto grado de desarrollo —agrega Marx—, es decir, con posterioridad a Adam Smith, y cobrar formas determinadas, el elemento vulgar, simple reflejo del fenómeno en que aquellas formas se manifiestan, se desglosa de ellas para convertirse en una teoría aparte.³⁹

Las diferencias entre el pensamiento burgués clásico y su proceso de vulgarización, el cual llega a convertirse en una forma diferenciada de producción de ideas, en *teoría burguesa posclásica*,⁴⁰ se remiten al hecho de que la determinación más importante de esta teoría tiene que ver con su capacidad para desarrollar las nuevas necesidades e intereses de la burguesía en el poder. Se trata de una teoría encargada de consolidar el cierre del carácter revolucionario de la misma sociedad burguesa, enfrentando la liberación del trabajo social, adaptando el desarrollo de las ciencias a la reproducción del capital y controlando ideológicamente la democratización de las relaciones políticas. En el plano teórico ello implica un cierre de la posibilidad y necesidad de la burguesía de tener una visión concreta de la sociedad, de continuar avanzando en una conciencia dialéctica de las contradicciones y del carácter histórico superable del capitalismo.

Este proceso afecta particularmente a la ciencia, la cual se encarga de brindar un conocimiento profundo de la naturaleza con vías a maximizar la ganancia y la explotación de las fuerzas productivas y sufre, no obstante, un proceso de decantación en el momento que sus conclusiones llegan a amenazar cualquier elemento del sistema de relaciones burguesas. Sobre el origen de esta antinomia real del capitalismo, mediante la cual la ciencia es tan necesaria para la burguesía como peligroso le resulta su despliegue dialéctico, señala Zardoya Loureda:

La revolución constante del orden social necesario a la burguesía políticamente dominante, no puede realizarse sino sobre la base del conocimiento científico de las leyes de la naturaleza que se incorporan directamente como factores de la producción material (...) Aprehendida en su forma pura, esta demanda implica la exigencia de poner coto de una vez y por todas a cualquier género de construcciones cósmicas y ontológicas de valor universal.⁴¹

Sin embargo, la teoría social burguesa toma el camino inverso. Enfrentándose a cualquier concepción o resultado científico que pretenda aprehender las condiciones vitales de reproducción de la sociedad capitalista, otorga tareas de control “cosmovisivo” a la especulación filosófica. Ello ocurre por variados motivos, aunque la unidad de dichas motivaciones, como sugiere Lukács, está en el hecho de que “la dominación de la burguesía sólo puede ser una dominación de una minoría (...) una condición ineluctable para el mantenimiento del régimen burgués es que las otras clases se hagan ilusiones y no salgan de una conciencia de clase confusa”⁴² Es desde esta necesidad de mantener la teoría social en el

terreno de las ilusiones especulativas, es desde su interés de mantener las relaciones clasistas y de explotación ocultas ante la conciencia de otras clases y ante sí misma, que la burguesía incentiva el resurgimiento de la especulación filosófica. Como señala Zardoya, “cuando los intereses e ilusiones de una clase social en el poder, en correspondencia con su posición en el sistema de dominación ideológica, establecen fronteras más o menos rígidas a la reproducción *teórica* de la realidad (...) ¿Qué llena esta laguna? La especulación totalizadora”.⁴³

El hecho de que sea en la política donde “se realizan ahora todos los fines y tareas sociales y encuentran su determinación más profunda las restantes formas de actividad espiritual”⁴⁴ condiciona históricamente la aparición de la teoría burguesa posclásica. El carácter reaccionario que en la práctica social, especialmente en sus relaciones políticas, alcanza esta clase que controla la producción material y que, asimismo, ya ha logrado un dominio de la producción espiritual, no es un simple detalle que pueda perderse en el conjunto de “acciones y reacciones” que se establecen entre el pensamiento y la actividad material. El presupuesto de que la teoría social burguesa es capaz de romper con su contenido ideológico-político y, que por ello pueda ser aislada de su carácter de forma teórica encargada de desarrollar los intereses dominantes, resulta una hipótesis arriesgada, cuando no ilusoria, si se toma en cuenta que para ello se necesita la transformación de esta teoría en una nueva forma de contenido, en una negación dialéctica que ya no puede quedarse, ante las nuevas tareas impuestas por las contradicciones sociales, al nivel del pensamiento clásico o posclásico de la burguesía.

La aclaración de Marx en torno al hecho de que su método, en sus detalles y en su totalidad, era completamente distinto al de Hegel, llama la atención sobre lo polémico que resulta la pretensión de desarrollar los intereses y aspiraciones de los sujetos revolucionarios desde la teoría burguesa clásica o posclásica. En este caso, se revela que la pretensión de revolucionar especulativamente las condiciones sociales a partir del renacimiento eterno de la filosofía, sin realizar el cambio histórico y lógico que convirtió al marxismo en una concepción capaz de romper con las normas de la producción espiritual del capitalismo, es un esfuerzo ilusorio. Este esfuerzo defiende el carácter revolucionario de teorías que no

superan la descripción, por demás confusa, de las condiciones inmediatas desde las cuales la realidad social se presenta como un poder exterior ante los hombres.

La perspectiva que toma como principio la necesidad de restaurar la filosofía burguesa para desarrollar el pensamiento revolucionario reproduce, como señala Lukács, la inclinación a congelar la estructura de la sociedad burguesa, como si esta fuera la forma unilateral de la sociedad en general.⁴⁵ Con la peculiaridad de que, en este caso, dicho fenómeno no se manifiesta directamente en la afirmación de esta sociedad como producción material, sino en la imposición de los esquemas teóricos de la clase dominante como formas eternas de producción espiritual. Se trata de expresiones diversas de una misma necesidad, por ello Lukács apunta que “esta eternización del capitalismo se haga partiendo del fundamento económico o de las formaciones ideológicas (...) en lo esencial viene a ser lo mismo”.⁴⁶

Lukács aborda las determinaciones objetivas de la teoría burguesa desde sus características como conciencia de clase, desde su despliegue en la actividad real de grandes grupos humanos en la historia. La conciencia de clase, apunta Lukács, es “la reacción racional adecuada (...) a una situación típica determinada en el proceso de producción”.⁴⁷ Por lo que, por encima de la variedad nunca infinita de sus detalles, la propia actividad vital de la burguesía, su lugar en el sistema desde el que como clase dirige la producción, genera determinadas contradicciones que solo pueden ser resueltas abandonando su carácter de clase dominante y sus formas específicas de producción espiritual. Aclara Lukács que sociológicamente “la contradicción se manifiesta en que la burguesía se ve obligada –aunque su forma social haya hecho aparecer por primera vez la lucha de clases en estado puro, aunque haya fijado históricamente por primera vez esa lucha de clases como un hecho —a hacer todo lo posible, teórica y prácticamente, para hacer desaparecer de la conciencia social el hecho de la lucha de clases”.⁴⁸

El intento de hacer desaparecer este antagonismo, como se ha apuntado anteriormente, se repite con multifacéticas variaciones sin perder por ello su verdadera finalidad: identificar la posición de la clase dominante, sus concepciones del mundo, las limitaciones inherentes a la aprehensión teórica de su propia actividad vital, con la única y más avanzada posición posible. La identidad formal entre la filosofía burguesa posclásica y las concepciones de los sujetos revolucionarios resulta una manifestación de este proceso.

1.2. El problema del carácter revolucionario de la filosofía en Latinoamérica

El aspecto en el que el análisis de la filosofía contemporánea puede arrojar interés para la presente investigación, está en la problemática en torno a los supuestos caracteres distintivos que ha alcanzado el pensamiento filosófico en Latinoamérica. Más que aportar novedosas valoraciones sobre el despliegue de una u otra corriente de la filosofía en Europa, se trata de analizar los fundamentos que inclinan a un grupo importante de pensadores a sostener la existencia de un carácter revolucionario de estas corrientes en la región.

El estudio de la filosofía y de cualquier otro producto espiritual incluye, como apunta Zardoya Loureda, el problema de su fundamento, o más concretamente, “el problema de la función que desempeñan en una totalidad socio-histórica cuya sustancia es un modo específico de producción material”.⁴⁹ Sin embargo, las dificultades en este sentido son obvias, por cuanto el esfuerzo por aprehender las peculiaridades de la formación social latinoamericana, con vistas a enfrentar la valoración correcta de sus momentos espirituales, es una tarea aún en desarrollo.

En primera instancia, aparece el hecho de que la región comparte niveles comunes de desenvolvimiento social, sobre todo en lo tocante a su posición con respecto al sistema de explotación global del trabajo asalariado, aspecto en el que se encuentra férreamente subordinada a los intereses de la burguesía monopolista transnacional. Sin embargo, esta situación presenta, hacia su interior, una inmensa variedad de peculiaridades. La posición privilegiada de las burguesías nacionales, que sirven de intermediarias entre el gran capital y los recursos naturales y humanos de la región, la subsistencia de relaciones económicas esclavistas y feudales, insertadas en la historia del desarrollo del capitalismo en esta parte del mundo, ocultan y complejizan la tarea de determinar el papel de las formas de pensamiento.⁵⁰

Para el marxismo, defender la existencia de grandes especificidades en el papel histórico cumplido por la filosofía en la región exigiría demostrar la presencia de radicales diferencias entre la formación social latinoamericana y el capitalismo como modo de producción dominante. Como apunta Plá León, estamos ante un dilema teórico y práctico, en la medida que no existen investigaciones definitivas sobre el desarrollo de un modo de producción

social específicamente latinoamericano, separado de las reglas que le impone el desarrollo capitalista.⁵¹ Lo que sí aparece demostrado, en la masa de investigaciones empíricas, es que las sociedades latinoamericanas resultan desprendimientos subdesarrollados y dependientes del modo de producción dominante. La formación social distintiva, caracterizada por la unidad regional y por la ruptura con respecto a las reglas que dicta el capitalismo, es aún un ideal, un proyecto inconcluso y en construcción que debe batallar por realizarse en el seno de un modo de vida que le es hostil.

El estudio del papel que ocupa la conciencia en la actividad de los sujetos históricos y en los cambios del modo de producción social, cuando toma como referencia formas teóricas que han demostrado haber agotado sus capacidades para insertarse en la práctica revolucionaria, provoca serias dificultades. La postura acrítica, que acompaña al enfoque de la teoría como totalidad del sujeto revolucionario o que asume una visión simplista de la relación teoría-medio, analiza superficialmente las condiciones en que se desarrollan los movimientos sociales en Latinoamérica. Ante estas posturas, el enfoque marxista permite aclarar que las variaciones que no rompen, sino que diversifican el desarrollo de un mismo modo de producción social en distintas circunstancias, no bastan para demostrar el surgimiento de modos distintivos de producción espiritual.⁵² Las variaciones en el desarrollo capitalista no contribuyen, necesariamente, a la transformación de sus teorías sociales en esquemas revolucionarios.

Sustentar la hipótesis sobre la ruptura de la filosofía burguesa posclásica en Latinoamérica con su condición de forma teórica centrada en fundamentar el carácter natural y eterno de la sociedad capitalista, también implicaría demostrar que el pensamiento filosófico en la región no ha seguido las tendencias lógicas de la filosofía burguesa posclásica.

Para el enfoque hoy dominante dentro de los estudios de pensamiento latinoamericano, la diversidad contextual o las variaciones de algunas posiciones doctrinales resultan suficientes para apoyar la existencia de papeles diferentes en el despliegue de la filosofía burguesa posclásica en la región.⁵³ Desde la concepción marxista los cambios del modo de vida capitalista adoptan en la producción espiritual el carácter de regularidades lógicas, estas últimas se convierten en un modo universal de producción de ideas, en normas objetivas para el desarrollo del pensamiento burgués posclásico. El análisis de esta forma teórica

universal, desde la cual la burguesía monopolista impone a la sociedad su enfoque particular de clase, debe dejar a un lado el mecanicismo y el idealismo si pretende superar el análisis descriptivo de las formas transfiguradas, mediante las cuales la teoría posclásica oculta sus fundamentos. Estas formas transfiguradas, al interactuar con variaciones específicas del modo de producción burgués, dan la impresión de haberse convertido en nuevos modos de producción de ideas, en verdaderas “revoluciones” en las que se pretende que el arsenal teórico ya no cumple los objetivos fijados por la clase dominante.

De la misma manera que las especificidades de la sociedad capitalista en Latinoamérica deben estudiarse en profundidad para no confundirlas con una formación social distintiva, tampoco las múltiples variaciones que alcanza la filosofía posclásica pueden enfocarse como evidencias de que se está en presencia de una nueva modalidad de la producción espiritual. Para la concepción marxista, la superación del carácter burgués de la teoría tiene su propia historia, sus propias determinaciones lógicas y sociales. Aquí la buena intención o la voluntad de los intelectuales, las manifestaciones *sui generis* de la cultura burguesa, la penetración más o menos amplia de sus ideas en la cultura popular, no son suficientes para concluir que los esquemas teóricos de la clase dominante se han transformado en instrumentos de su propia destrucción.

Aunque los antecedentes de problema no expresaron todas las dificultades que se presentaron para el despliegue de la filosofía como instrumento revolucionario en Latinoamérica, en etapas iniciales de su introducción, pensadores representativos plantearon cuestiones que revelan la importancia de las condiciones económicas y políticas de la clase burguesa en este problema. Las posiciones asumidas por estos pensadores fueron asimiladas, de manera diversa, por los seguidores latinoamericanos del pensamiento posclásico. Su análisis demuestra que el papel de la filosofía moderna y de la Ilustración en Latinoamérica, sobre todo en el proceso de independencia, así como por su función en la actividad de los sectores liberales en las primeras repúblicas, presenta similitudes y distinciones con respecto al que, posteriormente y en correspondencia con el cambio sociopolítico experimentado por las burguesías, asumirían los representantes plenos de la filosofía posclásica en la región.

Como apunta Andrés Roig, en un acercamiento a este problema, la burguesía se inclinó a transitar de un liberalismo libertario, cuyos interlocutores son la ilustración y el

romanticismo, hacia un liberalismo del orden.⁵⁴ Tras la etapa independentista y tras la fundación de las primeras repúblicas, para cumplir con las necesidades conservadoras se desarrollan el espiritualismo racionalista y el positivismo.

Existen cambios importantes en cuanto al papel de la filosofía en los proyectos liberales. En las etapas previas al pleno despliegue de la filosofía posclásica en la región, el antagonista real de la filosofía burguesa era el proceso de reactivación de la estructura económica y de la superestructura política heredadas de la colonia, proceso al que esta clase podía afrentarse sin poner en peligro su propia existencia como grupo dominante. Mientras que el modelo neocolonial que se va imponiendo posteriormente, al que corresponde el auge de la filosofía posclásica, constituye un verdadero límite histórico e ideológico contra el cual, y muy a pesar de las sinceras intenciones de los pensadores positivistas y “antipositivistas”, el modo de producción espiritual y social de la burguesía, incluyendo el pensamiento filosófico, no alcanza a desarrollar una opción verdaderamente superior, una teoría habilitada para fundamentar la liquidación revolucionaria de la propia burguesía y del capitalismo dependiente. “Habiendo sido el liberalismo —como apunta Vasconi— una ideología funcional a la ruptura de orden colonial, se constituyó en funcional a la constitución del orden neo-colonial al aceptar el sistema de dominación tanto externo como interno que prohió el desarrollo del capitalismo dependiente”.⁵⁵

De estas cuestiones se desprende la importancia de analizar, sintéticamente, el despliegue de teoría filosofía en etapas previas al desarrollo pleno de la filosofía posclásica. Sobre todo para aportar algunas valoraciones sobre la continuidad y rupturas existentes entre la filosofía que apoyó el ideario político de las primeras repúblicas y las tareas de la filosofía burguesa posclásica.

Aunque con un inevitable desfasaje histórico, en el curso del mismo proceso independentista, las burguesías latinoamericanas intentaron reproducir la trayectoria de una filosofía todavía interesada en aprehender los problemas concretos de la sociedad existente y de la sociedad proyectada en sus aspiraciones. Alcanzada la independencia, los conflictos entre las formas jurídicas, políticas, demográficas y económicas que presentaban los modelos europeos y la realidad latinoamericana, así como la propia diversidad de posturas políticas de los criollos, dan pie a valoraciones más centradas en las cualidades específicas

de la región, lo cual provocaría tendencias e interpretaciones contrapuestas. La minoría dirigente, que se va conformando tras el proceso de independencia y tras el fraccionamiento en diversas naciones, se introduce en un proceso de búsqueda de la identidad nacional y regional, en la misma medida que necesita encontrar su propia identidad como clase dominante.⁵⁶

La primera distinción que se manifiesta en Latinoamérica entre la filosofía del pensamiento liberal en proceso de reestructuración y los posteriores seguidores de la teoría posclásica, se relaciona con el propio planteamiento de los problemas regionales. Para los independentistas y para los liberales del sector progresista, fundadores de las primeras repúblicas, estos problemas presentaban una forma eminentemente práctica, como cuestión de aplicar determinadas estrategias económicas y sociales para imprimir un impulso decisivo al capitalismo en la región, evidentemente retrasado por su larga sujeción al sistema colonial ibérico. En los autores pertenecientes a los sectores avanzados de la burguesía, el desarrollo de la filosofía, si existe, se subordina directamente a la problemática política, económica o educativa.

Ello no significa que el pensamiento filosófico haya cumplido un papel absolutamente progresista durante las etapas iniciales de las repúblicas independientes. El planteamiento abstracto de los intereses de clase respondía tanto al elemento conservador como al liberal, aunque el primero trataba de renovar la escolástica, en el segundo caso la filosofía burguesa servía de expresión a las contradicciones del sector burgués avanzado. En etapas previas al auge del positivismo en Latinoamérica se produce la influencia de corrientes filosóficas muy diversas,⁵⁷ sin embargo, dicha diversidad se concentra en una serie de problemáticas globales, las que a su vez generan tendencias importantes en cuanto al tratamiento del papel de la filosofía en el desarrollo del proyecto liberal.

Por el interés que mostraron las corrientes filosóficas posteriores en asimilar sus ideas como parte de la “esencia del pensamiento filosófico latinoamericano”, destacan las concepciones desarrolladas por Domingo Faustino Sarmiento y por Juan Bautista Alberdi. Si bien las posiciones de estos pensadores no fueron las únicas que se desarrollaron en este período, ellos expresan con mayor claridad las contradicciones que presentó el despliegue de la filosofía como instrumento de los intereses liberales avanzados. Tanto Alberdi como

Sarmiento muestran una diversidad de influencias, aunque varios autores analizan sus trayectorias dentro de la corriente del romanticismo historicista.⁵⁸

Alberdi y Sarmiento se caracterizaron por expresar las problemáticas regionales desde las cuestiones filosóficas de la identidad, de lo autóctono, de los caracteres universales del progreso humano. La filosofía posterior ha valorado los esquemas especulativos de estos autores como instrumentos capaces de resolver y unir las cuestiones políticas y económicas que les preocupaban, perspectiva que tiende a ocultar las condiciones, ajenas a la teoría filosófica, que hicieron posible que sus esquemas pudiesen expresar los intereses y dificultades de los grupos sociales avanzados.

Una dificultad que señalan tanto Alberdi como Sarmiento, es la presencia de diferencias entre las sociedades europeas y latinoamericanas. En las primeras resulta evidente la coherencia entre la fundamentación filosófica y la realidad social y política existente, mientras en Latinoamérica la actividad del pueblo y de sus dirigentes, el escaso desarrollo de las instituciones democráticas y las condiciones económicas contradicen los principios elementales de la filosofía burguesa.⁵⁹ Aunque esta dificultad, como bien señalan los filósofos posteriores, no elimina la búsqueda de principios teóricos abstractos para fundamentar el proyecto liberal, Alberdi y Sarmiento llegan a similares conclusiones. Para ellos la realidad americana, más que una ausencia de estos principios, es la ausencia de las condiciones imprescindibles para su realización. Por lo tanto, la tarea principal no se concentra en la introducción de la filosofía en sí misma, sino en la introducción del sujeto político y económico que es su portador. Cada europeo que viene a nuestras tierras —dice Alberdi— nos trae más civilización que muchos libros de filosofía.⁶⁰

De ahí que los intereses de clase aparezcan en el romanticismo historicista de manera más explícita, aunque la abstracción filosófica ya comience a manifestar sus potencialidades para presentar los objetivos liberales como interés de toda la sociedad. Si bien los representantes del romanticismo sostienen el principio de subordinación de las problemáticas teóricas a las cuestiones de la actividad económica, jurídica o política,⁶¹ el fracaso de las aspiraciones de rápido acceso al progreso capitalista provoca la permanencia de un enfoque que va condicionando las cuestiones prácticas, tendencia sintetizada en el problema de la

“emancipación mental”. Planteamiento que se manifiesta de manera representativa en la obra de Alberdi.

Como esquema especulativo, en la obra de Alberdi y Sarmiento el proyecto de “emancipación mental” aún no sustituye el interés de encontrar el contenido político-práctico del “ser social” latinoamericano, objetivo que se realiza mediante búsqueda de las potencialidades de la burguesía para desarrollar el capitalismo en la región. Esa búsqueda coloca al romanticismo liberal ante el evidente carácter negativo, en proceso de formación y en crisis, de ese sistema social buscado. Latinoamérica es para estos autores la anarquía, las limitaciones de la independencia política recién conquistada, es el fracaso inicial de los ideales de rápido desarrollo económico, es el mestizaje, el caudillismo y el conjunto de rezagos coloniales. Ello les conduce a colocar como antagonista de la “emancipación mental” a toda la cultura española, a toda la experiencia de la colonia, incluso a la realidad inmediata que les rodea. El contenido específico del capitalismo en la región está por desarrollar, preferiblemente a través de la aplicación de los modelos avanzados de Europa y Norteamérica.

Más allá de la problemática abstracta sobre la identidad, lo que destaca en el romanticismo historicista es la crudeza con la cual sus representantes abordan problemas como la relación del proyecto americano con el modelo europeo y norteamericano, lo que les inclina a definir los sectores dirigentes y subordinados, los obstáculos y las verdaderas potencialidades de su propio proyecto de identidad liberal.

En la medida que la mayoría de la población aparece como un objeto pasivo, la problemática se concentra en aclarar las estrategias y las formas de organización política y económica adecuadas para conducir a esas mayorías al objetivo deseado. Desde el punto de vista del romanticismo historicista a esta masa popular no había que combatirle en el terreno ideológico, sino que aparecía la posibilidad de formársele directamente, por su propia condición cultural precaria. Alberdi, por ejemplo, como señala Yamandú Acosta, sostiene en un inicio una valoración positiva del pueblo existente en Latinoamérica, al que considera proclive a ser su propio soberano si se le cambia de mentalidad. Posteriormente, este sustituye su postura primaria por la mencionada necesidad de reelaborar el sujeto americano a partir del traslado directo del sujeto europeo hacia la región.⁶²

Con la valoración de la masa educada en la tradición aborígen, hispánica o colonial como elemento de la barbarie, el proyecto de emancipación se vincula a la necesidad de formar a la clase dirigente. Esta necesita, al mismo tiempo, fabricar no en lo teórico sino en la actividad económica y política al grupo subordinado que se corresponda con sus nuevos intereses materiales y con sus aspiraciones de legitimación, basadas en las diversas variantes de la organización política liberal. Las posturas de Alberdi revelan la tendencia a subordinar cualquier tipo de especulación a estos imperativos prácticos. “De aquí que la filosofía americana —enfatisa— debe ser esencialmente política y social en su objeto (...) positiva y realista en sus proceder, republicana en su espíritu”.⁶³

La situación del sector más avanzado de la burguesía, al que pertenece Alberdi, también le inclina a especular sobre la posibilidad de una filosofía totalmente específica de la región; pero en contrapartida, la tensión entre esta sugerencia y el carácter incipiente del capitalismo en las repúblicas latinoamericanas, la tensión entre lo que él considera la filosofía europea avanzada y la precariedad de las condiciones regionales que debían enriquecerla, corrige sus aspiraciones. Por ello, Alberdi no deja de recalcar que se trata de un proceso de inserción en Latinoamérica de un producto espiritual que ya existe en Europa, con el objetivo de complementar la introducción de los sujetos, las relaciones políticas y económicas que han desarrollado las sociedades avanzadas. El pueblo de Europa —señala Alberdi— que por las formas de su inteligencia y de su carácter está destinado a presidir la educación de estos países es sin contradicción la Francia (...) nosotros también meridionales de origen y de situación pertenecemos de derecho a su iniciativa inteligente”.⁶⁴

Alberdi no incluye como presupuesto absoluto la pretensión de romper con tendencias de la filosofía europea, la cual consideraba de las más avanzadas para su época. Sin embargo, sus intérpretes posteriores exaltan sus sugerencias sobre la posibilidad de una filosofía americana en abstracto, cuando se trata de una propuesta que señala la intención de desarrollar lo mejor de la *filosofía europea* en América, dejando lo novedoso o específico de esta filosofía “naturalizada” a su contacto con las condiciones regionales.

En cuanto a las condiciones peculiares de la región, Alberdi da muestras de rechazar los elementos especulativos del intento de construir la identidad burguesa a partir de la relación simplista entre pensamiento y ambiente. Si desde su punto de vista lo que existe *de hecho* en

América es el vacío de la barbarie, compuesto por los hábitos coloniales y por la agresividad de la geografía selvática, pretender transformar el elemento humano y natural con las armas teóricas abstractas es lo mismo que buscar el desarrollo con un instrumento impotente. Para Alberdi, la teoría es un medio ineficaz si se le instala en un proyecto que haya desatendido la transformación de la naturaleza, la inversión de capitales, así como el desarrollo de la industria y de las comunicaciones, o sea, que haya dejado en segundo plano la implantación de la sociedad capitalista en sus componentes económicos.⁶⁵ “Tornar unitaria y centralizada a la República Argentina —agrega Terán sobre el enfoque manejado por Alberdi— no depende aquí tampoco de leyes ni decretos; sí de los caminos de fierro y las vías navegables, del crecimiento de la población y de la industria (...) del desarrollo espontáneo de los intereses materiales”.⁶⁶

Que Alberdi constituya un referente para las concepciones que manejan la posibilidad de una formación social distintiva en Latinoamérica, en la cual la crisis del pensamiento filosófico burgués seguiría derroteros positivos incluye, entre otras condiciones, un proceso de reinterpretación de su pensamiento por parte de la filosofía burguesa posclásica. La formación social distintiva a la que se refiere Alberdi es el capitalismo desarrollado e independiente que, en su momento histórico, podía constituirse como fundamento del proyecto ideológico-práctico de la burguesía latinoamericana en desarrollo, como el ideal de una clase en formación y ascenso, pero que solo mediante un proceso de ocultamiento especulativo puede aparecer en las aspiraciones de los representantes del pensamiento burgués posclásico, cuyas condiciones objetivas de reproducción social se encuentran unidas a las relaciones de dependencia.

En la obra de Alberdi se producen tensiones profundas entre el fundamento filosófico y la inclinación a buscar los elementos prácticos para hacer surgir al sujeto histórico. Su desconfianza con respecto a la viabilidad de la democracia en manos de la población autóctona no adopta, finalmente, una solución especulativa, pero el problema del papel de las masas populares en el desarrollo latinoamericano le conduce a una interesante ruptura entre la sociedad civil y la actividad política. En su obra la sociedad civil queda abierta a la libre concurrencia de todos los actores y al auge de las relaciones económicas capitalistas, mientras la política se reserva para una élite gobernante. En este caso, el abismo entre el

proyecto liberal y la realidad no es cubierto por revoluciones teóricas. Alberdi se concentra en la construcción por etapas de una república liberal, en ella los vínculos entre la superestructura política y la realidad se irían estableciendo según la dinámica económica.⁶⁷

Contrario a lo que ocurrió en la obra de Alberdi y Sarmiento, en etapas posteriores el proyecto liberal se apoya más en la búsqueda de la emancipación mental y en su correspondiente fundamentación filosófica. Esta tarea alcanza un significado diferente al pasar al acervo de los filósofos posclásicos, ya que se transforman sus conexiones con la actividad práctica y política de sus impulsores: la masa popular que pretende formar la filosofía posclásica ya no es el pueblo surgido de las guerras por la independencia y de la colonia, sino que es este pueblo que se ha convertido en antagonista concreto del proyecto burgués, que presenta en su propia actividad vital las potencialidades para superar los límites de las aspiraciones liberales. El interés que presentaba el romanticismo historicista de encontrar las bases del conflicto entre las aspiraciones democráticas de la burguesía y una población sujeta a rezagos de relaciones esclavistas y feudales se convierte, en los seguidores de la filosofía posclásica, en tendencia a atenuar y transfigurar, mediante el esquema especulativo, el conflicto burguesía-proletariado.

Si el proyecto compartido por Alberdi y Sarmiento de crear el sujeto histórico moderno, como ciudadano liberal, profundizaba con “pasión casi sádica”⁶⁸ en las contradicciones concretas de este proyecto, en los continuadores de la filosofía burguesa posclásica es vital la elaboración especulativa de las cuestiones relacionadas con la identidad, la nacionalidad, el sujeto histórico y la dependencia, con el fin de fundamentar la unidad entre la burguesía y el proletariado latinoamericano. Por ello, en el positivismo y en el antipositivismo, pasa a primer plano la expresión invertida o filosófica del proceso práctico de superación de la realidad neocolonial. Si estos esquemas describen elementos reales del problema latinoamericano, dando una apariencia de profundidad al enfoque filosófico liberal, sus concreciones retroceden al enfrentarse a la tendencia dominante de esta teoría, concentrada en la búsqueda de una emancipación que no destruya las posiciones de la burguesía, que reforme sin aniquilar las relaciones de las sociedades latinoamericanas con los intereses del gran capital.

A tono con el planteamiento especulativo de las problemáticas latinoamericanas, los puntos de contacto entre la lucha contra la mentalidad del pasado y la emancipación futura se presentan como pruebas de la necesidad de seguir “filosofando”; la contraposición entre el “ser”, el “no ser” y el “deber ser” latinoamericanos aparece como el camino indispensable para la liberación real. Destaca el apego de estas posturas al principio de que la filosofía, ahora de raíz totalmente posclásica, es la herramienta vital para superar las condiciones de dependencia. En esta línea es paradigmática la posición de Zea, quien afirma:

Porque si bien el pensamiento político del siglo XX se empeñará en la búsqueda de soluciones que pongan fin a la dependencia, el subdesarrollo y el neocolonialismo, el pensamiento filosófico, como podrá verse, enfrentará a su vez el problema de la enajenación de la conciencia que han venido sufriendo los pueblos latinoamericanos a través de las diversas etapas de su historia, para tratar de ponerle fin. *Enajenación sobre la que han descansado y descansan las diversas formas de dependencia política, social y económica.*⁶⁹

En los representantes del romanticismo historicista el problema de la identidad no se remite, en lo fundamental, a una abstracción puesta por el pensamiento a partir de la extrapolación de algunas especificidades espirituales de la región, sino a la aplicación directa de las relaciones económicas y productivas que caracterizan a Europa y Norteamérica. “Alcancemos a los Estados Unidos —dice Sarmiento siguiendo esta línea—. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos”.⁷⁰ Para Alberdi, el asunto de la identidad americana había sido resuelto por la misma historia, “lo que llamamos América independiente —señala— no es más que la Europa establecida en América; y nuestra revolución (...) la desmembración de un poder europeo en dos mitades, que hoy se manejan por sí mismas”.⁷¹

Para el pensamiento revolucionario las posturas eurocéntricas o la “nordomanía” que, con sinceridad ideológica, manifestaron Alberdi y Sarmiento, resultan claramente inoperantes. Pero el momento vital está en develar el proceso más sutil de producción ideológica posclásica, caracterizado por el dominio de la teoría especulativa, en el que las limitantes específicas y las aspiraciones de la burguesía pretenden imponerse como fundamentos universales del desarrollo colectivo, en momentos en los que se abre una contraposición objetiva entre las declaraciones teóricas de progresismo que acompañan a la clase dominante y las aspiraciones prácticas que caracterizan al proyecto liberal.

Entre los enfoques que sostienen la capacidad de los esquemas posclásicos para convertirse en instrumentos para el desarrollo de la actividad y del pensamiento revolucionario destaca el que se concentra en demostrar el carácter *sui generis* del positivismo en Latinoamérica. Si bien algunos representantes de este enfoque declaran que el carácter *sui generis* y progresivo no se identifica con un papel revolucionario, esta distinción se pierde a medida que el estudio del supuesto carácter emancipatorio o desalienador de estas corrientes se convierte, como bien señala Guadarrama, en la principal motivación del historiador.⁷²

Esta perspectiva, que reproduce las valoraciones de los positivistas sobre su propia producción teórica, muestra el proceso de reinterpretación de problemáticas ya abordadas por las minorías liberales en etapas anteriores. En efecto, los positivistas se ven a sí mismos como los portadores de un instrumento teórico capaz de llevar a buen término los objetivos tradicionales del pensamiento latinoamericano. Al enfocar los problemas regionales desde esta perspectiva, se inclinan a reproducir la noción de que existen cuestiones comunes que la filosofía puede detectar por encima de las variaciones, aportando elementos supuestamente novedosos a su solución.⁷³

La continuidad de la especulación filosófica explica que se repita entre los autores interesados en esta corriente la tesis sobre la culpabilidad de las viejas “formas” de dominación, cuando se hace evidente que el positivismo se desarrolla en una etapa donde estos problemas han cambiado radicalmente. “Nuevamente aparece el espíritu colonial—dice Zea— y con él todos sus repudiados defectos. El liberalismo y la democracia continúan estando muy lejos de sus modelos; no son otra cosa que nombres con los cuales se siguen ocultando viejas formas de gobierno. Las mismas fuerzas coloniales continúan ejerciendo su predominio, aunque hayan cambiado de lengua y de ropaje”.⁷⁴ Ello conduce a que este enfoque se concentre en lo que él mismo considera el elemento “universal” del problema, que se concentre en la dominación como condición teórica y ontológica del sujeto latinoamericano. Para mostrar con claridad las debilidades de esta interpretación es necesario abordar una serie de cuestiones que ella pretende resolver.

En sus caracteres históricos, la lucha contra las trabas coloniales que conecta al positivismo con la tradición liberal anterior revela, por una parte, el desarrollo de aspiraciones y necesidades aún no resueltas por las burguesías latinoamericanas. Por otro lado, esta lucha

teórica tiende a ocultar, ante sus mismos impulsores, las limitantes cada vez más evidentes de la desalienación y del humanismo burgués. La necesidad de crear un sujeto colectivo coherente con las aspiraciones liberales, al retomarse desde el proyecto educativo y desde la exaltación de la ciencia que realiza el positivismo, contribuye a la creación del proletariado moderno en América. El positivismo se conecta, coherentemente, con la fase industrial y democrático liberal que está experimentando el capitalismo en los países más avanzados, su auge en Latinoamérica corresponde a la creciente apertura del comercio regional al capital europeo y norteamericano.⁷⁵

Por su parte, el planteamiento especulativo permite pasar por alto las condiciones específicas de la nueva etapa del proyecto liberal en la región: más allá del desarrollo incipiente de la industria, del montaje extensivo de las vías de comunicación, de la educación más moderna, fuera del alcance del interés por democratizar la dinámica política, queda en segundo plano el problema de la dependencia estructural que el propio modo de producción capitalista va creando, como límite infranqueable para las aspiraciones de las burguesías latinoamericanas. El humanismo burgués y la desalineación liberal, apoyados desde la filosofía positivista, no alcanzan para rearmar a las burguesías contra el problema de su propia dependencia con respecto a los intereses foráneos, su propuesta teórica se enfrenta, por demás, a la aprehensión concreta de los antagonismos y las desigualdades que acompañan al desarrollo de las relaciones capitalistas de producción. El propio Zea se ve obligado a sobrepasar la “valiosa” fundamentación positivista de la ciencia y la industrialización desideologizadas para referirse a las raíces de este problema.⁷⁶

Los factores generales en los que el positivismo cree que está apoyada la dependencia, entre ellos el tradicional antagonismo entre el proyecto liberal y la cultura ibérica, la presencia de elementos raciales o étnicos aparentemente retrógrados, la “culpabilidad” de las idiosincrasias asentadas en el pasado, la constancia de los vicios políticos como el caudillismo y la anarquía, no revelan las características distintivas de las nuevas contradicciones que se están presentando en la región.

El humanismo liberal solo cumple, desde su reactivación en la corriente positivista, con la tarea de eliminar las decadentes costumbres coloniales, para establecer nuevas relaciones sociales cuyo límite infranqueable se establece en la libertad de una nueva masa popular

para venderse como fuerza de trabajo. En este sentido, el papel desalienador que los historiadores de la filosofía le otorgan al positivismo cubre una pequeña parte de los problemas a los que debió enfrentarse la minoría liberal, con lo que se reduce la visión crítica sobre sus verdaderos alcances. El humanismo y el proceso desalienador que la filosofía positivista fundamenta se convierten en instrumentos efectivos para incentivar el desarrollo del capitalismo, pero en contrapartida, fortalecen teóricamente las estrategias políticas y económicas que refuerzan las condiciones de dependencia de la región.

Un principio que se repite con regularidad en los autores que sostienen el criterio de que el positivismo cumplió en Latinoamérica una función social progresista es el de su aparente relación provechosa con la ciencia. Esta postura no es privativa de quienes estudian esta corriente, sino que se origina en la obra de los fundadores del positivismo, Comte y Spencer, quienes pretendieron haber realizado una síntesis metodológica de lo mejor del pensamiento científico de la época.⁷⁷ Ese esfuerzo, al realizarse en una etapa en la cual la vulgarización de la teoría científica es una cualidad dominante del pensamiento burgués posclásico, arroja como resultados la visión mecanicista, el reduccionismo y una variedad de extrapolaciones presentes en la interpretación positivista de la ciencia.

El desarrollo de la biología y de la psicología contribuyó a sentar las bases para una explicación sistémica del mundo. Sin embargo, ello no condujo a que la producción espiritual burguesa posclásica desarrollara una teoría social a la altura de los avances científicos. La transformación de la teoría de Darwin en un evolucionismo abstracto, la vulgarización de los resultados arrojados por el avance de la biología, la medicina y la psicología en una multiplicidad de concepciones biologistas, etnocéntricas o racistas, ponen de manifiesto el control que ejerce el pensamiento filosófico liberal sobre el conocimiento científico. Como bien señalara Marx, la interpretación liberal invierte el camino seguido por la ciencia, convirtiendo la lucha por la vida y la evolución en frases vacías, para deducir de ellas todas las manifestaciones y consecuencias de las contradicciones históricas.⁷⁸ Esta mutación teórica, que otorga un contenido natural o cósmico a los conflictos, exige una disolución de la historicidad concreta presente en estos procesos.⁷⁹ La sustitución del carácter histórico-concreto, político, económico de las contradicciones sociales por regularidades biológicas o cósmicas otorga un gran atractivo ideológico al evolucionismo y

al darwinismo social, que aparentan ser útiles para cualquier grupo o individuo interesado en aclarar su situación en la vorágine de antagonismos, dejando sin definir las condiciones históricas que los determinan.

En ese sentido, las formas más elaboradas de vulgarización de la teoría darwinista no se desarrollan por simples imperativos metodológicos o gnoseológicos. El darwinismo social, como deformación especulativa de una de las más importantes concepciones científicas del siglo XIX, aparece como respuesta ante la amenaza que representan las ideas del socialismo y del marxismo sobre la lucha de clases. En tanto se presenta como alternativa al enfoque clasista, el darwinismo social forma parte de nueva modalidad de apologética liberal que, como apunta Lukács, no se dedica a ocultar las contradicciones sino que las resalta como condiciones inherentes a la naturaleza humana, como parte del perfeccionamiento eterno del universo. Por este camino, agrega Lukács, “se hace desaparecer de la sociología no sólo todas las categorías económicas, sino también las clases. Pasa a ocupar su sitio la «lucha por la existencia» entre las razas (...) la opresión, la desigualdad, la explotación, etc., aparecen aquí como «hechos naturales», como «leyes de la naturaleza», y, en cuanto tales, inevitables e indestructibles”⁸⁰.

Tomando en cuenta las tendencias generales de la teoría posclásica ante el desarrollo de las ciencias, y considerando la efectividad con que el positivismo europeo desarrolló estas inclinaciones, resalta la seguridad con que algunas perspectivas otorgan un significado progresista al despliegue en Latinoamérica de la versión comtiana del positivismo, así como de su sustituta: el evolucionismo de Spencer. Para la perspectiva descriptiva, el positivismo spenceriano, que en Europa revitalizaba la capacidad del liberalismo para defenderse de las tesis marxistas y socialistas, al enfrentarse en América con la mentalidad y las relaciones coloniales, cambia sus consecuencias teóricas para convertirse en componente del ideal liberador hispanoamericano.

Estos criterios se apoyan en las especificidades de algunos países como Cuba, evidentemente distintivo por su dilatada dependencia con respecto a España; este fenómeno que se declara particular se toma, en definitiva, como manifestación de una tendencia. Un autor como Guadarrama muestra la inclinación de este tipo de perspectivas a identificar el

papel progresista del positivismo con su capacidad para responder a los intereses de las burguesías menos desarrolladas.⁸¹

En ese sentido, los investigadores que sustentan la tesis de que las desviaciones que acompañaron a la interpretación positivista de la ciencia no tuvieron un papel reaccionario en Latinoamérica, vinculan esta peculiaridad al *carácter peculiar* de los contextos, ya que en esta parte del mundo la burguesía aún tuvo que enfrentarse a las viejas relaciones coloniales. Esta perspectiva suma a sus fundamentos el escaso papel del movimiento obrero, así como la incipiente presencia y el limitado conocimiento del marxismo y del socialismo en la etapa: en ausencia o debilidad del pensamiento socialista y marxista, se supone que el positivismo no se enfrenta a la teoría revolucionaria y aparece como esquema progresivo.⁸²

Sin embargo, en las sociedades latinoamericanas que desarrollan con mayor profundidad las relaciones capitalistas de producción, importantes vertientes del positivismo muestran sus implicaciones negativas, sobre todo cuando se verifica en ellas la tendencia a defender al liberalismo ante el avance del movimiento obrero y ante la penetración de ideas marxistas y socialistas. En estos casos aparecen, con toda claridad, las contradicciones de este esquema teórico y se revela la debilidad de las proyecciones progresistas otorgadas al positivismo por un grupo apreciable de investigadores.

A pesar de los resultados contradictorios que implica mantener la hipótesis sobre el carácter progresista de la filosofía burguesa posclásica, inclusive en sociedades representativas de la región, el hecho de que algunas vertientes del positivismo hayan intentado responder al agravamiento de los conflictos entre la burguesía y el proletariado desde formas discursivas similares a las que presentan el socialismo y el marxismo, se considera como un argumento más que probaría la existencia de puntos de contacto entre el pensamiento revolucionario y el positivismo. Como señala Guadarrama al valorar la concepción ortodoxa de los hermanos Lagarrigue: “Aunque las distancias entre el marxismo y el positivismo (...) eran extraordinarias, la forma en que se presentaba el discurso de ambas posturas filosóficas respecto a la posibilidad de un mejoramiento social, que tuviera en consideración especial a las clases desposeídas, no dejaba de tener algunos elementos en común”.⁸³

Refutando la postura de Guadarrama, aparece el papel cumplido por el esquema positivista en el intento liberal de resolver la problemática obrera en el terreno de las reformas, lo que implica asimilar y atenuar las concepciones socialistas y marxistas. Precisamente, Juan Enrique Lagarrigue adopta una postura representativa del positivismo frente a estas cuestiones. Ante la táctica represiva que asume en el plano político y jurídico la burguesía chilena, este autor defiende el derecho de los obreros a la huelga, como modo de expresar sus necesidades y aspiraciones. En correspondencia con su apego a la doctrina de Comte sobre la religión de la humanidad, la huelga resultaba para Lagarrigue un fenómeno transitorio. A su entender, con el advenimiento del “régimen normal (...) el sacerdocio de la humanidad será el mediador natural en los conflictos entre el proletariado y el patriciado”.⁸⁴

Lagarrigue aborda la problemática de la relación entre el positivismo y el socialismo. Él considera que ambas concepciones tienen el mismo fin e idénticos resultados, pero sobre todo recalca la superioridad del positivismo, lo que aparece como una postura muy extendida entre los positivistas que, sin lograr quebrantar las normas de la ideología liberal, intentan acercarse al socialismo. Lo más interesante de esta postura es la manera como hace explícita la fundamentación de un capitalismo más humano, como alternativa ante las propuestas socialistas, ya sea mediante el desarrollo del componente ético, gracias al avance de la institucionalidad democrática o a través del instrumental que brinda la fe religiosa en cuestiones de unidad social.

Resalta la claridad con la cual el positivismo defiende las bases de la sociedad burguesa, a través de un enfoque conciliatorio que no pretende cuestionarse las fuentes de la explotación o de la desigualdad, aunque busca atenuar sus efectos negativos. “El positivismo —apunta Lagarrigue en este sentido— desecha todo examen sobre la adquisición primera de los capitales, que sólo conduciría a perturbar el orden social, y se concreta a exigir su buen empleo (...) conserva la separación entre los empresarios y los obreros; pero mira a los primeros como simples administradores del capital humano, moralmente responsables de su gerencia”.⁸⁵

En caso de la sociedad argentina, que resulta un ejemplo avanzado en cuanto al desarrollo del capitalismo en la región, sobre todo en el período de tránsito entre los siglos XIX y XX, las tendencias del positivismo muestran toda su riqueza de contradicciones lógicas e

ideológicas. En el “positivismo argentino”, ortodoxos y heterodoxos, comtianos y spencerianos, “cientificistas” y “eticistas”, en fin, la amplia gama de variaciones de la teoría positivista revela las debilidades de la hipótesis sobre el carácter progresista de esta corriente en Latinoamérica.

Dentro de la implantación contradictoria del positivismo en la cultura argentina, la Escuela de Paraná tuvo un papel meritorio: los normalistas contribuyeron a la introducción en el país de las ideas de Comte y mostraron posturas interesantes ante los conflictos entre el movimiento obrero y el proyecto liberal. Ellos impulsaron la consideración sobre la importancia de la educación para el mantenimiento del “orden social” y exaltaron el aspecto ético de la enseñanza, llegando a considerar al proceso educativo como herramienta para la emancipación individual dentro de los límites de la sociedad capitalista. En este sentido, señalaba Manuel A. Bermudes que el que “llega a comprender su situación, siendo pobre, no se alarmará porque haya ricos, ni renegará de su choza humilde ni de sus rústicos padres”.⁸⁶ Estos autores consideran que Comte y Spencer ofrecen concepciones no contaminadas por el extremismo ideológico y, por lo general, preferían la educación como instrumento de solidaridad y armonía social en contrapartida a la revolución política comunista.

Dentro de las tendencias del proyecto liberal argentino destaca el desarrollo de una postura en la cual, más que el rechazo directo o la disolución del socialismo en el esquema positivista, domina la inclinación a crear una doctrina intermedia, una supuesta síntesis entre el positivismo y las concepciones socialistas. Esta postura alcanza gran desarrollo en las figuras de Juan B. Justo y de José Ingenieros, quienes son valorados por diversos autores como representantes de un *socialismo positivo* o de un *liberalismo socializante*.⁸⁷

En la elaboración de algunos fundamentos teóricos necesarios para desarrollar el *socialismo positivo* se destacaron, inicialmente, los propios representantes de la Escuela de Paraná. Los normalistas reconocieron la ventaja de asimilar y adaptar elementos de las ideas revolucionarias a sus propias concepciones liberales, lo que implicaba desechar o atenuar los enfoques que pudiesen resultar incompatibles con la visión “positiva” del progreso. Entre los elementos que ellos consideraron “desechables” aparecen las concepciones sobre el carácter antagónico de la lucha de clases, así como la necesidad de eliminar la propiedad privada. En este sentido, J. Alfredo Ferreira consideraba que si bien el comunismo había logrado que

el proletariado tomase conciencia de sus problemas, resultaba muy negativo su ataque a la propiedad. Para este autor “el comunismo desconoce las leyes naturales, pretendiendo comprimir toda individualidad, cuando los dos caracteres fundamentales del organismo colectivo son la separación y el concurso de las funciones”.⁸⁸

La postura de los normalistas les inclinaba, como a otros positivistas latinoamericanos, a defender el carácter natural y necesario de la propiedad privada, aunque también reconociesen sus elementos negativos. Según el propio Ferreira, el problema no consistía en eliminar la propiedad sino en evitar que se convirtiese en “una individualidad absoluta como derecho de usar y abusar”.⁸⁹

Interesante, por su posterior permanencia en el acervo teórico de los positivistas argentinos, resulta el reconocimiento de algunos normalistas de la necesidad de resolver los problemas sociales desde una posición en la que la actividad política dependiese de una teoría científica neutral. En esta línea Leopoldo Herrera reconoce la necesidad de socializar la riqueza, aunque considera que cualquier intervención jurídica o política no debe violentar la desigualdad, como lo hace el socialismo con su regulación igualitaria. El positivismo, como señala este autor, busca solucionar el problema social mediante “la constitución de un régimen en que las desigualdades concurren libremente al objeto propuesto, bajo la dirección de una doctrina común que no puede ser hoy sino científica”.⁹⁰

Una postura más explícita en cuanto a la necesidad de elaborar una síntesis entre positivismo y socialismo adopta José D. Bianchi, quien llega a afirmar que “la doctrina de Comte no podrá ser consecuente con los hechos sin que el socialismo le ofrezca los elementos aptos para la magna obra”.⁹¹ Resulta interesante la posición de Bianchi en torno a las relaciones entre el aspecto económico y político. En este sentido, mantiene la visión de los normalistas de que ambas dimensiones deben integrarse en un mismo proyecto de reordenamiento o reforma social, de tal manera que la problemática apunte a mejorar la gran masa sin alterar la economía general.⁹² Bianchi también reconoce las contradicciones de esta postura ya que, a pesar de todos los esfuerzos del positivismo por crear un orden social equilibrado, “si no se asegura e independiza la vida material del individuo, su entidad política será lo que es hoy: instrumento utilizable por cualquiera que tenga en sus manos el factor económico”.⁹³ Esta

contradicción que plantea Bianchi no es resuelta por los normalistas, quienes enfocan la tarea de independizar económicamente al individuo desde las reformas liberales.

La perspectiva que defiende el carácter progresista de la filosofía burguesa posclásica en Latinoamérica se muestra aún más polémica en sus valoraciones sobre el papel cumplido por la interpretación filosófica de la teoría de Darwin, presente en el cuerpo teórico del *socialismo positivo* y en otras vertientes del positivismo en la región. Los autores que comparten esta visión consideran que se produjo un desarrollo de la teoría socialista y marxista a partir de la utilización del evolucionismo de Spencer.

Leopoldo Zea, como representante de esta perspectiva, presume que el *socialismo positivo* queda dentro de las vertientes del pensamiento revolucionario y no como una de las deformaciones que este último experimentó al adaptarse a los cánones liberales. Esta valoración global implica que, para Zea, se equipara el papel cumplido por la teoría positivista en la fundamentación de los intereses de la burguesía, con su aplicación como supuesta herramienta para desarrollar los intereses populares. “Así como la burguesía —dice Zea— encontraba en Spencer la justificación de su individualismo y en Darwin la de su predominio sobre los que juzgaba menos aptos, el socialismo argentino encontrará en los mismos la justificación de las luchas de la clase proletaria. Tal será la interpretación que del positivismo inglés harán José Ingenieros y Juan B. Justo”.⁹⁴

Aunque Zea se refiere a la interpretación socialista de las teorías de Darwin y de Spencer, las ideas a las que hace referencia no pertenecen a la concepción dialéctica del socialismo y del marxismo, más bien se contraponen a ella en la medida que se distancian del enfoque económico-político de la lucha de clases y del desarrollo social. Las teorías que Zea considera como ejemplos de transformación del evolucionismo y el darwinismo social en esquemas revolucionarios expresan, en su fundamento lógico objetivo, la necesidad de legitimar la sociedad antagónica. Esta última tendencia resulta totalmente contraria a la trayectoria del socialismo, que comienza describiendo el carácter contradictorio de la dominación y la explotación burguesas para, finalmente, penetrar en sus caracteres histórico-concretos.

El darwinismo social arranca de principios opuestos al socialismo y del carácter natural, legítimo y justo de la dominación pretende extraer las supuestas vías para alcanzar el progreso humano en abstracto. El hecho de que estas posiciones son inherentes al darwinismo social como tendencia global de la burguesía a nivel internacional, lo refleja el análisis realizado por Lukács sobre la línea que une, en el pensamiento europeo, a autores como Gobineau, Gumplowicz, Ratzehofer y Woltmann.⁹⁵ En ellos se mantiene el principio, repetido con infinitas variaciones, de que la “desigualdad (...) es lo natural; la igualdad lo antinatural e imposible”.⁹⁶

Las vertientes evolucionistas y socialdarwinistas, reproducidas por representantes del positivismo en Argentina, aparentan coincidir en sus elementos formales con las concepciones del socialismo, aunque constituyen un ataque radical a sus presupuestos. El propio Bunge, valorado por Zea como exponente de la transformación del biologismo en herramienta teórica progresista, exige del proletariado que adopte las cualidades de un sujeto abstracto, inserto en eternas relaciones de dominación y de subordinación a las cuales, según esta perspectiva, debe adaptarse todo grupo social que aspire a dirigir la sociedad. En esta propuesta aparecen ideas que, basadas en analogías biológicas, pretenden reflejar la dialéctica de la lucha de clases. Tras una serie de ideas en torno a la transformación natural de la dominación justa en opresión injusta, de la conversión natural de las aristocracias legítimas en minorías decadentes, la propuesta de Bunge termina reafirmando los principios generales del darwinismo social. A tono con ello apunta:

(...) perfeccionarse es hacerse superior, en inteligencia y caracteres, a otros hombres y a otros pueblos. Ahí hallaríamos la fórmula biológica del progreso: progresar es especificarse. A ella corresponde una fórmula biológica del progreso: progresar es aristocratizarse. Es decir, perfeccionarse respecto de otros hombres y pueblos para cimentar en una superioridad real el principio de mando, de poder y de desigualdad, que constituye la intransmutable substancia de todo derecho práctico y eficiente.⁹⁷

Con la reafirmación de estos principios, Bunge está en condiciones de declarar abiertamente el carácter utópico de la igualdad social, así como la imposibilidad de realizar las transformaciones comunistas.⁹⁸ El propio Zea, tras haber colocado a Bunge como ejemplo de interpretación progresista de las teorías de Darwin y de Spencer, se ve precisado a aclarar que este se suma a un enfoque común entre los positivistas argentinos, los cuales consideran al obrero y al burgués como iguales porque participan en una lucha por la vida no

determinada por las clases, sino por las diferencias individuales. De lo que se deduce que el uso aparentemente “provechoso” que los positivistas argentinos hacen del evolucionismo, no se encamina a acabar con las contradicciones de la explotación burguesa, sino que se concentra en responder a los intereses de un supuesto sujeto popular que solo aspira a su propia transformación en burguesía.⁹⁹

El intento de síntesis entre positivismo y socialismo tiene un momento de desarrollo en la obra de Juan B. Justo. Este pertenece a una etapa superior dentro del proceso de adaptación del pensamiento revolucionario a los cánones del ideario liberal. La sinceridad intelectual y política con la que Justo asumió la defensa del proletariado, desde una postura que mezclaba concepciones marxistas con presupuestos de la teoría social burguesa, permite que los autores que defienden el carácter progresista del esquema positivista o del pensamiento filosófico burgués posclásico en Latinoamérica, tengan un marcado interés en su obra. Para Alejandro Korn, por ejemplo, Justo “logra infundir una nueva enseñanza, saliendo del carácter netamente burgués que había tomado el positivismo argentino para vincularlo a las aspiraciones del proletariado y proporcionar así un nuevo contenido”.¹⁰⁰

Influye en este enfoque el hecho de que Justo abandona la perspectiva tradicional, desde la cual el pensamiento argentino interpretaba los conflictos sociales como resultantes del choque entre la civilización y la barbarie. Para Justo, la cuestión social se concentra en la lucha entre el industrial y el obrero. Por ese motivo, toda su obra se encamina a defender a la nueva clase oprimida.¹⁰¹ Su avance en el plano teórico resulta apreciable si se le compara con la trayectoria anterior del positivismo en Argentina. Ello no se vincula tanto a la originalidad del autor como a las condiciones que enfrenta el positivismo en la etapa: para la década de los 90 del siglo XIX y para los primeros años del siglo XX, se produce un cambio general en el enfoque positivista de la “cuestión obrera”. En este sentido, entre los intelectuales argentinos se generaliza el rechazo a los impactos negativos de la modernización burguesa que, sin embargo, se diversifica en cuanto a sus fundamentos doctrinales. Kohan señala que, dentro de las posturas más cercanas al movimiento obrero, este rechazo encuentra dos alternativas: “O avalar e impulsar la modernización por la «izquierda»— democráticamente y desde abajo, como proponía con sus cooperativas el socialismo evolucionista de Juan B. Justo y el Partido Socialista— o el rechazo radical de

esa modernización— como impulsaban los anarquistas y parte del marxismo revolucionario”.¹⁰²

En lo tocante a la obra de Justo, el enfoque de Kohan resulta certero, aunque la superioridad del esquema de Ingenieros no alcanza la profundidad que sugiere Kohan. Un ejemplo es el hecho de que, dentro de sus limitaciones reformistas, Justo mantuvo un tratamiento sistemático a la importancia del partido como organización política de la clase obrera;¹⁰³ mientras que Ingenieros, en su interés por transformar “radicalmente” la sociedad argentina, se apoyó más en las concepciones desmovilizadoras del individualismo liberal. Si se sigue el hilo conductor de las diferencias, los detalles y las variaciones, y se les usa como elementos determinantes, aparecen antinomias que oscurecen las contradicciones concretas de la problemática global, en tanto esta se presenta como el intento de realizar una síntesis entre el positivismo y el pensamiento socialista.

Precisamente, en la obra de Justo se manifiesta la necesidad del positivismo de adaptarse a las nuevas condiciones de confrontación social. La visión científicista de los intelectuales como sujetos desideologizados y de las ciencias como herramientas neutrales, cede ante las condiciones de creciente antagonismo entre el movimiento popular y los intereses de la burguesía argentina. En su crítica al científicismo apunta Justo: “todos estamos dentro de la sociedad (...) si alguien realmente prefiriera sus teoremas sociológicos a la vida de la comunidad, sería tan estéril en la teoría como en la práctica”.¹⁰⁴

Para Justo, en la participación intencional de los hombres, en su capacidad para llevar adelante sus fines y motivaciones, es donde se hace y se comprende la historia. En el pensamiento de Justo existen elementos propios de la filosofía burguesa posclásica, aunque su desarrollo es incipiente. El componente filosófico se muestra en Justo en aquellos espacios en los que este responde a la agudización de las contradicciones del capitalismo desde la exaltación de las potencialidades creadoras del pensamiento; igualmente, está presente cuando las categorías políticas y económicas se sustituyen por términos biologicistas. Esta tendencia se manifiesta en su interpretación del marxismo y de las teorías científicas, interpretación con la que pretende superar, gradualmente, a la sociedad burguesa.

La tensión entre posiciones ideológicas se manifiesta en varios aspectos de su obra. Por un lado, la importancia del partido de masas: “Son los prácticos, los militantes —dice Justo— quienes más saben de las fuerzas del mundo social”¹⁰⁵; por otra parte la exaltación de la producción espiritual y de los intelectuales: “no concebimos el pasado sino refiriéndolo al presente, y éste no se revela en su complejidad sino a quienes, movidos por necesidades o aspiraciones, preparan intencionalmente un futuro distinto. No sabríamos siquiera qué preguntar al pasado sin nuestros anhelos para el porvenir”.¹⁰⁶

La importancia de los fines y motivaciones, el poder de la voluntad creadora, la conexión entre pasado, la intención subjetiva y el futuro son factores de particular importancia para Justo, aunque este no los considera como elementos determinantes en la actividad social. Por ello su obra se corresponde con un momento de transición entre las posturas biológicas y las conclusiones reaccionarias, a las que accede la filosofía posclásica cuando logra establecer conexiones más claras entre el darwinismo social y el idealismo.¹⁰⁷

Precisamente, el ataque de Justo a todo tipo de teoría que pretenda ir más allá de las reglas dictadas por el enfoque positivista de la ciencia, tiene la finalidad de rechazar los elementos del antipositivismo y, al mismo tiempo, busca limitar las concepciones marxistas que puedan resultar incompatibles con la perspectiva de la evolución gradual del capitalismo hacia una sociedad superior. En este caso, no es posible aplicar el criterio de que con las herramientas del positivismo Justo se cuestiona las vertientes deformadas del marxismo. Como reconoce Zea, la crítica de Justo considera a la teoría marxista de la plusvalía como una simple alegoría, como un ejemplo del apego de Marx por el enfoque filosófico,¹⁰⁸ por lo que su cuestionamiento va dirigido contra concepciones del marxismo clásico que quiebran la posibilidad de un proyecto reformista y no contra las interpretaciones vulgares que dejan en pie esta opción.

Justo resulta un intérprete del proceso de penetración del reformismo en la actividad y en la conciencia política del movimiento obrero argentino.¹⁰⁹ Este reformismo, que se presenta como opción política, desarrolla la necesidad doctrinaria de reformar la teoría marxista. El interés de Justo de definir el carácter distintivo de la producción humana, desde su base técnica e industrial, no logra superar el darwinismo social. Ello contribuye a la tarea de realizar la doble crítica contra el capitalismo y contra el marxismo clásico. La dictadura del

proletariado, por ejemplo, resulta para Justo una ilusión. Como apunta Zea, este trata de sustituir el poder “discutible” de la revolución por una estrategia encaminada a alcanzar, por diversos medios, una mayor educación y un traspaso del control de la técnica productiva hacia las manos del pueblo. Pero ese traspaso debe ser gradual, ya que la educación debe primar sobre la revolución.¹¹⁰

Desde el enfoque de Justo, las luchas sociales no se caracterizan por el enfrentamiento radical, sino por el principio de solidaridad: “Inmensa superioridad para la lucha por la vida dan al hombre —dice Justo— la técnica y la cooperación”.¹¹¹ Esta solidaridad natural sustenta la opción de reforma, ella supone que con la transformación de los elementos negativos del sistema social desaparecen los elementos artificiales e ilegítimos, quedando únicamente los antagonismos naturales de la humanidad, en los que triunfarán los grupos mejor organizados, portadores del progreso. Sin embargo, el carácter de esta perspectiva en tanto abstracción unilateral que separa los elementos positivos y negativos del capitalismo, unos como deformaciones particulares y otros como cualidades de un ser humano en general, afecta la aprehensión concreta de los elementos conservadores, dificulta el esclarecimiento de las contradicciones y de los obstáculos contra los cuales debe luchar el sujeto revolucionario.

La propuesta de Justo resulta un ejemplo del proceso mediante el cual una teoría que asimila la concepción marxista de la lucha de clases y que acepta el carácter determinante de la producción social, se convierte en un esquema intermedio, despojado del carácter histórico-concreto que poseen las concepciones y categorías del marxismo clásico. En ese sentido, Justo reconoce que el centro del problema se encuentra en la apropiación privada de los medios de producción: “ese dominio exclusivo —apunta— de cierta clase de personas sobre el medio físico biológico y los útiles y materiales de trabajo trastorna las condiciones de la lucha por la vida”.¹¹² Sin embargo, tanto los impactos de esta apropiación privada de los medios de producción, como las vías para superarla se concentran en el aspecto biológico, en la contraposición entre las leyes artificiales de la producción capitalista y las leyes naturales de la lucha por la vida.

Este planteamiento conduce a que la problemática gire alrededor de la confrontación entre los elementos negativos de un sistema concreto y los elementos positivos de la humanidad

en general. Desde la perspectiva biológica de Justo, el proletariado tiene entre sus armas fundamentales la tendencia objetiva al perfeccionamiento biológico de los que realizan el trabajo; tiene de su parte, además, el arsenal tecnológico conquistado por la humanidad. Otro apoyo le llega, finalmente, con el proceso inevitable de degeneración física que afecta a la clase dominante.¹¹³

El rechazo de Justo a la especulación filosófica se reveló como un momento de resistencia del positivismo a la radicalización reaccionaria del pensamiento liberal. Pero colocar su propuesta fuera de la inclinación de esta corriente a mantener los movimientos populares dentro de los límites del proyecto burgués, constituye una visión errónea que extrapola las potencialidades del “socialismo positivo” para romper con la ideología liberal.

Conclusiones parciales del Capítulo I

La especulación totalizadora, que corresponde al desarrollo de la filosofía burguesa clásica y posclásica fue superada por la concepción marxista del método científico, que considera el movimiento de la ciencia como proceso de ascenso del pensamiento abstracto hacia sus determinaciones concretas. Desde el enfoque marxista este movimiento teórico se encuentra determinado por la actividad práctica de los sujetos sociales, por lo que el carácter revolucionario de los esquemas de pensamiento no se alcanza en sus interacciones formales con otros momentos de la producción espiritual, sino en su relación dialéctica con la práctica de los sujetos históricos. El análisis de las supuestas potencialidades de la filosofía burguesa para servir de herramienta a los sujetos revolucionarios debe superar los principios idealistas y el hincapié en las variaciones discursivas. El tratamiento de esta problemática debe concretarse a través del estudio del papel cumplido por la filosofía en la fundamentación teórica de los proyectos sociales.

Las valoraciones sobre la existencia de un supuesto carácter progresista y revolucionario de las corrientes filosóficas en Latinoamérica, deben tomar en cuenta el enfoque marxista sobre el agotamiento de la filosofía, en sus expresiones especulativas clásicas y posclásicas, para aportar conocimientos científicos sobre las tendencias del modo de producción capitalista, lo que afecta la supuesta contribución de la filosofía burguesa a la formación teórica de los sujetos revolucionarios. Este agotamiento se relaciona con las posiciones alcanzadas por la burguesía en las relaciones económicas, políticas e ideológicas, que le inclinan hacia la conservación del modo de producción y a rechazar su aprehensión teórica concreta.

La perspectiva que sustenta el carácter progresista del positivismo en Latinoamérica no se verifica en el desarrollo de dimensiones determinantes de esta corriente. El positivismo retomó los problemas planteados por las etapas de emancipación y fundación de las repúblicas latinoamericanas, sobre todo la contraposición entre las relaciones coloniales y el liberalismo, y los extrapoló a la nueva etapa de avance del capitalismo imperialista, en la cual se establecen nuevos mecanismos de dependencia de las burguesías nacionales con respecto al capitalismo monopolista. El positivismo se inclinó a ocultar y mistificar los nuevos antagonismos del capitalismo dependiente, los que en este esquema aparecen como

lucha entre los rezagos del colonialismo ibérico y la modernización. Este enfoque pasa por alto que, en aquellos países en los que avanzan las relaciones burguesas de producción, la “emancipación mental” y la lucha contra las tradiciones de la colonia dan paso a la formación de un proletariado moderno, cuyos intereses y necesidades no podían resolverse solo con el desarrollo industrial, y cuya emancipación no se concreta con la mera aplicación de la ciencia y de la organización política democrática dentro de los límites de los proyectos liberales.

La tendencia a rechazar la actividad política, el planteamiento abstracto de las problemáticas nacionales y regionales como cuestiones de desarrollo educativo, como necesidad de trasplantar las relaciones económicas y espirituales de los países avanzados hacia Latinoamérica, se convierte en una visión cada vez más especulativa al aplicarse a las condiciones impuestas por el imperialismo a las sociedades latinoamericanas. Al desarrollarse la fundamentación positivista de los proyectos liberales, se comprueba que el auge de la filosofía responde a la necesidad de fundamentar, desde mayores niveles de abstracción, el carácter natural, evolutivo y gradual del desarrollo burgués, con lo que se justifican o atenúan sus expresiones contradictorias.

Entre las tendencias que contradicen el carácter progresista del positivismo en Latinoamérica, se destaca la penetración de los enfoques especulativos de la teoría de la evolución de Darwin, lo que también se traduce en la manipulación de los resultados de la psicología, de la sociología y de la psiquiatría, dando lugar a expresiones diversas de biologismo, darwinismo social o racismo que responden a la necesidad de legitimar las desigualdades y la dominación burguesa. La deformación filosófica de la teoría de la evolución no se dirige contra una masa popular proveniente de las relaciones coloniales, sujeta a relaciones esclavistas o feudales, tampoco su único antagonista es el pensamiento escolástico o conservador. En este caso, el positivismo consolida el intento de controlar ideológicamente el desarrollo del movimiento obrero, así como la necesidad de contrarrestar la penetración del socialismo y del marxismo en la región, utilizando para ello su concepción de una ciencia desligada de las ideologías, capaz de elaborar explicaciones formales sobre las causas del desarrollo desigual del capitalismo.

La tendencia del positivismo en Argentina a realizar una síntesis entre sus presupuestos y el pensamiento socialista, cuyas expresiones son las diferentes vertientes del “socialismo positivo” o del “liberalismo socializante”, convierte la concepción socialista y marxista de la lucha de clases en una metáfora de la lucha por la vida. Desde las vertientes del “socialismo positivo”, el carácter antagónico de la sociedad burguesa, la división social del trabajo, la propiedad privada se interpretan como elementos de la naturaleza humana, cuyo perfeccionamiento, siendo evolutivo y gradual, opta por la reforma como alternativa a la revolución y subordina la actividad práctico-política a la interpretación positivista de la ciencia.

La valoración filosófica del problema obrero en el pensamiento de los positivistas argentinos, en especial la vertiente que conecta a la Escuela de Paraná con la interpretación biologista del marxismo de Juan B. Justo, no constituye una línea de desarrollo del pensamiento socialista y marxista. El “socialismo positivo” representa el esfuerzo por encontrar una doctrina intermedia, una tercera vía para solucionar las contradicciones entre el proyecto burgués y el movimiento obrero, entre el pensamiento posclásico de la burguesía y la teoría marxista. Este esfuerzo conduce a la deformación de los elementos de la teoría socialista y marxista presentes en intelectuales avanzados. El pensamiento de Ingenieros debe ser analizado en relación con la consolidación de este intento de síntesis entre positivismo y socialismo.

Capítulo II: Problemáticas y soluciones esenciales en el pensamiento filosófico y político de José Ingenieros

2.1. Cuestiones iniciales en el pensamiento de Ingenieros: revolución, socialismo e individuo

Se han abordado las contradicciones que afectan a la hipótesis sobre el carácter revolucionario del pensamiento filosófico burgués posclásico en las sociedades latinoamericanas. Se ha analizado, además, una tendencia importante del positivismo con respecto a las problemáticas políticas y sociales, la cual se concentró en buscar una tercera vía para enfrentar teóricamente los antagonismos entre el movimiento obrero y el proyecto liberal. La obra de José Ingenieros adquiere importancia y actualidad dentro de esta problemática. Su pensamiento muestra las causas, tendencias y resultados del auge y posterior sustitución del positivismo por expresiones de la denominada “reacción antipositivista”.

Las insuficiencias del término “antipositivismo” se originan en su carácter descriptivo¹¹⁴, ya que la sustitución del esquema positivista por vertientes de la filosofía más centradas en el aspecto ético, espiritual o cultural de las problemáticas regionales, pero que al mismo tiempo profundizan la reactivación del idealismo, el irracionalismo y el vitalismo, sobrepasa ampliamente el objetivo de superar la filosofía anterior y profundiza el interés por encontrar nuevas salidas para las crisis de los proyectos liberales. Por ello, el desarrollo lógico de la filosofía burguesa posclásica en Latinoamérica, si se trata de abarcar el período de tránsito entre los siglos XIX y XX, debe incluir el estudio de un proceso más complejo en el que la teoría se ve presionada por la aparición de opciones políticas antagónicas, en el cual la filosofía va ganando espacio como componente del modo de producción espiritual asociado a los intereses de la burguesía.

Los estudios más significativos que se han realizado sobre la obra de Ingenieros reflejan que este inició su producción teórica desde un enfoque en el que resultaba visible la influencia de teorías socialistas, del marxismo y del anarquismo. El papel determinante de estos esquemas de pensamiento en su obra se extendió, inicialmente, desde 1895 hasta 1898. Las condiciones que hicieron posible esta peculiaridad, las causas de su crisis primaria y las

consecuencias de la misma deben analizarse, sobre todo por los elementos que este estudio puede arrojar para la comprensión de su producción teórica posterior.

Los trabajos iniciales de Ingenieros colocan en primer plano la crítica contra la explotación burguesa, exaltan la necesidad de enfrentar la propiedad privada y de destruir el Estado burgués, se preocupan, también, por la importancia de la revolución política en cualquier proceso de cambio. En los textos producidos entre 1895 y 1900, su pensamiento político muestra una relativa independencia con respecto a los esquemas filosóficos, independencia que se vincula a la participación directa de Ingenieros en el panorama político del país.

Como apunta D. Rock, la situación de Argentina para fines del siglo XIX como nación adelantada en Latinoamérica en el tránsito de la estructura agraria y feudal a la economía agro-exportadora, dirigida aún por la típica oligarquía terrateniente pero ya encaminada a satisfacer las necesidades del capital foráneo,¹¹⁵ incentivan la afluencia de grandes masas de migrantes que, más allá de la imagen idílica elaborada por Sarmiento y Alberdi, en su mayoría procedían de los sectores populares que se habían desarrollado en sus países de origen.¹¹⁶ Estas masas, atraídas por la incipiente industrialización, portaban una definida conciencia sindical y política que impulsa tempranos esbozos de organización y difusión de ideologías revolucionarias. Dichas ideologías, que responden a la situación social de los trabajadores, se transforman al interactuar con el proyecto liberal y al pasar al acervo de los sectores intelectuales, proceso que se relaciona con la estructura clasista y con la movilidad social que presenta la sociedad argentina en la etapa.

El tema de las conexiones entre los intereses de la llamada clase media, el proletariado y la élite gobernante, por la importancia que reviste para el desarrollo de las corrientes ideológicas del período, ha sido analizado por una amplia bibliografía.¹¹⁷ Germani, por ejemplo, sostiene que la alta movilidad y el carácter “abierto” de la sociedad argentina, han “desalentado la constitución de grandes movimientos populares de izquierda”¹¹⁸ en este país. Este autor no considera que el socialismo haya sido en Argentina una opción encaminada a cambiar la estructura social establecida. En su opinión, las organizaciones socialistas funcionaron como alternativas del electorado independiente del partido típico de las clases medias, asociado al radicalismo argentino y no como expresiones autónomas de la lucha política del proletariado.¹¹⁹

Desde el propio terreno de la sociología se han realizado críticas contra este enfoque. Como apunta Murmis, la perspectiva de Germani aporta una amplia descripción de la desigualdad, a la vez que evidencia un intento de establecer sus conexiones con el conflicto social, pero presenta limitaciones al tratar el propio concepto de clase.¹²⁰ “El tema político —agrega Murmis— es tratado entonces en la forma analítica (...) o sea como una búsqueda de identificación y conexión entre variables (...) La limitación del análisis germaniano de las clases, ajeno a nociones como lucha de clases o explotación, dio lugar a críticas”.¹²¹

Este tema resulta de vital importancia, en la medida que implica definir las condiciones objetivas que permitieron el desarrollo de la influencia ideológica ejercida por las clases dominantes sobre el proletariado argentino, así como el papel de intelectuales destacados en este proceso. El papel de la clase media en el panorama político del país, sus condiciones de reproducción social, el desarrollo de sus perspectivas ideológicas fueron considerados por el pensamiento burgués posclásico, en especial por el positivismo, como fundamentos para sostener la concepción evolucionista del desarrollo gradual. El positivismo toma en cuenta la movilidad o acceso del proletariado a la condición de clase media y, al otorgarle un papel determinante, atenúa o coloca en un plano colateral las problemáticas de la desigualdad y de la lucha de clases. Es desde esta perspectiva que los positivistas defienden la supuesta existencia de un sujeto popular situado en condiciones de igualdad y poseedor de las mismas aspiraciones que presenta la burguesía.

Las dificultades que acompañan la utilización del concepto de clase media por parte de los historiadores, sociólogos y analistas políticos no conduce a rechazar este concepto, sino a la necesidad de determinar el impacto real del desarrollo económico y social sobre los movimientos políticos e ideológicos que caracterizaron el período. El mencionado fenómeno de movilidad, que vinculó a sectores de la pequeña y mediana burguesía con el proletariado argentino, no elimina los antagonismos del modelo agro-exportador. El proletariado siguió siendo la clase social mayoritaria en la estructura económica del país, sobre la que se concentra la explotación y se acumulan los efectos más graves del capitalismo dependiente. La permanencia de la estructura desigual se refleja, incluso, en los estudios que hacen hincapié en el desarrollo de la clase media a partir del fortalecimiento de los grupos intelectuales, empleados públicos y funcionarios.¹²²

Asimismo, debe considerarse el impacto de la confrontación teórica e ideológica que mueve a toda sociedad argentina en el período. La aparición del radicalismo, al enfocarse desde las contradicciones que marcaban de manera determinante el desarrollo capitalista del país, muestra que la unidad de sectores diversos en la denominada clase media constituye una alternativa elaborada por el propio proyecto liberal.¹²³

La clase media existe, en efecto, como agrupación de sectores de la burguesía que no controlan el poder político ni participan del reparto fundamental de las riquezas, pero su unidad interna y su influencia sobre estratos del proletariado y sobre intelectuales del período no son simples resultados de la movilidad social. El proyecto ideológico que conecta a las élites gobernantes con los núcleos dirigentes de sectores burgueses medios e inferiores, tradicionalmente desplazados del poder político y de las grandes ganancias, permite que grupos progresistas e intelectuales se distancien de alternativas políticas cercanas al movimiento obrero. Algunos de ellos intentan adaptar las aspiraciones populares a las tendencias ya conformadas por el liberalismo. Como apunta Martínez Díaz, el radicalismo fue “en todos los sentidos, un fenómeno de extensión de las ideas liberales a capas sociales que, hasta comienzos del siglo XX estuvieron marginadas de los eventuales beneficios derivados de la aplicación de esta política. La mezcla de sus principios con los del republicanismo y el krausismo (...) conformaron una visión política reformista (...) teñida por una postura ética, reivindicadora de un regeneracionismo”.¹²⁴

En estas condiciones surgen los principales intérpretes del socialismo y del marxismo en la etapa, entre ellos se destacaron Juan B. Justo y José Ingenieros. En este último influye, de manera determinante, la postura reformista propagada entre los sectores medios de la burguesía argentina, posición que se extiende hacia el interior del socialismo en el país. Sin embargo, la primera etapa del pensamiento de Ingenieros coincide con un momento de desarrollo incipiente de la propuesta reformista dirigida por la Unión Cívica Radical, lo que contrasta con el rápido desarrollo de los antagonismos entre la oligarquía y el movimiento sindical. El radicalismo surge como opción opositora dentro del mismo proyecto burgués, y se dirige, sobre todo, contra el fraude y el control elitista del poder político. Sin embargo, tanto el Manifiesto de 1889 como la “Revolución del Parque” de 1890 que había intentado cambiar el orden existente por la vía armada, así como los intentos de escalar posiciones por

medio de la contienda electoral, revelan que el radicalismo se encuentra en franco proceso de formación. Su accionar como movimiento político se ve favorecido por la crisis económica y por el desarrollo del movimiento obrero. Los acercamientos que durante la década del 90 se producen entre el oficialismo y el radicalismo opositor, provocan divisiones y reestructuraciones en ambos bandos. Lo que refleja un fraccionamiento importante del proyecto liberal,¹²⁵ situación contra la cual se dirigirán los esfuerzos de los sectores más lúcidos de la clase dominante en los primeros años del siglo XX.

Más importante para la primera etapa de la obra de Ingenieros resulta el impacto que alcanza la irrupción del proletariado como fuerza política palpable en el panorama social del país. Para la década del 90 el nivel de organización del movimiento obrero, especialmente sus capacidades de movilización y de enfrentamiento a las patronales, crece a ritmo acelerado. La primera huelga con objetivos sindicales había ocurrido en 1878, poco después la presión patronal hace que sus impulsores abandonen los acuerdos conquistados. Durante la década del 90 la situación es muy distinta, como apunta Alba: si en 1894 hubo 9 huelgas, estas crecieron hasta 19 en 1895 y llegaron a 26 en 1896.¹²⁶

Las conexiones de Ingenieros con el movimiento popular se ponen de manifiesto a través de su participación en las actividades propagandísticas y organizativas que conducen a la fundación del Partido Socialista Obrero Argentino (1895), en el cual es elegido delegado y luego secretario general durante su primer congreso (1896).¹²⁷ Aunque la principal figura del socialismo en Argentina durante esta etapa fue Juan B. Justo, Ingenieros despliega una influencia considerable tanto en la actividad interna como en la proyección pública del partido.

La cercanía de Ingenieros a la agitación política estudiantil, junto a su interés por asimilar corrientes ideológicas diversas, le permiten desarrollar posturas peculiares dentro de la misma inclinación teórica del positivismo, la cual se centraba en realizar una “síntesis” entre las ideas positivistas y socialistas. Como señala Bagú, el rechazo de Ingenieros y Lugones a la línea reformista de Justo provocó un fuerte debate y la posterior aprobación de un estatuto que señalaba literalmente: “Serán expulsados del Partido las agrupaciones o afiliados que acepten alianzas con los demás partidos”.¹²⁸ Por otra parte, la polémica de Ingenieros con el anarquismo, movimiento con el que establece una relación compleja, le conduce a atacar la

vía escogida por los anarquistas para enfrentarse al régimen burgués. A entender de Ingenieros, el socialismo no podía desligarse del enfoque positivista de la sociedad, el cual permitía descubrir que evolución y revolución son procesos que se complementan. Desde su punto de vista, siendo el momento revolucionario “el período final o crítico de la evolución ya realizada (...) Ni el grado exagerado de posibilismo que anima a los anarquistas que arrojando bombas o sembrando puñaladas pretenden con la violencia personal implantar un régimen comunista, ni un golpe de estado (...) son capaces de cumplir esta evolución”.¹²⁹

Los enfoques de Ingenieros sobre el problema social reflejan las contradicciones iniciales de su teoría que, por una parte, se apoya en las ideas de los socialistas utópicos, en las concepciones políticas de la ilustración, en elementos del pensamiento marxista y en las experiencias logradas por el movimiento obrero,¹³⁰ pero que al plantear los fundamentos teóricos con los que se debe abordar las tendencias más generales de las contradicciones estudiadas, revela la presencia de ideas liberales en la propia fundamentación del pensamiento revolucionario, lo cual provoca importantes tensiones a la hora de explicar la crisis que vive el país y de plantear alternativas para solucionarla.

Las tensiones entre los planteamientos que pertenecían a la teoría socialista y el análisis de Ingenieros acerca de las fuentes de la riqueza social y sobre las vías para alcanzar una sociedad mejor, han sido atribuidas al carácter limitado de las propias fuentes a las que se acercó. En este sentido, Bagú hace referencia al hecho de que en Argentina nadie había tenido, en ese momento, un trato frecuente con la obra de Marx y Engels, a lo que este autor suma la tendencia de Ingenieros a interpretar el marxismo desde el enfoque de Aquiles Loria, conocido representante del economicismo.¹³¹

La valoración de Bagú es correcta en lo referente al hecho de que Ingenieros desarrolla, sobre todo a partir de los últimos trabajos de la década del 90, una visión economicista del marxismo, aunque este enfoque se muestra limitado al no analizar la riqueza de contradicciones que la asimilación de teorías tan diversa provocó en el esquema de Ingenieros. En primer lugar, trabajos como “¿Qué es el socialismo?”, junto a los artículos publicados en *La Vanguardia* y *La Montaña*, muestran que Ingenieros utiliza textos como el *Manifiesto Comunista*, *Miseria de la filosofía* o “Cómo se hace hoy la revolución”. La precariedad en el uso de las fuentes clásicas es evidente, pero el impacto provechoso de

algunas concepciones marxistas también es apreciable en esta primera etapa. Es palpable la raíz anarquista y socialista de las críticas de Ingenieros contra la propiedad privada, temática en la que se perfilan, además, influencias del marxismo.

Las debilidades de las valoraciones realizadas por Bagú se concentran en la poca importancia que este autor le otorga a la penetración de un grupo de concepciones del marxismo en el pensamiento político de Ingenieros; también resalta la escasa profundidad con que este autor analiza el papel del positivismo y del liberalismo en el desarrollo de diversas contradicciones y deformaciones presentes en la doctrina social de Ingenieros. En este caso, el economicismo es solo una vertiente de la desviación que sufre el pensamiento de Ingenieros, por lo que tomar en cuenta este único factor sugiere erróneamente que no existen contradicciones importantes entre los elementos del pensamiento revolucionario y el liberalismo.

En este punto, al plantear que las contradicciones se derivan del antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado, también que en sus orígenes se encuentra la apropiación privada de los medios de producción, inclusive sus acercamientos al fenómeno de la plusvalía, revelan el impacto de la teoría marxista en el pensamiento de Ingenieros. El primer resultado del contacto de Ingenieros con el socialismo es su enfoque sobre las causas de la crisis. En sus primeros textos aclara que dichas causas se encuentran en la desigualdad “de condiciones existente ante los medios de producción entre dos clases sociales; la una de trabajadores que produce y no consume más que una parte de sus productos, y la otra de parásitos que, dueña de la actual organización política y económica, nada produce y consume los producido por la de trabajadores”.¹³²

Aunque utiliza categorías del marxismo, este enfoque recibe influencias de la primera reacción del liberalismo argentino ante la crisis, reacción que Terán denomina “denuncia inmediatamente moral”.¹³³ Ingenieros incorpora esta denuncia a su pensamiento, pero la subordina a las bases económicas y a las expresiones políticas del problema. Esta interrelación entre corrientes ideológicas facilita que el enfoque de Ingenieros de la contradicción económica, al pasar al terreno de las generalizaciones especulativas, se traduzca como choque entre productor y parásito, entre el carácter moralmente positivo del trabajo y la inmoralidad de su expropiación.¹³⁴ Este planteamiento del conflicto desde

categorías abstractas se vincula a la tendencia lógica del esquema de Ingenieros a reproducir elementos de la crítica utópica y del pensamiento liberal, no solo en cuanto a la explicación moralista de los problemas, sino en uno de sus elementos más universales: el individualismo.

En la primera etapa la interpretación economicista no juega un papel fundamental en cuanto a la continuidad de la teoría social burguesa, mientras que el moralismo con que se recarga el análisis de Ingenieros es una expresión específica de las contradicciones que mueven toda su obra. Dichas contradicciones, que de manera objetiva definen su producción, plantean desde la teoría social las alternativas que se están configurando en el panorama político del país: por un lado, la aprehensión concreta de los caracteres antagónicos de la producción capitalista desde el análisis de la relación capital-trabajo, presente en algunos pensadores que asimilan el pensamiento socialista y marxista, también el planteamiento de la importancia que alcanza la lucha de clases y el control del Estado; por otra parte, las variantes del positivismo y del pensamiento liberal que sustituyen el enfoque clasista, político y económico por las contradicciones individuo-sociedad y por la evolución gradual, la cual se supone que permitirá a los individuos competir en igualdad de condiciones y establecer un régimen de justicia social, sin romper con el proyecto elaborado por la burguesía. En los trabajos que Ingenieros produce durante la década del 90, resaltan las contradicciones entre estos enfoques.

Las contradicciones teóricas e ideológicas se muestran en la deformación que sufre el análisis económico que realiza Ingenieros. Inicialmente, su crítica se apoya en la determinación de la estructura económica capitalista como fuente del antagonismo, en ese sentido Ingenieros reconoce que “el capital reduce su misión a apropiarse indebidamente de una parte de los productos del trabajo de la clase obrera”.¹³⁵ Sin embargo, en su esquema el carácter negativo del capital comienza a juzgarse desde la relación entre los individuos, como deformación de los vínculos naturales entre el individuo productor y los frutos directos de su trabajo, temática que llega a alcanzar una mayor importancia que la determinación del capital como fuerza social de una clase concreta.

En esta línea de desarrollo lógico, en los primeros textos de Ingenieros, se mezclan y contraponen el enfoque individualista y el enfoque clasista de las problemáticas sociales.

Desde sus acercamientos a los conceptos de capital, plusvalía, trabajo, hasta las concepciones generales sobre el modo de producción, sobre la organización política o el socialismo, Ingenieros pasa de uno a otro enfoque sin resolver sus contradicciones. Por ello, en su primer texto teórico importante, señala que el socialismo “debe implantarse (...) como nivelador de las *condiciones individuales* ante los medios de producción”,¹³⁶ a pesar de afirmar que la solución del problema se encuentra en un régimen que establezca la propiedad colectiva de estos medios.¹³⁷ Desde esta primera etapa, Ingenieros intenta distanciarse tanto de lo que él denomina la “escuela individualista” como de la “escuela comunista”,¹³⁸ considerando al socialismo como una opción intermedia que no cae en las exageraciones absolutas de ambas perspectivas.

La fuerza con que se mantienen los principios liberales en este esquema se pone de manifiesto en la defensa que realiza Ingenieros del derecho del individuo a apropiarse de los frutos de su trabajo, derecho que aparece como límite infranqueable para cualquier proyecto social. “Quitando al individuo productor la libre disposición del producto de su trabajo — aclara— se comete el más vergonzoso de los atentados contra la libertad individual, base granítica (...) de la solidaridad colectiva. A la opresión del burgués o del capitalista se sustituye la opresión de la comunidad”.¹³⁹ En este caso, la naturaleza de su crítica contra el establecimiento de altos niveles de distribución de la riqueza, su consideración de la pequeña propiedad como fundamento de una sociedad alternativa al capitalismo, revelan que su postura no se opone al anarquismo, sino a cualquier proyecto que supere la tradicional imagen pequeñoburguesa del socialismo.

El problema de la libertad individual del productor para apropiarse del fruto de su trabajo, al que Ingenieros reconoce debilidades prácticas en cuanto al tópico lassalleano del carácter íntegro de esta apropiación,¹⁴⁰ muestra su apego por un proyecto encaminado a sustituir el gran capital por una sociedad de pequeños productores, en la cual la concentración de la riqueza entre los más exitosos se transmite a la sociedad en forma de contribuciones a la seguridad social y en forma de distribución colectiva, tras la muerte de los individuos poseedores.¹⁴¹ Si en el caso lassalleano, Marx señalaba que la sustitución de las categorías económicas por términos abstractos como “fruto del trabajo” respondía a la defensa de la clase terrateniente,¹⁴² en Ingenieros esta inclinación responde a una exaltación del papel de

la pequeña burguesía y de los intelectuales en el progreso de la sociedad argentina hacia un orden social “superior”.

La alternativa que propone Ingenieros implica una limitación importante en cuanto al estudio de los fundamentos que sostienen a la sociedad capitalista, cuya estructura desigual se reduce a la propiedad privada sobre los medios de producción. Ingenieros defiende la idea de que el capital no puede surgir por acumulación de los productos, pues, desde su punto de vista, todo capital “representa la acumulación de los medios de producción”.¹⁴³ En este caso, toma un principio de la teoría marxista y socialista para adaptarlo a las tesis liberales, relacionadas con la supuesta existencia de un estado natural, en el cual las características de los individuos regulan la actividad social, incluyendo la desigualdad, la riqueza y la posibilidad de los objetos de convertirse en fondos de consumo o en capital. En este sentido, la producción cuyos caracteres sociales son reconocidos por Ingenieros se transforma, teóricamente, en una actividad determinada por las características de los individuos que participan en ella. Esta tesis sobre la desigualdad natural, como fuerza reguladora de la producción social, se presenta entre los positivistas bajo la forma de “desigualdad natural” en la lucha por la vida. Biaguini ha destacado el desarrollo de esta concepción entre los positivistas locales.¹⁴⁴

Desarrollando este enfoque, el concepto que maneja Ingenieros de libertad, aunque incluye una serie de medidas encaminadas a establecer la igualdad de oportunidades económicas, aunque asume la obligación social de mantener a los inhábiles para el trabajo, se basa en el supuesto de que el individuo, en su propia naturaleza particular, es el fundamento de todo bien y de toda emancipación social. Para Ingenieros la libertad existe “desde el momento que no perjudica la libertad ajena (...) y no puede admitirse que existan individuos que sostengan concienzudamente ideas que encierran una imposición, y una contradicción respecto a las leyes naturales que la ciencia ha comprobado”.¹⁴⁵

Por ello, su propuesta incluye el control colectivo sobre los grandes medios de producción para crear un nuevo orden social, aspecto en el que se suma a la concepción socialista, pero supone que este acto de socialización, que abarca solo uno de los fundamentos de las relaciones burguesas, es suficiente para transitar de la desigualdad injusta a la desigualdad inevitable. “Sostener que la comunidad debe usar y disponer de los productos engendrados

por la colectividad social —señala— con el fin de no crear desigualdades, es un absurdo evidente si se considera que esos productos no pueden convertirse en medios de producción”.¹⁴⁶ La concepción de Ingenieros sobre la sociedad socialista se vincula a un modelo ideal en el que la humanidad se transforma en “una sola de individuos con iguales derechos ante los medios de producción y con iguales deberes respecto a los demás individuos”.¹⁴⁷

Las contradicciones entre el reconocimiento del carácter cada vez más colectivo de la producción y los principios individualistas que sobreviven en el esquema teórico de Ingenieros afectan, aunque en menor profundidad, sus primeros enfoques sobre el papel de la actividad política en la solución de los antagonismos sociales. Del análisis económico de corte marxista deduce Ingenieros la naturaleza clasista y coercitiva del Estado, al cual define como “el mayor de los grandes propietarios y el más gigantesco de todos los capitalistas”.¹⁴⁸ Esta definición no se realiza partiendo de la relación abstracta entre individuo y la organización colectiva, sino que se plantea como contradicción derivada de las posiciones desiguales de los grupos humanos con respecto a los medios de producción. Sin embargo, Ingenieros también asimila presupuestos del anarquismo, cuyas posturas consideran al Estado en su absoluta negatividad, como obstáculo para el libre desenvolvimiento del hombre individual”.¹⁴⁹

En las variaciones del esquema de Ingenieros se ponen de manifiesto las diferencias entre las posturas anarquistas y socialistas. Las primeras tienden a considerar al Estado como fruto de un principio abstracto de autoridad, el cual, independientemente de sus condiciones concretas, no es el resultado de la sociedad antagónica, sino un principio creador de la misma. El enfoque socialista, en especial tras el desarrollo del marxismo, se inclina a considerar el Estado como una instrumento de una clase social concreta, que le imprime a este órgano sus propias características y lo convierte en instrumento para ejercer su monopolio sobre la producción. En el enfoque de Ingenieros ambas posturas se mezclan, lo que provoca confusiones a la hora de valorar los principios teóricos en los que este se basa para responder a la crisis del proyecto liberal y al desarrollo del movimiento obrero en Argentina.

Precisamente, entre la teoría marxista sobre la disolución del Estado mediante la instauración de un gobierno popular y el rechazo del anarquismo a toda autoridad, Ingenieros establece puntos de contacto para rechazar elementos de la vertiente reformista y para criticar algunos principios de la postura socialista. En primer lugar, las ideas anarquistas que se refieren a toda autoridad política como un obstáculo para la emancipación, hacen que Ingenieros se cuestione si entre los objetivos del movimiento socialista puede estar el control del poder político. Por otra parte, los trabajos de Engels relacionados con el impacto que la participación del proletariado había provocado en las elecciones europeas,¹⁵⁰ así como la propia situación del socialismo en Argentina, hacen que Ingenieros acepte el sufragio como arma de lucha revolucionaria. En sus primeros trabajos el esquema anarquista, que rechaza la participación y la organización política del proletariado, se ve superado por la concepción sobre la toma del poder como instrumento indispensable para la revolución social.

Las experiencias de *La Vanguardia* profundizan el rechazo de Ingenieros a las instituciones de la democracia burguesa, dado que en estas publicaciones periódicas se le ofrece la oportunidad de atacar públicamente a los poderes establecidos.¹⁵¹ En *La Montaña*, publicación que se lanza como plataforma de acercamiento a los sectores anarquistas, Ingenieros reafirma sus tesis contra el Estado en general. En el manifiesto que inicia esta publicación sus redactores se consideran socialistas porque proyectan una sociedad en la que el individuo se encuentre “libre de toda imposición o restricción económica, política o moral, sin más límite a su libertad que la libertad igual de los demás”.¹⁵² Ingenieros, quien desempeña un papel dirigente en esta empresa, a pesar de los criterios contra el Estado resulta muy criticado por los anarquistas, sobre todo porque en sus artículos ya se perfila el enfoque economicista.

En esta primera etapa, al igual que ocurre con el tratamiento del problema del Estado, para enfrentar el problema de la revolución social Ingenieros utiliza presupuestos cercanos al pensamiento liberal, sobre todo asimila la interpretación positivista de la teoría de la evolución. Ello le permite considerar que las experiencias de las rebeliones campesinas, las revoluciones burguesas y la Comuna de París son ejemplos en los que las “revueltas fueron de todo punto estériles porque aún la evolución no se había efectuado”.¹⁵³ En contrapartida

al enfoque abstracto, aunque la intención de Ingenieros es lograr su integración, aparece la fuerte presencia del pensamiento político socialista. A pesar de las oscilaciones entre la importancia de la evolución y de la revolución, Ingenieros acepta la supremacía de la lucha política como dimensión fundamental de las transformaciones sociales. Destaca en este momento la importancia otorgada por Ingenieros a la organización de la clase obrera en un partido, organismo en el que deben participar “todos los asalariados, desde el ingeniero (...) hasta el obrero”.¹⁵⁴

En un intento de síntesis, que trae especiales consecuencias, el tema de la organización del proletariado en un partido único se ve influido por concepción filosófica sobre la cohesión de intereses sociales a partir del trabajo. En esta primera etapa, los enfoques de Ingenieros sobre el sujeto histórico, aunque sitúan al proletariado como su componente fundamental, se apoyan en la oposición entre trabajo y ocio, entre productor y parásito, para definir el carácter revolucionario o reaccionario de cada sector social. Esta postura refleja la situación de los estratos pequeñoburgueses y de los intelectuales en el contexto de la crisis de los 90, sectores amenazados por el modelo económico y político excluyente instaurado por las facciones más elitistas de la burguesía. Como respuesta a las contradicciones del modelo elitista, Ingenieros incluye en su definición del sujeto histórico a los comerciantes, los estudiantes, los intelectuales y los amplios sectores de la burguesía media: en su opinión, ellos pertenecen al proletariado por ser igualmente explotados y por estar unidos a los obreros en su condición de trabajadores.¹⁵⁵

El trabajo como elemento común, al ir acompañado por dificultades de Ingenieros para definir cuáles son las contradicciones fundamentales del capitalismo dependiente, coloca a estratos inferiores de la burguesía en un papel progresista universal, cuando en realidad esta condición tiende a ser coyuntural. Esta postura en torno a la unidad del proletariado con la pequeña burguesía y con los intelectuales resulta interesante, en una etapa en la cual esta unión podía representar un peligro real para el sector gobernante. En momentos posteriores, el presupuesto sobre la unidad entre los intelectuales, pequeños propietarios y proletarios se transforma en una fundamentación vulgar de la supuesta unidad de intereses entre la burguesía y el proletariado.

La breve importancia otorgada al partido de masas, al socialismo y a la revolución política se vincula a la participación de Ingenieros en la fundación del Partido Socialista Argentino, a la situación de crisis del proyecto liberal y al desarrollo del movimiento obrero en el país. La compleja valoración de esta primera etapa, marcada por el carácter incipiente de la propia formación ideológica y teórica de Ingenieros, ha conducido a destacar el hecho de que se trata de un período caracterizado por la crítica de este autor al proyecto liberal. Sin embargo, la tesis sostenida por Terán de que Ingenieros no es un representante del 80, lo que se evidencia en el hecho de que su sistema “no *comienza* la construcción de sus objetos teóricos desde un universo de discurso positivista spenceriano”,¹⁵⁶ sino que resulta un hijo de la crisis del 90, exige necesarias correcciones.

Más allá del reconocimiento, aportado por el propio Terán, de que Ingenieros es partícipe de una “negación inmediata— en el sentido hegeliano de esta noción”¹⁵⁷ del proyecto liberal, aparecen criterios que sitúan al esquema positivista como una herramienta provechosa para el pensamiento revolucionario de Ingenieros.¹⁵⁸ Esta valoración pasa por alto la tensa relación entre las concepciones socialistas, pobremente asimiladas pero palpables, y las ideas positivistas en esta primera etapa. Relación que se vuelve antagónica, en la medida que la teoría socialista y marxista se intenta desarrollar en un esquema determinado por las concepciones del positivismo. En esta primera etapa se pone de manifiesto que el enfoque clasista, los análisis económico de las relaciones capital-trabajo, los acercamientos de Ingenieros al papel del Estado y de la actividad política en la solución de los problemas sociales, no se ven favorecidos por el desarrollo de teorías cercanas al pensamiento burgués posclásico, incluyendo a aquellas que, como el positivismo y el anarquismo, utilizan sus presupuestos para elaborar una propuesta de rebelión individual o moral que no aporta, sino que contrarresta las ideas del pensamiento socialista avanzado.

2.2. La concepción positivista del capitalismo y del socialismo en el pensamiento de Ingenieros

Las diversas etapas que marcan la obra de Ingenieros se relacionan entre sí a partir de importantes conexiones históricas, teóricas e ideológicas. Este fenómeno se pone de manifiesto en el caso de la segunda etapa de su producción teórica, la cual se consolida en 1900 y se extiende hasta 1911, pero sus raíces comienzan a manifestarse en los trabajos que produce Ingenieros entre 1898 y 1899.

Puede hablarse de una segunda etapa en las problemáticas filosóficas y políticas asumidas por Ingenieros debido a la continuidad y a las diferencias que presentan los trabajos de este período con respecto a sus textos iniciales. En los primeros trabajos, las ideas incipientes del positivismo y las tesis del pensamiento liberal mostraban contradicciones con respecto a la asimilación de las concepciones del pensamiento socialista y marxista, pero la adaptación de los esquemas revolucionarios a las necesidades del proyecto burgués nacional se encontraba en un estado de desarrollo incipiente, lo que permite que Ingenieros se mantenga enfocado en la determinación económica y política de la crisis que afecta al capitalismo, en la necesidad de la revolución como vía decisiva para solucionar sus problemas y en la visión del proletariado como sujeto histórico.

El proceso de vulgarización que en su pensamiento sufren las corrientes teóricas vinculadas al movimiento obrero y popular cedía, en la primera etapa, ante la tendencia de Ingenieros a buscar las contradicciones del capitalismo. En este primer momento de su obra, Ingenieros pasa por alto importantes antagonismos entre sus fuentes teóricas, pero mantiene el principio de que la crisis social implica la necesidad de cuestionar todas las teorías utilizadas.

La recuperación paulatina del proyecto burgués y el desarrollo del positivismo en su obra cambian la naturaleza teórica e ideológica del esquema de Ingenieros. Este cambio se relaciona, sobre todo, con el fracaso de sus expectativas con respecto a la rapidez con que se produciría el derrumbe del capitalismo a nivel nacional e internacional. Las causas de la recuperación del sistema no son interpretadas por Ingenieros como condiciones coyunturales, sino como tendencias de la evolución social. En cuanto a la pasividad de las masas, problema que también interpreta como una condición sociológica o natural, ya en sus últimos escritos de *La Montaña* señalaba: “lo único extraño es que el pueblo está mudo. Se

creería que le han cortado la lengua; o que solamente la tiene para lamer las manos perfumadas del amo que lo azota y lo hambrea”.¹⁵⁹ La incapacidad de las mayorías para convertirse en sujetos de cambio, así como la importancia de las leyes sociales de carácter evolutivo, resultan temáticas recurrentes en la segunda etapa del pensamiento de Ingenieros.

Las condiciones políticas del país, cargadas de contradicciones en cuanto a la organización del proyecto liberal y de los movimientos populares, dan pie para que las teorías inclinadas a apoyar la reactivación del liberalismo lleguen a conclusiones que defienden la estabilidad y el carácter progresista del sistema. En primera instancia, el desarrollo del movimiento obrero no se interrumpe, sino que aumenta la intensidad de sus confrontaciones con las patronales y con el gobierno. La novedad que aparece en las protestas de principios de siglo es su carácter generalizado. Según refiere Alba, en 1902 una huelga iniciada en la capital se extiende por el interior del país, ese mismo año una huelga de descargadores de Rosario se convierte en huelga general. En 1903 y 1904 hubo dos huelgas generales, mientras que una nueva oleada de movimientos huelguísticos comenzó en 1905 y continuó con vigor hasta 1910.¹⁶⁰

A pesar del desarrollo y el carácter masivo que alcanza el movimiento obrero, los problemas relacionados con su unidad y su organización afectan sus posibilidades para convertirse en sujeto de cambios revolucionarios. Entre 1890 y 1900 se habían producido varias tentativas de unir en una sola organización al movimiento obrero argentino, las cuales fallaron debido al enfrentamiento doctrinal entre las corrientes que lo conformaban. Esta situación sigue desarrollándose durante las primeras décadas del siglo XX: en 1901 se había creado la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) que reunía a anarquistas y socialistas, pero las resoluciones tomadas por el segundo congreso de la FORA provocan la salida de los socialistas de esta organización y el surgimiento, en 1903, de la Unión General de Trabajadores (UGT). Dentro de la propia UGT se produjeron divisiones entre la corriente sindicalista y socialista, lo que llevará a nuevas rupturas y a nuevas organizaciones.

Dentro de las problemáticas mencionadas, por su importancia a la hora de valorar la posición de Ingenieros ante la realidad del país, destacan las tensas relaciones entre el movimiento socialista y el sindicalismo. En este contexto de divisiones doctrinales y de unidad relativa en momentos de confrontación directa con el gobierno, los socialistas

adoptaron el reformismo como estrategia, con el cual intentaban representar los intereses obreros. Sin embargo, la problemática en torno a la utilidad de los partidos, el tema de la participación en las instituciones políticas dirigidas por la burguesía, así como la cuestión sobre papel específico del partido socialista en el movimiento obrero, provocaron adaptaciones y desencuentros entre los socialistas y los sindicalistas. En 1903, la UGT liderada por los socialistas juzga que la huelga puede ser útil en cuestiones que afecten directamente al pueblo y como acto de resistencia, pero condena su despliegue por vías violentas o revueltas. La UGT también recomendaba a los obreros que, con independencia de la lucha general de sus organizaciones, dieran su voto a los partidos que tuviesen en sus programas reformas que pudiesen favorecer los intereses populares.¹⁶¹

Por su parte, la corriente sindicalista, centrada en la huelga como método de lucha, durante el congreso de la UGT en 1905 resolvía aceptar la representación parlamentaria, pero otorgándole un papel secundario, en la medida que ella no podía atribuirse nunca la dirección del movimiento obrero.¹⁶² El reformismo, adoptado como estrategia principal por el partido socialista y por intelectuales como Justo e Ingenieros, no fue capaz desplazar ni de eliminar las limitaciones de las corrientes sindicalistas y anarquistas. Por otro lado, la opción reformista contribuyó a que el partido socialista no lograra el objetivo de convertirse en la vanguardia efectiva del movimiento obrero en Argentina. Sobre este fenómeno y desde un punto de vista más centrado en la procedencia de los dirigentes apunta Louget: “El partido cuenta con personalidades universitarias eminentes (...) pero ofrece el defecto frecuente en los movimientos socialistas de los países latinoamericanos, de no ser en grado suficiente un movimiento obrero, encuadrado y dirigido por hombres salidos de la clase obrera”.¹⁶³

A diferencia del carácter negativo y de los pobres resultados que el reformismo provocó en el movimiento obrero y socialista, esta postura demostró sus verdaderas potencialidades al convertirse en la opción principal del proyecto liberal para encontrar salidas políticas a la crisis. A pesar de las divisiones doctrinarias, el ascenso del movimiento huelguístico se convirtió en una amenaza para la clase gobernante, ya que el modelo productivo establecido por la oligarquía resultaba dependiente de la inversión extranjera, lo que exigía el mantenimiento de altos niveles de estabilidad social. La estrategia de los gobiernos durante la etapa se inclinó, inicialmente, a la represión. Ante la huelga general de 1902 se declara

por primera vez el estado de sitio, en lo adelante esta medida sería aplicada ante cualquier protesta de cierta magnitud. Medidas jurídicas como la Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910, encaminadas a impedir la entrada al país a migrantes con determinadas filiaciones políticas y a criminalizar la disidencia, no producen los frutos esperados: en 1906 hubo ciento setenta huelgas. En 1909, la muerte de 14 personas y los 80 heridos que resultaron del enfrentamiento entre el ejército y los manifestantes del Primero de Mayo, provocaron una huelga general que paralizó al país durante ocho días. En 1910 se produjeron 298 huelgas.

Ante el estado de confrontación social, sectores de la élite gobernante se plantean la necesidad de apoyar la opción reformista, como vía fundamental para contener el ascenso de las protestas obreras. Como apunta Martínez Díaz, desde 1905 un ideólogo de la élite como Carlos Pellegrini señalaba el peligro que suponía colocar a los sectores medios y a los obreros en una situación sin salida. “La apertura del sistema electoral —agrega Martínez Díaz— parecía la maniobra que comprometía menos el futuro de las clases altas (...) opción también aguardada por los grupos extranjeros que invertían en la economía argentina”.¹⁶⁴ Este cambio estratégico, aunque sólo se materializa en 1912 con la aprobación de la Ley Sáez Peña, constituye una opción que va ganando espacios en Argentina a lo largo de las primeras décadas del siglo XX.

En esta etapa, todas las variantes del positivismo asimiladas por Ingenieros confluyen a la defensa de la reforma social que, como se ha apuntado, se ha convertido en la opción política indispensable para el sostén del proyecto burgués en el país. Los primeros pasos de Ingenieros para responder a la mutación ideológica que experimenta su pensamiento se concentran en eliminar las aristas del marxismo clásico que, en la primera etapa de su obra, afectaban la plena fundamentación del proyecto liberal. Para ello, Ingenieros se inclina a simplificar las relaciones dialécticas entre los factores de la producción, dejando poco margen para la libertad, la voluntad o la revolución. En este orden, interpreta la historia “como un conjunto de fenómenos encadenados por inevitables relaciones de causalidad”.¹⁶⁵

En este momento, Ingenieros defiende la existencia de vínculo mecánico entre la economía y el desarrollo social, propio de la teoría economicista. Así, afirma que la evolución económica capitalista “prepara la evolución posterior en sentido socialista. Pues, digámoslo

desde luego, su rasgo esencial, característico, es la tendencia a socializar los sistemas productivos y los medios de producción”.¹⁶⁶ En este enfoque la industrialización, la concentración de la actividad productiva y el equilibrio social aparecen como dimensiones de una relación lineal de causa-efecto, en la que el progreso de un factor conduce, inevitablemente, al desarrollo ascendente de todo el sistema: “la planta vigorosa llamada maquinismo —dice Ingenieros— cuyas raíces no caben en la presente maceta capitalista y amenazan romperla (...) crecerá y florecerá en la nueva maceta y será un factor de bienestar y felicidad para todos los hombres”.¹⁶⁷

En los trabajos producidos entre 1898 y 1900, también es evidente la mutación teórica de Ingenieros que continúa adaptando las categorías del marxismo a la interpretación positivista de la evolución. Muñoz y Ramaglia, por ejemplo, resaltan el uso que este hace del factor racial, del medio geográfico, de la contraposición planteada por Sarmiento entre la civilización y la barbarie para juzgar el desarrollo de los pueblos.¹⁶⁸ La valoración del esquema de Ingenieros como una unidad de categorías marxistas y de principios evolucionistas debe analizarse en profundidad, ya que este tipo de esquemas tiende a la deformación del pensamiento marxista clásico.

Ingenieros utiliza la concepción de Marx sobre el modo de producción, pero transforma radicalmente sus fundamentos. En primer lugar la concepción marxista de la sociedad como un organismo dialéctico se elimina, para dar paso al principio de desenvolvimiento de cualidades embrionarias, presentes en los todos los estados del desarrollo y, por tanto, capaces de condicionar la trayectoria posterior. A la historia —apunta Ingenieros— le basta con saber que todos los pueblos para llegar a la civilización han debido atravesar las diversas etapas del salvajismo y la barbarie.¹⁶⁹

Para Ingenieros, el avance constante de las fuerzas productivas, siempre superiores a los obstáculos impuestos por las relaciones de producción, es el componente embrionario que recorre todas las etapas de la historia. Apuntar las similitudes entre este esquema y la concepción de Marx, especialmente desde la propagación de un texto como el *Manifiesto Comunista*, no debe pasar por alto que para el marxismo clásico cada sociedad plantea de modo distintivo sus contradicciones, incluyendo el choque entre las fuerzas más dinámicas de la producción y sus modalidades de organización objetiva. El enfoque evolucionista, que

sustituye al marxismo en el esquema de Ingenieros, tiende a juzgar cada etapa según un principio de desarrollo lineal de la humanidad, que a su vez representa una expresión especulativa de la sociedad arquetípica, en el caso de Ingenieros el capitalismo.

Con la consolidación de estas posturas en el pensamiento de Ingenieros, la contradicción entre capitalismo avanzado y el capitalismo dependiente, que en esta etapa comienza a manifestarse como una realidad histórica, queda oculta o trasfigurada bajo la interpretación de los problemas sociales desde la lucha entre distintos niveles de desarrollo de la civilización, especialmente entre el feudalismo y el capitalismo. El análisis de la etapa de la conquista, del cual Ingenieros concluye el carácter inevitable del triunfo de los europeos, ya que “a mayor diferencia entre los índices de desenvolvimiento correspondió una menor resistencia a la dominación y viceversa”,¹⁷⁰ se extrapola hacia las condiciones del capitalismo dependiente. La sustitución del enfoque marxista por el positivismo permite que el monopolio, la superioridad de los estados capitalistas avanzados, la polarización social se consideren procesos naturales. Ingenieros asume que el “trabajo de eliminación de los más débiles por los más fuertes,”¹⁷¹ coloca a los latinoamericanos ante la opción de conocer sus causas y de incentivar en sus propios países los mismos factores de desarrollo.¹⁷²

Pero Ingenieros no solo desarrolla adaptaciones de la teoría marxista al economicismo y al evolucionismo. A partir de 1899, impulsado por sus lazos de amistad con los profesores José María Ramos Mejía y Francisco de la Veyga, quienes le incentivan a asumir la clásica trayectoria del científico positivista, Ingenieros se distancia de la actividad política y se concentra en su formación profesional. Este esfuerzo le conduce a asimilar una amplia variedad de teorías presentes en los terrenos de la biología, la psicología, la criminología y la sociología. Importante en esta etapa fue la relación de Ingenieros con fuentes teóricas foráneas, pero su contacto con los trabajos de los positivistas argentinos le permite desplegar su postura sobre la aplicación de estas teorías a los problemas nacionales.¹⁷³

En 1900 Ingenieros defiende su tesis *Simulación de la locura por alienados verdaderos*, pero es, sobre todo, su introducción titulada *La simulación en la lucha por la vida* la que sintetiza sus estudios en los terrenos de la biología, la psicología, la psiquiatría y la criminología. Su trayectoria se integra rápidamente al ámbito de institucionalización de las ciencias en el país, dándose a conocer desde una amplia gama de trabajos que serán

publicados en revistas de la época.¹⁷⁴ En este momento, Ingenieros profundiza en un enfoque que Terán denomina “mirada médica”,¹⁷⁵ la cual se encarga de juzgar las contradicciones de la sociedad burguesa como patologías a las que corresponden tratamientos que, sin afectar la integridad del sistema, se encaminan a atenuar sus efectos.

Para Terán, este enfoque refuerza el interés de Ingenieros por fundar las ciencias sociales en Argentina. Las ciencias, como bien señala Terán, serán para Ingenieros “saberes normativos del orden y el progreso que permiten integrar el disenso y segregar a los núcleos sociales patologizados”.¹⁷⁶ Sin embargo, dentro de esta apertura teórica y junto al interés de Ingenieros por crear una ciencia de la sociedad, destaca la importancia de dos grandes concepciones que resultan fundamentales para su proyecto de refundar la sociología en el país. “Por una parte —señala Ingenieros— los organicistas, cual Spencer, Worms, Lilienfeld y Novicow, empeñados en considerar las sociedades humanas como organismos (...) por otra parte los economistas, como Rodgers, Marx, Loria y De Molinari, que intentan reducir la sociología a problemas de economía política”.¹⁷⁷

Siguiendo estos principios, y la profundidad con que Ingenieros intenta desarrollarlos, Orgaz y Terán consideran que en este momento aparece una teoría intermedia clasificada como “bioeconomismo”.¹⁷⁸ Esta definición del esquema de Ingenieros debe enriquecerse con el análisis de vínculos con su pensamiento político. Como reconoce Terán, esta apertura ante diversas corrientes teóricas y este interés por fundar una sociología argentina se despliegan como complemento de un cambio ideológico fundamental. Si en el primer período su obra se caracteriza por responder a la cuestión acerca de cómo y por qué revolucionar el orden existente, en este nuevo espacio el interés de Ingenieros se concentra en el proyecto de nación, según modelos brindados por los países capitalistas de Europa.¹⁷⁹

Un momento paradigmático en cuanto al despliegue ideológico del “bioeconomismo” se produce con el análisis que realiza Ingenieros del Proyecto de Código Nacional de Trabajo o Proyecto de Ley González.¹⁸⁰ Este texto, al modificarse tras una larga trayectoria de reediciones, fue marcado por el contacto posterior de Ingenieros con la corriente reformista y revisionista del socialismo europeo, sintetizada en los trabajos teóricos de Bernstein. Esta conexión se produce a raíz del recorrido que realiza Ingenieros por Europa entre 1905 y 1906.

Como bien señala Bagú, la relación de Ingenieros con la vertiente revisionista, en especial con la doctrina de Bernstein, reforzó la tendencia que ya se había consolidado en su pensamiento, pero este contacto no constituyó una fuente teórica primaria, ya que en su propia trayectoria dentro del positivismo, así como en las tendencias políticas de su país, se habían producido condiciones propicias para que el reformismo y la revisión liberal del pensamiento revolucionario pudiesen desarrollarse.¹⁸¹ Ello no significa que pueda defenderse la falta de coincidencias entre el revisionismo de Bernstein y la postura de Ingenieros, sino que demuestra el papel universal del positivismo, del economicismo y del darwinismo social en la revisión burguesa de la teoría marxista.

A pesar de la variedad de sus fuentes teóricas, los textos de la etapa demuestran que el “bioeconomismo” de Ingenieros sirve de fundamento para la crítica contra el marxismo clásico. En primer lugar, los elementos socialdarwinistas de este esquema pretenden sustituir el carácter histórico-concreto dado por el marxismo a las desigualdades sociales por condiciones generales de tipo biológico: “amos y ciervos —dice Ingenieros— los hubo siempre, así como habrá eternamente desigualdades sociales por razones de orden biológico que ninguna legislación podrá evitar”.¹⁸² Por otro lado, las perspectivas teóricas que se unen en el “bioeconomismo” prevén una supuesta tendencia del capitalismo hacia la unidad y hacia la solidaridad entre las clases antagónicas.¹⁸³

Ingenieros no se apoya, solamente, en el análisis de la relación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Su perspectiva considera la desaparición gradual de las contradicciones fundamentales de la organización, distribución y consumo del trabajo en la sociedad burguesa. A tono con este análisis, Ingenieros señala que “la organización y división del trabajo social tiende a crear instituciones en que el principio de solidaridad atenúa el principio de antagonismo en la lucha por la vida con beneficio de todos los componentes del agregado social”.¹⁸⁴

Lo anterior demuestra que, durante la primera década del siglo XX, se establece una coherencia mayor entre las distintas variantes del esquema positivista y el pensamiento político de Ingenieros. Esta peculiaridad se corresponde con la creciente incompatibilidad entre los elementos del pensamiento revolucionario que sobreviven en su obra y su esquema sociológico, político y filosófico, que ahora responde a la legitimación del proyecto

reformista. Como apunta Terán, el giro teórico dado por Ingenieros es tan significativo que su esquema se reencuentra con determinadas “categorizaciones de la generación del 80”¹⁸⁵ y comparte las mismas posturas que, en la etapa anterior, Ingenieros había criticado a Juan B. Justo.

Este cambio general en la naturaleza ideológica y teórica de su esquema provoca que, en esta etapa, Ingenieros no acepte el papel de la revolución política en el progreso social. Utilizando el esquema de Comte sobre la teoría de los tres estados, Ingenieros interpreta la historia del socialismo como la sustitución de una etapa utópica por otra dialéctica (el marxismo), que finalmente sería superada por el “socialismo positivo”. En esta línea evolutiva la teoría de la revolución es valorada como parte de un período prehistórico, más emotivo que científico.¹⁸⁶

En el momento que escribe “Socialismo y legislación del trabajo”, Ingenieros tiende a rechazar la dialéctica presente en la concepción marxista de la historia, a la que opone la lógica de su esquema evolucionista. Siguiendo esta lógica, las pretendidas limitantes del marxismo serán: La teoría de la lucha de clases como dinámica esencial de las sociedades humanas, la concepción “catastrófica” de la revolución social, la predicción marxista sobre un crecimiento de la desigualdad, concentración de la riqueza y polarización burguesía-proletariado y la implantación necesaria de una dictadura del proletariado.¹⁸⁷ A nivel general, Ingenieros defiende la tesis de que existe una contradicción lógica insoluble entre la concepción de la sociedad y la teoría política de Marx.

(...) en qué consiste esta contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse a la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentido que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable e independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx (...) está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales (...) contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx.¹⁸⁸

El intento de Ingenieros de superar el marxismo clásico con el “socialismo positivo” revela la pobreza teórica de sus principios, entre ellos destaca la interpretación socialdarwinista de la lucha de clases, desde la que se pretende demostrar el supuesto reduccionismo con el que Marx enfrentó los antagonismos sociales.

La actividad económica de un país —apunta Ingenieros— crea *varios* intereses diversos (...) De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases menos complejas e importantes: la lucha entre las razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre sexos, la lucha entre los profesionales, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo o la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva; hay intereses comunes a toda la humanidad, intereses comunes a toda una raza, a toda una nación, a toda una clase, a todo un sexo, a todo un gremio.¹⁸⁹

Para solucionar esta “contradicción lógica”, Ingenieros no dirige su cuestionamiento contra los elementos evolucionistas o economicistas del marxismo vulgar, con los que su propio esquema coincide, sino contra los elementos del marxismo clásico. Ingenieros se enfrenta a la dialéctica de Marx porque esta resulta incompatible con el reformismo y con el evolucionismo. Para el marxismo clásico la existencia de leyes objetivas en la actividad humana, el perfeccionamiento creciente de los modos antagónicos de producción social y la continuidad de la estructura clasista en la historia no implica negar sino que, por el contrario, lleva a fundamentar la necesidad de la revolución social, aspecto que resulta inadmisibles para el enfoque de Ingenieros. La argumentación de Ingenieros aclara cuál es el blanco de sus ataques: “La evolución de las sociedades humanas —señala— no puede impedirse ni precipitarse. Son igualmente ineficaces las tímidas resistencias de los misoneístas y las exuberantes retóricas de los ilusos”.¹⁹⁰ El objetivo de esta crítica es demostrar la supuesta superioridad de la corriente reformista con respecto al marxismo clásico.

La concepción del socialismo positivo también se vincula a la postura científicista. En ella los problemas relacionados con el papel de la teoría en la actividad práctica se enfocan desde una cuestión más urgente: esta atañe a las relaciones entre la ciencia y la política. Al valorar la fundación de las ciencias sociales como un instrumento del orden social, Ingenieros considera que el carácter científico debe ser la principal característica del “socialismo positivo”. Los resultados de este planteamiento se muestran desde textos anteriores, en los que Ingenieros contraponen la ciencia “imparcial” a la política militante. Se trata de un “socialismo (...) lejos de los clubs, donde la pasión enturbia el raciocinio, donde el sectarismo da una rigidez de cadáver a la doctrina no comprendida, donde la energía de los inteligentes se hace trizas contra la impermeabilidad del gran número”.¹⁹¹

En este caso, la postura asumida por Ingenieros defiende la superioridad, imparcialidad y ruptura de la ciencia con respecto a la ideología. Al realizar su valoración de la Ley González, se declara convencido de la eficacia de este método, el que presume de obligatoria adopción por parte de todo actor interesado en llevar adelante las reformas sociales. “Plantearemos su estudio —dice Ingenieros— en un terreno jurídico y práctico, independiente de preocupaciones de partido o de clase, desligándonos de las fórmulas hechas que maniatan por igual a los conservadores y los revolucionarios”.¹⁹²

Considera Ingenieros que, para transformar sus objetivos en realidades, el socialismo debe superar el dominio de la política sobre la ciencia. Esta situación debe ser resuelta con la adopción de una política subordinada a las leyes del desarrollo económico y espiritual. “Los sociólogos socialistas —aclara Ingenieros— conocen y afirman la necesidad de favorecer (...) el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa e indispensable para toda evolución ulterior”.¹⁹³ En el terreno de la teoría, Ingenieros considera que el socialismo debe ser una política científica, una doctrina que conoce los hechos y se adapta a ellos. Adaptación que significa asumir sólo aquellas formas de lucha que coincidan con el progreso, o con la legalidad que ha establecido la modernización liberal.¹⁹⁴

Todas las variaciones del esquema teórico le permiten a Ingenieros apoyar una vertiente del socialismo que, su opinión, no debía ser identificada con ningún partido o interés político, sino con una tendencia general de la evolución social.¹⁹⁵ Postura que deja a la teoría socialista sin sujeto histórico concreto y le sustituye por el abstracto proceso de evolución de la humanidad, este legitima el avance productivo del capitalismo y la inserción del movimiento popular en las dinámicas de la democracia burguesa.

Entre los resultados que se desprenden de este momento de cohesión entre positivismo y reformismo en la obra de Ingenieros, destaca su concepción sobre la unidad nacional. Dicha unidad, vista desde el positivismo, se encuentra fundamentada en el hecho de que la “cooperación de todas las clases es una necesidad para los fines de utilidad común: el aumento de la riqueza y del bienestar (...) que a todos beneficia”.¹⁹⁶

El tema de la unidad social, con una larga permanencia en el pensamiento de Ingenieros, está marcado por el enfoque cada vez más abstracto de sus categorías y condiciones, que pasan de los terrenos económico, clasista y político al sociológico y filosófico. El tema de la solidaridad y la fraternidad universal, tratado desde el esquema positivista, conduce a la legitimación del imperialismo en algunos espacios de su obra. En una crónica periodística publicada en 1906, Ingenieros considera al imperialismo alemán como un resultado de la evolución histórica, ante el cual no era posible emitir juicios ideológicos o políticos. Para juzgar de manera positiva la agresividad y el expansionismo germánico, Ingenieros se apoya en el enfoque lineal del evolucionismo, el cual considera que las contradicciones antagónicas no son males del sistema capitalista, sino tendencias de la socialización humana.

La asociación de los hombres en grandes colectividades —señala sobre el imperialismo— no es un hecho improvisado. De la familia a la tribu, de ésta a la raza, de ésta a la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas, que acaso pueda algún día agrupar en una fraternal unión a todos los pueblos civilizados. Mientras tanto, cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen a los débiles, los asimilan como provincias o los explotan como colonias.¹⁹⁷

Su esquema resalta que la socialización provocada por el capitalismo monopolista se basa en la explotación del trabajo colectivo¹⁹⁸, pero minimiza el hecho de que sus frutos no son compartidos equitativamente por toda la “colectividad”, sino por una minoría cada vez más agresiva, cuyas aspiraciones de dominación son presentadas de manera fetichista como tendencias de toda la nación o de la colectividad.

La problemática de la nación tiene gran interés para Ingenieros en la medida que incluye el problema del desarrollo desigual y contradictorio del capitalismo. Al tratar esta problemática se revelan las dificultades de Ingenieros para definir el factor o dimensión determinante que explicaría la desigualdad, ya sea por superioridad o por inferioridad, que presentan los pueblos y comunidades. Ingenieros se ve precisado a profundizar en la cuestión de la especificidad de la producción social con respecto a la naturaleza, también a analizar el papel de las peculiaridades de cada comunidad dentro de la línea general de desarrollo capitalista.

Terán, por ejemplo, considera que “la extensión de las consecuencias biologistas (...) son bloqueadas, precisamente, por la noción del hombre como animal productor”.¹⁹⁹ En efecto, Ingenieros llega a la conclusión de que la lucha por la vida se modifica en la especie humana porque esta tiene la posibilidad de producir sus propios medios de vida.²⁰⁰ Pero, desde sus primeros trabajos, Ingenieros presenta dificultades para aclarar el significado de las categorías que conforman su análisis económico, lo que ocurre, por ejemplo, con sus nociones de producción y adaptación. En este orden, define a la primera como “la aptitud de producir a voluntad los medios de subsistencia”,²⁰¹ pero el carácter volitivo y la “capacidad natural” o aptitud no conducen a una explicación histórico-concreta del proceso de producción social. Por otro lado, el biologismo hace que Ingenieros se refiera a la actividad productiva como una forma superior de adaptación, con lo que su esfuerzo por descubrir las peculiaridades de la actividad práctica e histórica termina en el mismo punto de partida: en la supremacía del más fuerte o del mejor adaptado, principio que se inclina a describir los elementos superficiales de la desigualdad entre las naciones, sin explicar sus causas concretas.

La debilidad del análisis económico de Ingenieros le inclina a completar las categorías provenientes de la economía política con términos acentuados por la sociología del momento. Sus acercamientos al problema del carácter decisivo del “medio social” que, según su opinión es un conjunto de instituciones económicas, políticas, jurídicas, educativas, religiosas, etc.,²⁰² le conducen a una postura en la que el “evolucionismo determinista” pretende surgir de la síntesis de las teorías disponibles. Los cambios de este determinismo son palpables, ya que Ingenieros modifica periódicamente la dimensión de la realidad que su esquema considera determinante. Si en un trabajo como “Las multitudes argentinas”, escrito en 1899, hacía hincapié en la preponderancia del factor económico, ya en la quinta edición de *Sociología argentina*, publicada en 1913, señalaba que las leyes biológicas determinaban las leyes sociológicas, mientras que las regularidades económicas eran expresiones especializadas dentro de las anteriores.²⁰³

La noción de raza con la que Ingenieros intenta concretar la síntesis de los diversos factores que otorgan cohesión a una comunidad y que, en un momento determinado de su desarrollo, se identifica con la nación, revela que la postura ecléctica afecta a su determinismo en etapas

decisivas. Ello se revela con claridad cuando Ingenieros enfrenta el problema del avance desigual del modo de producción capitalista, ya que al insertar el enfoque racial en el análisis económico y clasista, emerge una inmensa variedad de factores, cada uno de los cuales parece decisivo. En algunos casos los rasgos específicos de una etnia se sugieren determinantes, en otros la superioridad del medio los desplaza. Las contradicciones del economicismo y del darwinismo social impulsan a Ingenieros hacia espacios en los que se perfila una crisis de su concepción teórica sobre la sociedad y sobre el conocimiento, en la cual su determinismo no encuentra un elemento fundamental entre tantas variables, sino que declara una diversidad de factores y la necesidad de estudiarlos empíricamente. En “La evolución sociológica argentina”, texto publicado en 1904 y luego incorporado a las ediciones de *Sociología argentina*, señala Ingenieros:

Las discusiones corrientes sobre la preeminencia de uno u otro factor (...) son ilegítimas. Mientras un grupo de una raza vive en un medio, sus variaciones dependen de las variaciones de éste; cuando (...) emigran a medios diferentes, varían para adaptarse a ellos; cuando grupos de varias razas se encuentran en un mismo medio, luchan por la vida y sobreviven por selección natural los más adaptados a sus condiciones.²⁰⁴

La síntesis de esos factores no se logra con el bioeconomicismo de esta segunda etapa. Ello se plantea como aspiración de Ingenieros, quien en su estudio del trabajo de Bunge *Nuestra América* señala: “Una síntesis sociológica —después se discutirá si es exacta, probable, errónea o inverosímil, clara o abstrusa; completa o unilateral— de la evolución histórica hispano-americana es posible”.²⁰⁵ Pero el esquema que desarrolla en este momento es una unidad contradictoria, esta no llega a convertirse en una teoría superior a las corrientes que lo componen. Este esquema plantea dificultades y principios que sirven de incentivo y marcan la necesidad de Ingenieros de desarrollar el pensamiento filosófico. La presencia de la filosofía como expresión del esquema positivista se perfila en todas las etapas de su obra, pero con la crisis que afecta su intento de elaborar un esquema único a partir del economicismo y el biologismo, la búsqueda de una síntesis a través del esquema filosófico se vuelve una necesidad determinante.

La crisis del “bioeconomicismo” no provoca una transformación inmediata del esquema teórico desarrollado por Ingenieros, ya que en la segunda etapa de su obra existe una cohesión del mismo con la visión política reformista, esta última le sirve de apoyo y de

objeto de fundamentación. Ingenieros continúa declarando que el factor económico es determinante, si bien las cualidades abstractas otorgadas a la producción social le permiten aceptar la influencia de factores biológicos, espirituales, étnicos y psicológicos. En este orden, y a pesar de sus ataques formales contra el racismo, Ingenieros acepta que la capacidad productiva se asocia a caracteres étnicos y a cualidades biológicas. “La superioridad de la raza blanca —apunta— es un hecho aceptado hasta para los que niegan la existencia de una lucha de razas. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, tiende a extinguir las razas de color (...) que se encuentran frente a frente con la blanca”.²⁰⁶

Estas aperturas siguen desviando el carácter social contradictorio de la producción capitalista hacia cualidades “naturales” de los grupos, individuos y etnias. Este enfoque presenta una importancia singular en el pensamiento posterior de Ingenieros, ya que revela que el biologismo y el individualismo se cohesionan para intentar explicar las desigualdades del desarrollo capitalista, ahora desde categorías filosóficas. En este punto, en un texto inicial como *La simulación en la lucha por la vida* afirma Ingenieros que en “la naturaleza, la variabilidad individual, la herencia (...) y la selección en la lucha por la vida, se combinan para determinar la evolución de las especies vivas”.²⁰⁷ Desde esta obra, Ingenieros asume que la variación es el elemento activo de la historia, mientras que la herencia representa el elemento conservador.²⁰⁸ Por encima de cualquier determinación económica, política o clasista esta confrontación entre cualidades abstractas del ser humano se va imponiendo como problemática central de su obra.

Al extrapolar estos principios al terreno histórico, Ingenieros sugiere una importante división entre los individuos que marca el enfrentamiento entre fuerzas sociales. Para Ingenieros la misma estructura de la actividad social se rige por una lucha entre la herencia y la variación. En la segunda etapa de su obra, aún mantiene una noción de equilibrio que otorga importancia similar a la simulación y a la creación personal. Pero la división de los individuos en dos grandes grupos se sostiene: “Para el común de los hombres —señala— «saber vivir» equivale a «saber simular»; sólo algunos individuos superiores, dotados de especiales condiciones para la lucha por la vida pueden imponer su personalidad al ambiente, sin someterse a simular para adaptarse”.²⁰⁹

Si existiese alguna duda sobre el impacto de estas nociones en el pensamiento político de Ingenieros, basta con comprobar su despliegue en análisis de “Socialismo y legislación del trabajo”. En este texto, el enfoque científicista y el elitismo que comienza a deducirse de los análisis mencionados, le permiten defender el carácter impopular del llamado “socialismo positivo”, del que reconoce “es menos *sentido* por las masas. Pero el progreso de las ideas innovadoras —agrega— nunca fue obra de las mayorías populares (...) Es siempre un pequeño núcleo de hombres ilustrados o activos el que piensa, dirige y realiza las innovaciones”.²¹⁰

En otro texto del período las conexiones entre el bioeconomismo y el individualismo le permiten valorar a Nietzsche como un ejemplo desbordante y patológico de la evolución colectiva. En su opinión, la postura de Nietzsche es el punto máximo alcanzado por el sentimiento de supremacía que ostenta una comunidad, legitimado por las cualidades étnicas, culturales y económicas de la sociedad en su conjunto. “Es —dice Ingenieros— la exaltación mórbida de la raza y del individuo (...) una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominantes”.²¹¹ Aquí el concepto de personalidad o carácter fuerte también se utiliza para valorar a los pueblos, en especial a los que practican una política imperialista. Por ello, concluye Ingenieros que “la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia una política expansiva (...) y su actividad hacia el sentimiento colectivo de predominio”.²¹²

Las contradicciones metodológicas e ideológicas del positivismo se revelan con fuerza en esta segunda etapa, ya sea en sus elementos socialdarwinistas, biólogos o en sus conexiones con el economicismo. Son estas contradicciones las que, en el plano teórico, impulsan a Ingenieros a buscar una síntesis desde concepciones y categorías con un mayor nivel de abstracción. Un autor como Terán otorga gran importancia en este proceso a los que él denomina “conceptos puente”,²¹³ los cuales, junto a las grandes temáticas que marcan la obra de Ingenieros, en opinión de Terán resultan fundamentales para entender el desarrollo posterior de su pensamiento.

Desde una visión crítica de esta segunda etapa, los llamados “conceptos puente” brotan las dificultades para explicar las contradicciones de la sociedad burguesa, en especial aquellas que caracterizan a la etapa imperialista. Ante este problema, Ingenieros elabora

concepciones que se van concentrando en la problemática de la relación entre el individuo y la sociedad, así como en el vínculo entre el pensamiento y la actividad práctica. El carácter abstracto con el cual el esquema de Ingenieros enfrenta las contradicciones del capitalismo dependiente y del imperialismo, le permite esquivar las debilidades del positivismo ortodoxo, así como sortear el creciente desengaño que su conexión con el proyecto reformista le provoca.

Al producirse un cambio significativo en sus relaciones con el proyecto político que sostenía y minimizaba las debilidades de su esquema, se crean las condiciones para que Ingenieros intente nuevas soluciones. Ante esta crisis renovada de su concepción teórica sobre la sociedad y de sus filiaciones ideológicas, se profundizan las mutaciones que en su esquema presentaban las categorías de sujeto histórico, actividad práctica, modo de producción social o revolución. Por ello los “conceptos puente” son elementos que responden al carácter contradictorio y a la falta de soluciones dialécticas que presenta su esquema ante las antinomias del proyecto liberal y ante las dificultades de los movimientos revolucionarios. Estos conceptos o términos “puente” se mantienen, sobre todo, porque sigue ausente la consolidación de un esquema capaz de solucionar las indecisiones ideológicas de Ingenieros. Dividido entre su apego a las vertientes del proyecto burgués y su contacto con los intereses del proletariado, Ingenieros acude a la filosofía que, a su entender, podría conducirle a la esperada síntesis de posturas contrapuestas y a la explicación de las antinomias que presenta el capitalismo.

2.3. La concepción de Ingenieros sobre la práctica y la revolución como producción de ideales

El interés de crear un sistema filosófico para explicar la sociedad, atraviesa un momento de transformación que se perfila en los textos producidos por Ingenieros desde 1911. La consolidación de este proceso se hace evidente con la redacción definitiva de *El hombre mediocre*. El hecho de que, entre 1911 y 1913, se produce una diferenciación del discurso filosófico de Ingenieros con respecto a las temáticas sociológicas, psicológicas o médicas ha generado valoraciones contradictorias entre los autores interesados en su obra.

Entre los investigadores predomina el criterio de que su esquema filosófico fue el resultado de una síntesis de su trayectoria como científico. Existen matices importantes al tratar este

asunto, sobre todo porque la unidad que se estableció entre la penetración de las ciencias y la hegemonía del positivismo, aparece como supuesto argumento probatorio del papel desempeñado por el positivismo en el despegue de las ciencias. El estudio de la obra de José Ingenieros no agota esta problemática, pero contribuye a su enriquecimiento.

Barandela Alonso, por ejemplo, asumió esta cuestión diferenciando el pensamiento sociológico y político de Ingenieros con respecto a su esquema filosófico. Aunque en la organización de sus resultados investigativos se circunscribe a la delimitación mencionada, esta autora también consideró que la filosofía fue, en este caso, el resultado de la integración y sistematización del cuadro científico-natural de su época, siendo sus fuentes más cercanas F. Ameghino, W. Haeckel y F. Le Dantec.²¹⁴ Este punto de vista ya había sido enunciado por Ponce, quien resaltaba que el proyecto de crear una filosofía científica era el fruto de una preocupación constante de Ingenieros por lograr un enfoque sobre la totalidad, como resultado de una síntesis de sus investigaciones en diversas áreas.²¹⁵

Tras el análisis de la producción teórica de Ingenieros, resulta acertada la postura que defiende Rossi, quien aclara que la filosofía de autores como Carlos Octavio Bunge o Ingenieros no se origina en la propia práctica científica, sino en una especulación filosófica previa. Rossi concluye que se trata de una “concepción filosófica derivada del spencerismo (...) con una manifiesta voluntad de crear un sistema totalizador”.²¹⁶ Esta postura, más allá de necesarias correcciones con respecto a si se trata de una filosofía con raíces únicamente “spencerianas”, o de la confusa colocación de la filosofía como momento previo, reconoce que el esquema filosófico positivista se caracteriza por el interés de presentarse como una síntesis del conocimiento científico, pero que esta pretensión no implica que su desarrollo objetivo se identifique realmente con las necesidades y criterios de las ciencias.

Más que establecer una relación causa-efecto entre ciencia y filosofía, la obra de Ingenieros demuestra que el desarrollo del esquema filosófico positivista implicó la inserción de un enfoque especulativo en el tratamiento de los problemas científicos y sociales. En el caso de Ingenieros el biologismo, el darwinismo social, así como el evolucionismo “spenceriano” no resultaron desviaciones inherentes a las ciencias, sino perspectivas impulsadas por su vulgarización especulativa, característica del pensamiento posclásico asociado al liberalismo en el terreno político, cuyo representante principal en el período fue la filosofía positivista.

Las causas, las fuentes teóricas y la profundidad de los cambios que se expresan en las páginas de *El hombre mediocre* generaron debates entre los contemporáneos de Ingenieros, dejando abiertas cuestiones que se mantienen en el contrapunteo teórico actual. Como apunta Bagú, entre los primeros sorprendidos estuvo Mayer, quien señaló que Europa ya “conocía los trabajos científicos sin sospechar al filósofo y al moralista, cuya potencia de expresión lírica recordaba (...) los capítulos de Emerson”.²¹⁷

Por su parte, Terán sintetiza las líneas fundamentales de desarrollo teórico que considera como “invariantes” o tendencias de la obra de Ingenieros. La primera de ellas es el “crecimiento de la noción de *ideal*”,²¹⁸ mientras que “el papel rector adjudicado a las minorías”²¹⁹ sería otra inclinación que recibe impulso en esta etapa. Por su parte, Korn señala que, incluso después de *El hombre mediocre*, Ingenieros nunca abandonó el materialismo científicista,²²⁰ postura que viene condicionada por las propias concepciones de Korn sobre el significado del idealismo filosófico, al cual, según este autor, Ingenieros nunca se sumó. En análisis más recientes, Guadarrama sitúa a Ingenieros como defensor de un utopismo concreto, humanista y desalienador, alejado tanto del idealismo como de “ciertos reduccionismos y simplificaciones materialistas”.²²¹ Barandela Alonso ha señalado, desde otra visión, que en su doctrina ética Ingenieros se inclina a concepciones idealistas propias del materialismo premarxista.²²²

Las dificultades para valorar este esquema filosófico, debido al marcado interés de Ingenieros en establecer un equilibrio entre principios opuestos, tiende a confundir y a dividir a los investigadores. Ciertamente, en su esquema existen presupuestos acordes con el enfoque materialista y se desarrollan principios pertenecientes a la solución idealista. Lo que no suelen abordarse son las implicaciones políticas de estas perspectivas.

Más allá del interés académico que en sí mismo presenta el análisis del esquema en su desarrollo lógico, la adecuada valoración de la filosofía de Ingenieros adopta importancia si se toman en cuenta sus conexiones con temas sociales concretos. Rossi, por ejemplo, valorando textos de 1915, daba cuenta que en trabajos sueltos de Ingenieros aún persistían las tensiones entre su enfoque de la nacionalidad como el resultado de un determinismo ambiental y su tratamiento de la misma como un producto espiritual. “Este acomodamiento

—agrega Rossi— no tiene lugar de modo completamente coherente y ambos motivos conviven, alternándose el énfasis en uno u otro”.²²³

Los textos en los que Ingenieros desarrolla con mayor amplitud sus posiciones filosóficas, revelan el empobrecimiento de la concepción materialista. El desarrollo de la categoría “experiencia”, tan importante para la filosofía de Ingenieros, muestra la presencia de un reducto del mundo objetivo de carácter material en dicha categoría. Pero, para explicar el movimiento de la experiencia, Ingenieros utiliza un enfoque abstracto que apenas sobrepasa presupuestos de la dialéctica ingenua. A tono con ello, abundan en su obra las afirmaciones relacionadas con el hecho de que la vida social “incesantemente deviene” o de que la variación del universo hace que la experiencia humana, en tanto conocimiento, se perfeccione constantemente.²²⁴

A pesar de la variedad de perspectivas con las que se enfrenta la caracterización de este pensamiento, las propias valoraciones de Ingenieros, quien consideró a su esquema un “idealismo fundado en la experiencia”,²²⁵ sugieren profundas tensiones. En primer lugar, las dificultades para elaborar una concepción de la producción social, se agravan al madurar el enfoque filosófico. Ello significa que Ingenieros, situando en segundo plano las categorías económicas y sociológicas, pasa a tratar el problema de la actividad humana desde la relación sujeto-objeto y desde las contradicciones que se producen entre la conciencia y la actividad práctica.

Ampliamente referenciado, el punto de partida y la conclusión que centra el interés de Ingenieros en los *Principios de psicología biológica*, texto en el que se consolida su esquema filosófico, es el desarrollo de un monismo materialista, en el cual se pretende incluir una concepción dialéctica que debía guiar el estudio de la “función de pensar”. A tono con este objetivo, Ingenieros intenta defender tres hipótesis fundamentales: “la *formación natural de la materia viva*, la *formación natural de la personalidad consciente* y la *formación natural de la función de pensar*”.²²⁶ Sin embargo, estos principios filosóficos permiten que Ingenieros incluya otras posiciones que no solo colocan en tensión sus presupuestos generales, sino que revelan el carácter especulativo que adopta su concepción sobre la experiencia.

Aunque desde otra temática, un antecedente de esta postura se había producido en el marco de las intervenciones realizadas por Ingenieros en el 5to. Congreso Internacional de Psicología, en 1905, en el que trataba de superar la perspectiva de Lombroso con un enfoque que acentuaba en el carácter determinante de los fenómenos psicológicos, a su entender más complejos que la base directamente morfológica que ese le atribuía al carácter y al comportamiento.²²⁷

Intentando desarrollar este presupuesto, Ingenieros enfoca la problemática de la relación sujeto-objeto desde la interacción entre la “personalidad consciente” y el medio que rodea al hombre. Su enfoque psicológico de este problema, momento particular en el desarrollo de su esquema biologista y socialdarwinista, le inclina a analizar el concepto de experiencia desde la producción espiritual. Dicha experiencia, si bien surge a partir de las interacciones fisiológicas entre la conciencia y el medio, al constituirse como “personalidad consciente” se convierte, desde el punto de vista de Ingenieros, en la realidad que identifica al hombre como sujeto. “Las excitaciones no son conscientes —aclara Ingenieros— cuando no son relacionadas con la experiencia precedente (...) son conscientes, es decir, son sensaciones, cuando son relacionadas a esa personalidad, cuya experiencia es conservada y sistematizada por la memoria”.²²⁸ Este sistema de impresiones guardadas en el sujeto a nivel individual constituye la personalidad, a nivel social representa la conciencia colectiva y a nivel filosófico se identifican con el sujeto general del conocimiento.

Hasta este punto y en una parte importante de su análisis, Ingenieros no muestra las dificultades que afectan su postura, las contradicciones aparecen cuando trata de definir el papel del componente intersubjetivo, el lugar de la experiencia ya formada en el desarrollo de nuevas sensaciones, en los cambios de todo el sistema de relaciones entre el sujeto y la realidad. Al tratar esta cuestión, Ingenieros revela su inclinación a otorgar un papel fundamental a la “síntesis”, a la transformación que realiza el sujeto, desde su pensamiento, sobre las tendencias de sus interacciones con el medio. El problema de la experiencia individual da paso al problema de la experiencia histórica, con la peculiaridad de que, en ambas cuestiones, Ingenieros presenta similares dificultades para desarrollar una concepción concreta sobre el papel de la producción material en este proceso.

De su determinación en la primera etapa como relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción, pasando por su definición como interacciones creadas en el curso de la lucha por la vida, también por su enfoque como relaciones sociológicas y psicológicas que conforman los “agregados sociales”, el estudio realizado por Ingenieros de la actividad material de la sociedad había mostrado su inclinación a pasar, de las categorías económicas y políticas, al enfoque centrado en la producción de ideas. En un texto representativo Ingenieros señala que “la experiencia social es incesante renovación de conceptos, normas y valores”.²²⁹

Ingenieros acepta que las cualidades del mundo material condicionan la actividad social, pero su postura interrumpe el desarrollo de un enfoque concreto sobre el papel de las formas de la producción material en el desarrollo de las relaciones sociales. La problemática sobre el carácter material de la producción social experimenta una mutación teórica. Bajo el término “experiencia”, en el que se mezclan las cualidades del universo material y social, Ingenieros reproduce el principio liberal del progreso ascendente. Para asegurar este principio, desarrolla una teoría en la que la producción material desaparece dentro del proceso abstracto de objetivación y desobjetivación del pensamiento. Por ello en su obra el contenido material del concepto de experiencia se reduce a analogías con las leyes del universo, leyes abstractas que no aclaran las características de la actividad humana. Esta última solo alcanza significado específico como producción de ideas.

En algunos espacios, esta producción espiritual se plasma en las consideraciones de Ingenieros sobre la naturaleza, dando lugar a un proceso inverso en el que el universo se torna antropocéntrico, en el sentido de que adopta características similares a las del trabajo intelectual. “La vida —aclara en este sentido Ingenieros— tiende naturalmente a perfeccionarse. Aristóteles enseñaba que la actividad es un movimiento del ser hacia la propia «entelequia»: su estado de perfección. Todo lo que existe persigue su entelequia, y esa tendencia se refleja en todas las otras funciones del espíritu”.²³⁰

En este caso, Ingenieros reproduce una visión unilateral de la actividad humana como relación sujeto-objeto, en la cual el polo determinante recae sobre el elemento subjetivo o proceso de desobjetivación no solo del mundo físico, sino de las propias normas de la experiencia colectiva. Ponce, desde una valoración positiva de este proceso, señalaba que

Ingenieros, desde sus primeros trabajos, se concentraba en desarrollar la noción positivista de Ley teórica y el papel de las hipótesis en su surgimiento. Este autor apunta que el interés de Ingenieros por sobreponerse a la perspectiva descriptiva coincide con una concepción en la que la ciencia es “coordinación: no junta sino relaciona (...) Todo progreso efectivo ha surgido, siempre, de una aproximación inesperada”.²³¹

La existencia de este proceso en la obra de Ingenieros, aunque no en igual medida los resultados positivos que le atribuye Ponce, se comprueba al analizar lo que Terán ha considerado como “crecimiento de la noción del ideal”. En este punto, en el interior de la personalidad y de la cultura, Ingenieros presume la existencia de dos principios abstractos, de los cuales uno se identifica con la formación de reflejos pasivos, mientras que el otro se ocupa de transformar las normas que rigen la realidad. “Es fácil advertir—apunta Ingenieros— que el problema puede traducirse en términos lamarckianos, reduciendo el progreso de una sociedad a «una lucha de la variación contra la herencia». En términos de psicología, el contraste sería entre la memoria y la imaginación, entre la rutina y la originalidad”.²³²

La *creación subjetiva*, su papel preponderante en la transformación de las observaciones empíricas, también su capacidad para acercarse al supuesto proceso de perfección que caracterizan al universo y a la actividad humana, ocupan el centro del enfoque de Ingenieros sobre los ideales como núcleos de la práctica. “En el curso de la evolución biológica — señala Ingenieros—, las funciones psíquicas no se limitan a conservar mediante la «memoria» las impresiones de la realidad (...) los hombres pueden combinarlas de infinitas maneras mediante la «imaginación constructiva» o creadora. Esta función es también un resultado de la experiencia y no anterior o ajena a ella”.²³³

Esta problemática, referida a la relación entre los hechos y la imaginación creadora, revela la presencia de contradicciones cada vez más profundas en el esquema filosófico de Ingenieros. En los *Principios de psicología biológica*, este recalca que el vínculo entre la experiencia y el ideal era una relación entre momentos de la teoría que se identificaban con el movimiento de la realidad, lo que inclinaba a recalcar los impactos que tenían los ideales en la actividad práctica. “De esta *Formación natural de la Imaginación* —aclaraba— depende la posibilidad de exceder los datos de la Experiencia y anticiparse al conocimiento

fundado directamente en ellos”.²³⁴ En este texto se acentúan las tensiones entre el principio creador de la imaginación y el control de la experiencia sobre ella, Ingenieros señala que las transformaciones teóricas, sobre todo las de carácter científico, son “criterios objetivos de verdad acerca de las relaciones entre los hechos”.²³⁵

Pero en *El hombre mediocre*, aparecen otras implicaciones de esta la postura. Para Ingenieros la “imaginación creadora” no solo es capaz de descubrir las relaciones objetivas presentes, sino que puede anticiparse y crear relaciones que aún no se han establecido. “La imaginación —señala— es madre de toda originalidad; deformando lo real hacia su perfección (...) tiene, prácticamente, el valor de una realidad”.²³⁶ En este sentido, las transformaciones sociales dependen del trabajo de la imaginación y de la producción de hipótesis. El ideal o hipótesis tiene su criterio de veracidad *a posteriori* cuando se convierte en hecho. Pero en *El hombre mediocre* Ingenieros insiste en las capacidades transformadoras intrínsecas de los ideales, los que al chocar con la realidad presente se convierten en una “sana levadura del porvenir”. Ingenieros intenta demostrar que existe una veracidad de carácter *a priori* que legitima los ideales, en tanto estos resultan elementos transformadores que contrastan con el estancamiento de los hechos. Experiencia e imaginación —dice Ingenieros— siguen vías paralelas, aunque va muy retardada aquélla respecto de ésta. La hipótesis vuela, el hecho camina”.²³⁷

En este punto, Ingenieros se aleja de los postulados materialistas de los *Principios de psicología biológica*, dando paso en a su concepción de los ideales como núcleos de la práctica. En esta teoría, la capacidad transformadora del pensamiento no se subordina a una actividad material histórica, encargada de hacerlos surgir y de realizar su objetivación, sino que partiendo del principio abstracto de perfeccionamiento universal, Ingenieros coloca a la propia actividad subjetiva como factor determinante en el proceso de materialización de los ideales. “La imaginación —dice Ingenieros— los construye observando la naturaleza, como un resultado de la experiencia; pero una vez formados ya no están en ella, son anticipaciones de ella, viven sobre ella para señalar su futuro. (...) El ideal es un «límite»: toda realidad es una «dimensión variable» que puede acercársele indefinidamente, sin alcanzarlo nunca”.²³⁸

A pesar de los criterios positivos que existen sobre este esquema, los planteamientos de Ingenieros lo colocaban en el terreno del materialismo contemplativo, al cual intenta superar

con las herramientas del idealismo. Contribuye a las extrapolaciones sobre el papel de los ideales el hecho de que, en su crítica contra la lógica formal, Ingenieros utilice criterios sobre la práctica como comportamiento y como necesidad de acción vital,²³⁹ lo que se relaciona con la importancia de los razonamientos “afectivos”, “volitivos”, “imaginativos” y de las creencias en la actividad.²⁴⁰ Ingenieros considera a los ideales como creencias útiles, la veracidad de dichos ideales no depende de su identidad con la realidad objetiva, sino de su eficacia para cumplir con las necesidades pragmáticas y de acción que dirigen la voluntad hacia un fin determinado.²⁴¹

La diferencia entre la postura de Ingenieros y una concepción materialista avanzada sobre la unidad teoría-práctica, radica en que los componentes materiales de la actividad social se reducen a la dimensión biológica de la lucha por la supervivencia y a los elementos emocionales o utilitarios de la misma, lo que permite que los ideales aparezcan como factores determinantes, ya que para Ingenieros ellos expresan directamente los imperativos de la acción humana, sus cualidades creativas, su tendencia a plasmar su voluntad en la naturaleza y el medio social. Los ideales obtienen su veracidad de su capacidad para concentrar la voluntad y las energías hacia el fin previsto por el pensamiento.

En la concepción de Ingenieros sobre los ideales y la actividad práctica, la continuidad de posturas biologista y la asimilación de ideas del pragmatismo y del empiriocriticismo cumplen un importante papel. La lista de autores asimilados por Ingenieros es extensa, aunque destacan Spencer, William James, John Dewey, Schiller, Ostwald, Mach, Poincaré, Ribot, Le Dantec, Lamarck, Stuart Mill y Ardigó.²⁴² La adaptación de las concepciones de los *Principios de psicología* a las posturas que se desarrollan en *El hombre mediocre*, muestran que en esta variedad de teorías se encuentran conexiones necesarias para desarrollar un esquema idealista con bases en elementos del biologismo, en el darwinismo social y en el evolucionismo. Acertada resulta la valoración de Rossi, quien señala que la crítica posterior de los antipositivistas contra Ingenieros no se basa solo en diferencias teóricas, ya que ello hubiese implicado reconocer que una parte de los temas desarrollados por el antipositivismo ya aparecían en *El hombre mediocre*.²⁴³

Las conexiones y diferencias que se establecen entre la segunda etapa y la exaltación de la producción espiritual que, de manera controlada en los *Principios de psicología* y luego más

abierta en *El hombre mediocre* realiza Ingenieros, revelan que el papel de los ideales y de la producción espiritual se vincula a su concepción sobre el sujeto histórico y sobre las vías para solucionar los antagonismos de la sociedad capitalista. La apertura de Ingenieros a las tesis del pragmatismo, del empiriocriticismo y del positivismo espiritualista encuentra sus fundamentos más allá del movimiento lógico interno de su esquema.

Siguiendo una postura muy extendida, Muñoz y Ramaglia han señalado que las revoluciones mexicana y rusa, así como la Reforma Universitaria de Córdoba condujeron a “relativizar los aspectos más deterministas”²⁴⁴ del esquema de Ingenieros. Sin embargo, los impactos de estos movimientos sociales resultan posteriores a la consolidación de la crisis del determinismo que se muestra en los textos producidos entre 1911 y 1913.²⁴⁵ Ello exige que, sin negar el papel de estos procesos en las mutaciones que experimenta la obra de Ingenieros, deba tenerse en cuenta que la rebelión filosófica de *El hombre mediocre* tiene raíces muy alejadas del impacto que provocan dichas revoluciones sociales y las teorías asociadas a ellas.

El desarrollo sistemático de posturas individualistas y elitistas que colocan en segundo plano el papel de las asociaciones y tendencias colectivas, independientemente de la diversidad de fuentes teóricas implicadas, se vincula a las variaciones del liberalismo en el país, cuya unificación arrojó una larga tradición crítica del pensamiento burgués nacional contra la repetición de una influencia de las masas en la política, proceso que desde el enfoque de los liberales argentinos había caracterizado al gobierno de Rosas. La desconfianza en el papel de las masas como sujetos históricos, aunque no así de su impacto inconsciente en los movimientos sociales, presenta una amplia influencia entre los positivistas. Biaguini, por ejemplo, señala la fuerte presencia en el país de visiones sobre la muchedumbre como rebaño rutinario, carente de conciencia y de ideologías orgánicas.²⁴⁶ Ello forma parte de la propagación que alcanzan las ideas del grupo oligárquico entre los intelectuales y sectores inferiores de la burguesía nacional. El enfoque elitista e individualista del proyecto liberal, inherente a los sectores minoritarios que gobiernan, se encuentra ligado al desarrollo del positivismo en la generación del 80, con la cual Ingenieros establece posturas críticas y acercamientos.

Como se ha señalado en otros momentos, el liberalismo argentino presenta una vertiente más abierta a la participación de las mayorías, con posturas que reconocen un papel secundario del proletariado como instrumento de minorías dirigentes. La posición ideológica y política de Ingenieros con respecto a las variantes del liberalismo en el país, determina los cambios de su pensamiento en cuanto a la exaltación del papel del individuo o de las fuerzas colectivas en la historia. La base para que se produzcan estas variaciones se encuentra en las contradicciones del movimiento obrero y del proyecto liberal en Argentina, el primero con sus dificultades organizativas para imponerse como sujeto histórico y el segundo con su paso hacia modalidades más amplias de imposición social de los intereses de la burguesía, procesos que se corresponden con la aparición de sucesivas crisis ideológicas en la obra de Ingenieros. Su respuesta a estas crisis es la elaboración de un esquema que pretende integrar y superar la diversidad de tendencias ideológicas y políticas en pugna. El resultado es una teoría inclinada a fundamentar las concepciones liberales, con lo cual los elementos revolucionarios de las corrientes socialista, marxista y antimperialistas sufren sistemáticas adaptaciones y deformaciones.

En cuanto al momento de consolidación del esquema filosófico de Ingenieros que representa *El hombre mediocre*, este se apoya en la aparición de un conflicto entre el pensador argentino y la modalidad reformista del proyecto político burgués. Dicho conflicto no provoca una ruptura de Ingenieros con el liberalismo, sino la continuidad de su fundamentación teórica desde una vertiente más cercana a la posición tradicional del grupo oligárquico. El idealismo de Ingenieros se revela como un resultado de la presión de las corrientes espiritualistas en el pensamiento liberal de la época, pero aparece, sobre todo, como un acercamiento entre Ingenieros y las posturas más agresivas y antipopulares de la ideología burguesa, como es el caso la filosofía de Nietzsche. No es casual que las posibilidades de resolver la crisis de la sociedad burguesa se concentren en la actividad rectora de una minoría productora de ideales. Esta minoría representa, en el terreno intelectual, a los intereses y las cualidades de la élite dominante.

Las propias clasificaciones de hombre mediocre, inferior o superior muestran las conexiones entre las posturas filosóficas de Ingenieros y los principios liberales posclásicos, sobre todo los correspondientes a la fase imperialista. Desde el punto de vista de Ingenieros, las

diferencias sociales tienen un basamento biológico y psicológico, las cuales se profundizan al desarrollarse el pensamiento como factor de perfeccionamiento de la especie humana.²⁴⁷ En este momento, Ingenieros mezcla la evolución biológica con la producción espiritual para justificar la supuesta desigualdad natural que, a su entender, determina la existencia de la sociedad antagónica y los roles de los distintos grupos humanos en ella. “Todos —dice— no pueden inventar o imitar (...) pues esas aptitudes se ejercitan sobre la base de cierta capacidad congénita, inicialmente desigual”.²⁴⁸

El *hombre mediocre* marca un momento de inflexión, ya que este texto intenta resolver las problemáticas relacionadas con las contradicciones entre la teoría y la práctica, entre el individuo y la sociedad otorgando un carácter determinante al individuo y a su actividad intelectual. Según Ingenieros, el “alma social es una empresa anónima que explota las creaciones de las mejores «almas individuales», resumiendo las experiencias adquiridas y enseñadas por los innovadores”.²⁴⁹ El darwinismo social, el evolucionismo y el biologismo confluyen para fundamentar un rechazo a cualquier estrategia basada en principios de igualdad política. A tono con ello declara Ingenieros: “Al que dice «Igualdad o muerte», replica la naturaleza «la igualdad es la muerte». Aquel dilema es absurdo. (...) Nuestra especie ha salido de las precedentes como resultado de la selección natural; sólo hay evolución donde pueden seleccionarse las variaciones de los individuos. Igualar todos los hombres sería negar el progreso de la especie humana”.²⁵⁰

Partiendo del análisis de estas posturas, Guadarrama sostiene que existe en el esquema de *El hombre mediocre* una correlación dialéctica entre las personalidades y los pueblos.²⁵¹ Esta valoración pasa por alto el estricto cumplimiento de los roles sociales de “hombre característico” y de “hombre mediocre” que exigen los textos de Ingenieros, quien deja a las masas y las organizaciones colectivas un papel colateral o subordinado. El tratamiento de Ingenieros a la problemática individuo-sociedad resulta un ejemplo de deformación extrema de la dialéctica.

En primer lugar, Ingenieros establece el carácter determinante del individuo, en tanto que para él este constituye el sujeto real del desarrollo, por lo que la sociedad resulta una objetivación de las mejores variaciones individuales. En este sentido, los ideales y las transformaciones que realizan los “hombres de carácter” pueden convertirse en normas

conservadoras, “rutinas defendidas hoy por los mediocres —apunta Ingenieros—, son simples glosas colectivas de ideales concebidos ayer por hombres originales”.²⁵² Pero en este esquema la contradicción entre el individuo extraordinario y las mayorías es formal, es una diferenciación basada en el principio de que un sujeto activo necesita un objeto pasivo para realizar su acción. Las grandes mayorías incluidas en la clasificación del “hombre medio”, no alcanzan siquiera el *status* de “momento desvanecedor”, ya que su papel imitativo se reduce a ampliar o conservar los resultados de la actividad del supuesto actor histórico.

La relación lineal, desde la que Ingenieros reduce la dialéctica de la producción social a una relación del individuo extraordinario con su propio “yo” o personalidad objetivada, afecta sus análisis políticos y sociales. En especial, le inclina a considerar la sociedad, la revolución, el progreso o la justicia social como resultados de la actividad del pensamiento, por demás de un pensamiento cuyo momento determinante se encuentra en la interpretación individual, en la originalidad o en las mutaciones que aportan los individuos sobresalientes. Las cualidades de una sociedad, de una patria, de un pueblo civilizado, se construyen en el esquema de Ingenieros a partir de la extrapolación de uno de sus elementos formativos. “No concebimos el perfeccionamiento social —apunta— como un producto de la uniformidad de todos los individuos, sino como la combinación armónica de originalidades incesantemente multiplicadas”.²⁵³

El enfoque de Ingenieros sobre la relación entre el individuo y la sociedad que Guadarrama pretende presentar como enfoque dialéctico conduce, por otro lado, a absolutizar el carácter negativo de un polo de la contradicción formal. El antagonismo provechoso entre el individuo y la sociedad, entre las normas creadas por las personalidades del pasado y las variaciones de las nuevas individualidades, se vuelve irreal y negativo cuando intenta representar a un “otro” ilegítimo. En opinión de Ingenieros, ese “otro” irreal es la voluntad y la autodeterminación de las mayorías. Cuando las mayorías no se dejan conducir por los individuos superiores, e intentan cumplir el papel de sujetos, estas imponen a nivel social la imitación y la conservación de las normas ya establecidas por el sujeto anterior. Para Ingenieros existen aptitudes en el sujeto individual que no pueden ser reproducidas por las mayorías.²⁵⁴

En este punto, su esquema filosófico se enfrenta a la democracia no solo en sus diversas formas históricas, como democracia antigua o burguesa, sino que intenta refutar el carácter progresista y la posibilidad de un gobierno popular. Ingenieros concluye que las democracias no han existido ni pueden existir, porque ellas se apoyan en la falsa premisa de “la existencia de un «pueblo» capaz de asumir la soberanía del Estado. (...) las masas de pobres e ignorantes no han tenido, hasta hoy, aptitud para gobernarse: cambiaron de pastores. Los más grades teóricos del ideal democrático han sido de hecho individualistas y partidarios de la selección natural”.²⁵⁵ En este caso, no se trata de que solo la pobreza y la ignorancia conviertan a las mayorías en objetos pasivos, como sugiere Terán en sus análisis,²⁵⁶ sino que la naturaleza biológica y psicológica de las mayorías compuestas por el hombre mediocre, las colocan en este papel. En este punto, el individualismo de Ingenieros le aleja de una concepción dialéctica sobre la relación de la vanguardia histórica con el sujeto colectivo.

El panorama social que condiciona las críticas de *El hombre mediocre* ha inclinado a Terán a referirse a esta postura en términos de una “inorganicidad” que afecta al proyecto teórico de Ingenieros, cuyas dificultades para insertar su propuesta en las tendencias políticas del país le colocan en la posición del intelectual “segregado de la totalidad por un momento político preciso”.²⁵⁷ Esta valoración resulta acertada solo en la medida que refleja el interés de Ingenieros por adoptar una posición equidistante de todas las fuerzas políticas y de todas las corrientes teóricas, pero *El hombre mediocre* demuestra que la crítica inmediata contra las formalidades de la apertura electoral, protagonizada por el gobierno de Sáez Peña, lleva implícita una posición inclinada a radicalizar los elementos antidemocráticos del liberalismo en la etapa imperialista.

La concepción sobre la necesidad de sustituir las “mediocracias” por la “aristocracia del mérito”, revela los fundamentos en los que se apoya Ingenieros para proponer esta forma ideal de gobierno. En su opinión, sería perfecto un régimen “donde el mérito individual fuese estimado por sobre todas las cosas (...) El voto anónimo tendría tan exiguo valor como el blasón fortuito (...) su formula absoluta: la justicia en la desigualdad”.²⁵⁸

Importante resulta el hecho de que *El hombre mediocre* abre una ruptura en el tradicional enfoque de Ingenieros sobre la unidad entre el conocimiento científico y el progreso. La

supervivencia de los “hombres de mérito” en el interior de los regímenes más diversos, el desencuentro de Ingenieros con un gobierno que atrae a quienes fueron sus allegados en el trabajo intelectual,²⁵⁹ refuerza su inclinación a realizar acotaciones importantes a su cientificismo. La valoración moral y el análisis ético de las relaciones entre los individuos, mejor aún, de la correspondencia que debía establecerse entre las aptitudes de estos últimos y sus posiciones en el organismo social, pasa a ser la problemática fundamental de su esquema filosófico y de su propuesta política a partir de 1913. Ya en sus sugerencias iniciales, anunciaba Ingenieros que en “la aristocracia del mérito corresponde tanta parte a la virtud y el carácter como a la misma inteligencia; de otro modo sería incompleta y su esfuerzo ineficaz”.²⁶⁰

El énfasis de Ingenieros en el aspecto moral y en el análisis ético para juzgar el papel de los individuos, los grupos e, incluso, para valorar el desarrollo de las sociedades ha generado apreciaciones encontradas. Terán sugiere que se trata de un “eticismo” que reduce la radicalización de las concepciones elitistas e individualistas presentes en *El hombre mediocre*, abriendo nuevas posibilidades para que Ingenieros legitime posturas políticas democráticas.²⁶¹

Por su parte, en una visión crítica, Farré destaca las inconsecuencias de las concepciones de Ingenieros sobre la moralidad. En opinión de este autor, como la propia personalidad que la define, la moral es concebida por Ingenieros como un producto social, para luego depender en su movimiento progresivo y real de la capacidad del individuo, apoyado en su propia variación personal, para crear y luego romper con las normas sociales establecidas.²⁶² Las tensiones entre la definición de un sujeto histórico desde el individualismo y desde categorías como justicia y solidaridad, las cuales se remiten a condiciones colectivas para la formación y continuación de las normas morales, abren espacios de polémica en cuanto al estudio del pensamiento de Ingenieros. Muy extendido resulta el análisis que unifica sus posturas sobre los temas de la nacionalidad, la unidad regional, el antimperialismo, la Revolución Rusa y el socialismo con los presupuestos de su prédica moral.

Debe tenerse en cuenta que junto a las contradicciones que presenta Ingenieros en su concepción sobre la ética y la moralidad, la unidad entre su esquema filosófico y su pensamiento político no sigue una trayectoria lineal, caracterizada por el desarrollo de un

sistema coherente, sino que se ve matizada por frecuentes contradicciones y distanciamientos. En diversos momentos los cambios ideológicos y políticos provocan transformaciones en el esquema filosófico, como ocurre con el paso de *Principios de psicología biológica* hacia el esquema de *El hombre mediocre*, en el que la ruptura con el proyecto reformista fue decisiva. Precisamente, el carácter colectivo del pensamiento y de la moralidad ya había sido enunciado en los *Principios...*,²⁶³ texto en el que las posturas de Ingenieros sobre la relación entre el individuo y la sociedad se encontraban en tensión, por lo que la acentuación del individualismo resulta del distanciamiento ideológico con respecto al proyecto político defendido hasta ese momento. Ello no implica que el individualismo resulte una posición coyuntural, ya que esta constituye una de las características constantes del pensamiento de Ingenieros, muestra de su apego por los principios liberales, pero su radicalización entre 1911 y 1913 es fruto del mencionado desencuentro con el reformismo.

Por otro lado, el análisis de las formas de expresión filosófica de su pensamiento político, no debe pasar por alto que Ingenieros intenta responder tanto a las exigencias de los movimientos populares como a los principios del proyecto liberal, objetivos contradictorios que marcan los distintos momentos de su obra. Los esquemas filosóficos asimilados presentan un contenido ideológico específico, que dificulta la fundamentación del ideario socialista, antimperialista y latinoamericanista. El esquema de *El hombre mediocre* no favorece el desarrollo de las posturas políticas progresistas, en la medida que su individualismo, elitismo e idealismo fundamenta una imagen totalmente negativa de los sujetos populares.

Resulta polémico defender la tesis de que el esquema de *El hombre mediocre* sirve de instrumento para la reactivación del socialismo. El análisis sistemático de su pensamiento muestra que en este período se transforma la relación entre su filosofía y su ideario político. Al consolidarse su esquema filosófico entre 1911 y 1913 a partir de la propuesta de renovación moral, la capacidad de los procesos sociales progresistas para provocar cambios profundos en este esquema general se reducen, abriéndose espacios de distanciamiento y de contradicción entre la filosofía y los análisis políticos de Ingenieros. El intento del autor de unificar sus análisis políticos con su esquema filosófico se torna cada vez más contradictorio. La renovación de un ideario social progresista se asocia a la experiencia de la

Primera Guerra Mundial, al estallido de la revolución socialista en Rusia y al surgimiento de una corriente antimperialista en la región, con la cual Ingenieros se vincula tardíamente.²⁶⁴

Inicialmente, la Primera Guerra Mundial y la revolución en Rusia son interpretadas por Ingenieros desde las normas del esquema filosófico, pero estos movimientos sociales sobrepasan las posibilidades de su teoría filosófica, la cual resulta impotente para producir explicaciones concretas de la confrontación imperialista y de la posterior agresividad de occidente contra la revolución bolchevique. Ello se percibe desde los alcances logrados por los primeros trabajos de Ingenieros sobre la guerra y la revolución, en los que utiliza su enfoque sobre la dualidad del sistema burgués, en el que los conflictos imperialistas aparecen como enfrentamiento entre la cultura escolástico-feudal y las fuerzas morales de la modernidad.²⁶⁵

En este momento, Ingenieros retoma su concepción del liberalismo y de los elementos productivos de la sociedad capitalista como fuerzas progresistas, por tanto, el imperialismo en el que incluye a los gobiernos europeos no abarca el sistema burgués en su integralidad, sino a los elementos supervivientes del pasado medieval. Como bien apunta Terán, imposibilitado este “sistema (...) para concebir la Barbarie *dentro* de la moderna cultura *capitalista*, sólo le resultara formulable aquel juicio con la condición de incluir dicha crisis europea dentro de la categoría del feudalismo”.²⁶⁶ El nivel de independencia de esta lucha abstracta entre ideales progresistas y esquemas conservadores es tan alto, que Ingenieros considera los resultados militares y políticos del conflicto como elementos colaterales. En su opinión, el surgimiento de otra moral y de otros valores éticos se realizará sin importar qué naciones resulten vencedoras: preservar el progreso de la humanidad depende de las minorías y de los productores de ideales.²⁶⁷

Ingenieros desarrolla esta concepción de choque entre casta feudal y minorías ilustradas al tratar la problemática de la nación, reforzada tras su regreso a Argentina en 1914. El surgimiento de la nacionalidad y su posterior desarrollo los enfoca desde los elementos de su esquema ético. En este asunto, Rossi destaca que las tensiones entre los componentes deterministas de la ética de Ingenieros, que le inclinan a abordar las condiciones sociales de los valores, y su visión de los mismos como patrimonio selecto de una minoría ilustrada, incluso como obra de un solo individuo, se aplican al problema de la nacionalidad.²⁶⁸

Como consecuencia, el problema de la “originalidad” o excepcionalidad se convierte en el centro de la problemática de las nacionalidades. Dentro de esta conversión de las problemáticas nacionales en la cuestión de lo universal y de lo específico en la cultura, Ingenieros considera que el trabajo y la cultura serán los instrumentos capaces de consolidar la integración hacia el interior de cada nación y de toda la humanidad. Pero esta teoría reproduce, por una parte, las ya conocidas nociones de Ingenieros sobre el trabajo como actividad abstracta, como expresión de un desarrollo lineal en el que la producción capitalista se hace colectiva y solidaria por sí misma; por otro lado, su propuesta se inclina a considerar la elaboración de ideales como actividad capaz de desarrollar intereses y fines comunes.²⁶⁹

Estos análisis corroboran la valoración de Farré, quien reconoce inclinaciones progresistas a Ingenieros, pero señala que el carácter abstracto de sus principios éticos: el anti-dogmatismo, la perfectibilidad, la originalidad, la cohesión entre intereses individuales y sociales, no encuentran fundamentos concretos en sus textos más significativos. Según este autor, las obras morales de Ingenieros carecen de definiciones sobre el contenido de los dogmas a combatir, no aclaran las vías específicas para unificar al individuo con la sociedad y tampoco argumentan hacia dónde va el mejoramiento humano. “Es innegable —concluye Farré— que Ingenieros es estimulante en su prédica moral, pero pobre e inseguro al precisar lo que se debe realizar y cómo”.²⁷⁰

Son válidas las apreciaciones de Farré sobre el carácter especulativo del esquema moral sustentado por Ingenieros, aunque resulta discutible su opinión de que esta peculiaridad teórica implica una ausencia de contenido ideológico. En realidad, la propuesta de Ingenieros manifiesta dicho contenido de manera sistemática, solo que el mismo aparece bajo la forma fetichizada de su discurso filosófico. Más acertada resulta la precisión que realiza Rossi, quien aclara que esta dificultad de Ingenieros para aclarar el contenido ideológico de sus propuestas, entre ellas la relacionada con las vías para acceder a la unidad nacional, no puede ocultar la reproducción que este realiza de los “valores clásicos del liberalismo gobernante: el trabajo y la cultura, es decir, el proyecto de conformar en la Argentina una sociedad capitalista (...) según los cánones de Alberdi y Sarmiento”.²⁷¹ En

otras palabras, la unión y subordinación de las mayorías a una élite rectora de carácter intelectual.

Las filiaciones ideológicas del esquema de Ingenieros se verifican en su inclinación a buscar un sujeto o modelo que sustente el principio de desarrollo progresivo de la humanidad, en este caso que facilite la permanencia de un fragmento del proyecto liberal dentro de las fuerzas progresistas. Ello se manifiesta en las valoraciones de Ingenieros sobre el papel de los Estados Unidos en la guerra. Hasta bien entrado el conflicto entre occidente y el proyecto soviético, Ingenieros mantiene una visión positiva del imperialismo norteamericano y de sus aliados europeos, basándose en este planteamiento de lucha entre ideales nuevos e ideales antiguos.²⁷²

Las dificultades del esquema filosófico para aprehender las características que adoptan los procesos históricos se agravan con el triunfo de la revolución en Rusia. Los acontecimientos políticos permiten descubrir la radicalización de la política imperialista y la campaña de descrédito que realizan los gobiernos occidentales contra la revolución. Es evidente que, entre 1917 y 1925, se produce una radicalización del pensamiento político de Ingenieros, período en el que este desarrolla posiciones antimperialistas y retoma tesis del socialismo, posturas que se integran para apoyar a la revolución. Sin embargo, la consolidación de sus concepciones filosóficas sobre el sujeto, la justicia social y la revolución, aunque pretenden responder a esta radicalización, muestran agudas limitantes y contraposiciones con respecto a su ideario político.

En un texto representativo de la etapa, Ingenieros demuestra la continuidad de sus concepciones sobre el sujeto histórico anunciadas en *El hombre mediocre*. En su concepción sobre el papel histórico de una “moral sin dogmas”, Ingenieros intenta atenuar el carácter determinante que su ética le otorga al individuo, partiendo del principio de que la “vida en sociedad exige la aceptación individual del deber, como obligación social, y el cumplimiento colectivo de la justicia, como sanción social”.²⁷³ Para Ingenieros la justicia social es la correspondencia entre lo que ha realizado cada cual para la sociedad, como deber, y lo que recibe de ella, como retribución o derecho. Pero en esta propuesta la identidad entre los intereses individuales y sociales se busca en un estado de equilibrio entre individuos, lo que,

supuestamente, permitiría construir un intercambio justo entre deberes y derechos, donde el interés de cada uno pueda identificarse con el interés de los individuos restantes.

Ingenieros acude a la transformación formal del individuo en ser social mediante el supuesto de que este último y su libertad sirven de modelos para la sociedad, por lo que la coordinación entre los individuos y la capacidad de la sociedad para representar la peculiaridad de cada uno de ellos, son las condiciones básicas para que se imponga la justicia. La base de este proceso sigue siendo el despliegue social de los intereses individuales, sobre todo de aquellos que corresponden a los individuos superiores. La denominada “ética social”, no obstante su pretensión de recuperar el carácter colectivo de la moral, mantiene los aspectos revolucionarios en manos de los “arquetipos selectos, las afortunadas variaciones de la especie humana, necesarias para revelar a los demás hombres (...) las formas innumerables en que deviene incesantemente el porvenir”.²⁷⁴

Otro aspecto que muestra los fundamentos de esta moral es la noción del mérito, que Ingenieros define como instrumento regulador del *status social*, incluso como sustituto efectivo de las relaciones clasistas. Desde su punto de vista, la sociedad deberá auto-regularse alrededor de los méritos de sus individuos, ella debe ser la exacta representación de la desigualdad que estos presentan en sus aptitudes y en sus acciones. En este punto, Ingenieros aclara que el mérito no puede basarse en la opinión del colectivo sobre sus integrantes. A su entender, la historia ha demostrado que el mérito es ante todo “una síntesis de virtudes individuales intrínsecas”,²⁷⁵ las cuales sólo pueden ser juzgadas por los individuos que las poseen. Estos individuos conforman el núcleo de su concepción sobre el sujeto social, contrapuesta siempre a la colectividad.

La Reforma Universitaria iniciada en Córdoba, su propagación por diversos países de Latinoamérica, reactiva la problemática del sujeto histórico en la obra de Ingenieros. Siguiendo los presupuestos de sus obras morales, Ingenieros identifica al sujeto histórico con la juventud, término que pretende unir las definiciones de individuo excepcional, élite y de productores de ideas. Para Ingenieros, los jóvenes conforman esa nueva generación por su espíritu no por sus años, siempre que sus ideales expresen inteligentemente el devenir.²⁷⁶

Las debilidades del “juvenilismo”²⁷⁷ se revelan con anterioridad al estallido de la Reforma Universitaria, sobre todo al profundizarse la crisis de la corriente positivista, que se precipita tras la visita de Ortega y Gasset a Argentina en 1916. Esta crisis coloca a Ingenieros en una posición peculiar, a la que Rossi se refiere cuando señala que este es admirado por una vertiente de los jóvenes, sobre todo los que participan en la Reforma Universitaria y por sectores que siguen su labor antimperialista. Por otro lado, un sector de la juventud que la propia noción de sujeto histórico manejada por Ingenieros no podía dejar de incluir, o sea, la reacción antipositivista, le ataca y le considera un representante del conservadurismo filosófico.²⁷⁸ En el movimiento estudiantil este panorama de división se repite, ya que la reforma fue antipositivista en universidades donde el obstáculo para transformar la enseñanza no se encontraba en la presencia del pensamiento escolástico, sino en la continuidad del positivismo.²⁷⁹

El análisis de la obra de Ingenieros revela que el juvenilismo le permite transitar hacia posturas diversas, en no pocos casos contradictorias. La presión de la crítica antipositivista y los procesos revolucionarios que marcan la década del 20 provocan que en 1923, por intermedio de su *alter ego* literario Julio Barreda Lynch, Ingenieros recuerde sus impresiones sobre Ortega y Gasset, colocándose en el grupo de estudiantes de filosofía que, a raíz de su visita, se distanciaron del positivismo.²⁸⁰ En opinión de Rossi, Ingenieros realiza aquí un “travestismo doctrinario” que lo coloca en el extremo teórico opuesto al que se encontraba cuando se produjo la reacción antipositivista. Rossi reconoce que para realizar esta mutación Ingenieros se apoya, sobre todo, en el juvenilismo.²⁸¹ Más preciso resulta reconocer que la “autovaloración” de Ingenieros como antipositivista se acerca a su verdadera trayectoria durante la etapa. Pero si el juvenilismo le sirve de instrumento para adaptarse a las corrientes del momento y para expresar sus indecisiones ideológicas, diferente resulta el alcance de esta concepción para aprehender las características y condiciones objetivas que marcan la verdadera formación del sujeto revolucionario.

El largo proceso que conduce a que Ingenieros reconozca un contenido político y social preciso a la juventud, de la cual llega a señalar que si no está con las izquierdas es una vejez anticipada,²⁸² no implica la aparición de una síntesis teórica superior sobre el problema de la relación entre el sujeto colectivo y la vanguardia. En la noción de juventud que elabora

Ingenieros permanecen mezcladas las posturas elitistas, individualistas e idealistas, ello se manifiesta en su último texto filosófico de importancia, en el que refuerza el principio de que la “*variación social es obra de minorías pensantes*. El progreso no resulta del querer de las masas, casi siempre conformistas, sino del esfuerzo de grupos ilustrados que las orientan”²⁸³.

La continuidad de esta postura contrasta con sus acercamientos a la importancia de una conciencia colectiva para enfrentar la amenaza del imperialismo. El límite teórico al que llega esta perspectiva se reduce a la mutación formal del hombre extraordinario, las élites y la producción espiritual hacia el término “fuerzas morales”. El calificativo de “generaciones” completa esta metamorfosis que no cambia los fundamentos ideológicos, ni afecta las posturas teóricas de Ingenieros. Su enfoque del sujeto histórico como una “generación”, logra atenuar a nivel de discurso los elementos individualistas, pero repite las mismas soluciones que marcan toda su obra, ya que el núcleo de cada generación es la juventud, con la correspondiente carga que esta “definición” presenta en el esquema de Ingenieros.

En cuanto a las virtudes que conforman las “fuerzas morales”, las cuales permiten al sujeto histórico anticipar los modelos que facilitan la realización del porvenir, Ingenieros se remite al principio que rige esta problemática desde *El hombre mediocre* hasta *Las fuerzas morales*: las virtudes son intrínsecas a la juventud, o lo que es lo mismo, son el despliegue de cualidades que ya existen en los hombres y en los grupos destinados a dirigir la sociedad hacia nuevos caminos.²⁸⁴ El problema del despliegue de las aptitudes naturales, apoyadas en diversa medida por la educación o por las circunstancias, contrarresta el análisis de las características concretas de los sujetos sociales, en especial de sus determinaciones políticas. Una de las tendencias sistemáticas del esquema filosófico de Ingenieros es su rechazo a la actividad política, que en etapas diversas se valora como terreno de simulación, dominio del hombre mediocre, terreno de la “conciencia reproductiva”, en fin, como el extremo opuesto a la actividad del sujeto revolucionario.

Siguiendo las pautas de una valoración negativa de la política, el problema de la democracia se ve afectado por las dificultades del esquema filosófico para expresar la complejidad de las filiaciones ideológicas de Ingenieros. Al carácter formal que, en un texto como *Hacia una*

moral sin dogmas, presentaba su enfoque sobre la “democracia social del porvenir”, aún caracterizada por la autorregulación del *status social* a partir de aptitudes individuales, se contraponen la evidente participación de grandes masas como sostén de la revolución en Rusia. El impacto de las medidas del gobierno bolchevique provoca que en las valoraciones sobre el sujeto histórico, sobre todo en los textos políticos, Ingenieros incluya al pueblo como una entidad colectiva. En defensa del proceso ruso, este aborda la significación política, clasista y económica del Estatuto Constitucional aprobado en 1918, en la que considera que la revolución ha otorgado “caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del Estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases.”²⁸⁵

Sin embargo, el choque entre los presupuestos filosóficos y el enfoque político de corte socialista permiten que, en su crítica contra los caracteres formales de la democracia burguesa, Ingenieros se interese por el carácter cuantitativo de la representación liberal, que a su entender resulta su principal limitante. En este análisis, Ingenieros muestra su preocupación por el problema de la “funcionalidad” de la democracia, lo que revela el alcance de la tensión entre la concepción de la sociedad como organismo encargado de preservar las aptitudes, derechos o especificidades de los individuos y las nuevas cualidades de un sujeto colectivo, que tiene su expresión concreta en la Revolución Rusa. La existencia de este sujeto colectivo aún se mantiene bajo el cuestionamiento de Ingenieros, quien se inclina a descalificar de manera sistemática el papel de las mayorías en la historia.

La interpretación de Ingenieros de la democracia en el proceso soviético reproduce las posturas de su filosofía, inclinada a separar radicalmente la sociedad civil de la sociedad política y a proponer la disolución de los antagonismos de clase en la representación de los distintos estratos que, a su entender, se organizan siguiendo las tareas cumplidas por los individuos y los grupos heterogéneos. “Todos los sociólogos —dice— han coincidido en decir que la «política científica» sólo sería posible cuando las asambleas deliberativas se compusieran de representantes de funciones sociales y no de partidos políticos indefinidos”.²⁸⁶ Desde esta perspectiva, el aparato político debe unir las cualidades de la labor que cada grupo realiza, en correspondencia con la división social del trabajo. El

significado que Ingenieros otorga a las funciones sociales queda plasmado en sus críticas contra la democracia liberal.

¿Quién representa la producción, la circulación y el consumo de las riquezas —señala—, y quién la agricultura, la industria, el comercio y los bancos? (...) ¿quién representa a los capitalistas y quién a los trabajadores? (...) ¿Quién representa las funciones reproductivas, es decir, la familia, las madres, los hijos, cuyos intereses como tales son primordialísimos en la sociedad? ¿Quién representa las funciones (...) culturales y estéticas (...) los institutos científicos, las letras y las artes? Todas esas funciones, y otras muchas, carecen de representación explícita en los parlamentos políticos que deliberan sobre la vida y la muerte de la sociedad entera.²⁸⁷

La defensa que realiza Ingenieros del “pueblo” en su diversidad de estratos y necesidades, así como la democracia “funcional” que propone como opción ante la democracia burguesa, continúa contando con la apropiación social de los medios de producción como medio suficiente para superar el capitalismo. En este nuevo momento, Ingenieros desarrolla el principio de que la sociedad es el resultado de la división social del trabajo, pero esta división sigue interpretándose desde un punto de vista filosófico, o sea, como una cualidad inherente a la actividad humana en cualquier circunstancia, en la medida que esta división parece reflejar la diversidad natural de los individuos.

Se trata de un enfoque que puede juzgarse desde las mismas coordenadas seguidas por Engels en su crítica contra las concepciones de Dühring. Al igual que Dühring, Ingenieros maneja la tesis de que resultaba posible superar los males del capitalismo sin abolir la vieja división del trabajo, “como si todo —agregaba Engels en su *Anti-Dühring*— quedase arreglado con solo tener en cuenta las circunstancias naturales y las aptitudes personales”²⁸⁸. En el caso de Ingenieros, la contradicción se hace más evidente, ya que su defensa de la revolución socialista se mezcla con su enfoque pequeñoburgués sobre la democracia y sobre la superación del capitalismo industrializado. La forma en que se presenta este principio solo adopta como novedad el haber pasado de la aniquilación instantánea del Estado liberal, como estrategia para establecer una sociedad regulada por las aptitudes, al apoyo de “nuevas” formas de representación, cuya propia naturaleza “funcional” idealiza una sociedad donde el Estado “popular” resultaría la copia fiel de la actual división social del trabajo.

Al interpretar la revolución socialista desde estas coordenadas, Ingenieros considera que el gran aporte de este proceso radica en haber sustituido la representación “indiferenciada y cuantitativa, por la representación técnica y cualitativa”.²⁸⁹ Desde esta perspectiva, el trabajo de asesoramiento de los técnicos determina la eficiencia y continuidad en las tareas gubernamentales, con independencia de los cambios políticos coyunturales.²⁹⁰ Aquí una estrategia específica del proceso soviético es interpretada desde un enfoque especulativo, en el que la organización política cede en importancia a la división y jerarquización de funciones sociales, como si estas últimas formasen parte de una tendencia natural de la organización del ser humano.

La interpretación que realiza Ingenieros del gobierno soviético como “democracia funcional”, más que al control de las mayorías trabajadoras sobre la actividad económica y sobre el poder estatal, hace referencia la capacidad de este gobierno para representar a todos los pequeños intereses y actividades presentes en la sociedad. De ahí su defensa del principio de que “los organismos ejecutivos no deben representar la mayoría inorgánica de los habitantes.”²⁹¹ En contradicción con este enfoque, en este mismo período Lenin planteaba que la estrategia de integrar a los profesionales, técnicos, inclusive de potenciar las relaciones monetario-mercantiles de corte capitalista, no podía concebirse sin el estricto control político ejercido por el pueblo a través del gobierno socialista.²⁹² Por otro lado, en los análisis políticos de 1920, Ingenieros analiza el problema de la expropiación tomando en cuenta las condiciones concretas de la lucha política: “la expropiación —señalaba— sólo puede efectuarse si la clase obrera organizada asume el poder, es decir sustituyendo la dictadura del proletariado a la actual dictadura del capitalismo”,²⁹³ con lo que se verifica, una vez más, las tensiones entre sus análisis políticos sobre el proceso soviético y sus generalizaciones filosóficas sobre la democracia y la revolución.

El interés de Ingenieros por elaborar conclusiones generales sobre el impacto de la Revolución Rusa muestra los resultados que presenta el esquema filosófico al responder a posiciones ideológicas antagónicas. En este orden, Ingenieros sostiene tanto la incapacidad del capitalismo para resolver sus crisis, como la tendencia de los partidos reaccionarios a realizar reformas proyectadas por los socialistas, llegando a la conclusión de que “las más antagónicas oscilaciones políticas se acercarán a la misma finalidad económica de socializar

los medios de producción y de cambio”.²⁹⁴ En este caso, la “síntesis” filosófica de dos procesos políticos diferentes, por una parte la revolución socialista y por otra el capitalismo de Estado que establece condiciones de bienestar en los países centrales, conduce a la identidad de los contrarios en un proceso abstracto: la revolución como tendencia moral o evolutiva de la humanidad.

La concepción filosófica de Ingenieros sobre la revolución le inclinó a aceptar la tesis de que existen grandes confluencias sociológicas, filosóficas e incluso políticas entre el capitalismo y el socialismo. Como reconoce Kohan, Ingenieros “asimila tres revoluciones trazando una curva de variación donde no hay ruptura ni quiebre: 1789 (Revolución Francesa), 1810 (Revolución de Mayo, independencia argentina de España), 1917 (Revolución Rusa)”.²⁹⁵ En este caso, el humanismo de Ingenieros que otros autores valoran como una teoría concreta, interpreta la revolución como producción y materialización de ideales comunes al ser humano en general, considera el desarrollo de la modernización capitalista como un proceso capaz de solucionar los antagonismos políticos²⁹⁶ y explica estos últimos mediante el enfrentamiento entre cualidades humanas.

Ingenieros considera que la única solución posible para la injusticia económica recae en la eliminación de la clase parasitaria que vive del trabajo ajeno.²⁹⁷ Sin embargo, el término “clase parasitaria” convierte las condiciones productivas y políticas en una actitud o comportamiento moral, que minimiza la importancia de la propia contradicción económica que la sustenta. Si la confrontación se plantea entre las diversas actitudes de los individuos y grupos hacia la producción, Ingenieros concluye que el trabajo como actividad inherente al ser humano, en especial el trabajo intelectual, es capaz de crear las condiciones necesarias para la emancipación social.

Se acentúan, en este sentido, las mutaciones que sufre el análisis político al insertarse en el esquema filosófico. Si en el primer caso Ingenieros reconoce la ineficacia de todo remedio que no se proponga eliminar las instituciones burguesas, que no convierta los medios de producción en propiedad social,²⁹⁸ en el esquema filosófico el sujeto y la actividad revolucionaria se identifican con la producción espiritual y con las minorías pensantes, de tal manera que cualquier “renovación de instituciones se inicia por una revolución en los espíritus”.²⁹⁹

La participación de Ingenieros en el esfuerzo por crear una “internacional del pensamiento”, liderada por intelectuales como Anatole France, Henri Barbusse, Jules Romanin, H.G. Wells, entre otros, demuestra el impacto de estos principios en su actividad política. Sobre todo porque el grupo *¡Claridad!* sostiene la necesidad de que los intelectuales dirigentes se separen de las filiaciones partidistas de carácter político y se concentren en los ideales comunes de la humanidad.³⁰⁰ Si bien la participación de Ingenieros en este grupo antecede a la radicalización de sus análisis sobre la revolución socialista, la continuidad del esquema filosófico en *Las fuerzas morales* muestra que se mantiene la disparidad, así como las mutaciones que las categorías y enfoques políticos sufren al pasar al planteamiento filosófico.

En la base de estas antinomias teóricas se encuentran las debilidades del análisis económico de Ingenieros, quien considera que la contradicción fundamental del capitalismo se encuentra en el choque entre el trabajo y el parasitismo. En este enfoque se critica la expropiación burguesa del trabajo, pero Ingenieros minimiza el hecho de que, para sustentar este acto, la burguesía no se apoya solo en la deformación de las inclinaciones “naturales” del ser humano mediante egoísmo, las ansias de lucro, el rechazo al trabajo, etc., sino que su régimen concreto de producción utiliza la propia modernización de las fuerzas productivas para consolidar su dominación.

Marcado por las deficiencias en el análisis económico, el planteamiento filosófico de Ingenieros tiende a profundizar su visión dicotómica de la sociedad capitalista, en ella se enfrentan el polo conservador y progresista de un ser social abstracto, esta división alcanza su máximo desarrollo cuando el esquema filosófico identifica a la modernización liberal con un sujeto independiente, bajo el calificativo de “fuerzas morales” o como proceso de “perfectibilidad infinita”,³⁰¹ sujeto abstracto que aparece como núcleo de la revolución social y que se contrapone a los análisis concretos sobre el sujeto histórico.

El análisis del imperialismo resulta una problemática que expresa, con especial claridad, las tensiones del pensamiento filosófico y político de Ingenieros. Las fuentes de su antimperialismo y su latinoamericanismo son situadas por Kohan en la tradición modernista, representada por figuras como Rubén Darío, José Martí, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos y José Enrique Rodó.³⁰² Esta tesis resulta exacta, aunque Kohan no

profundiza en el papel cumplido por las condiciones históricas y por la actividad política de los modernistas en el desarrollo de sus posturas antimperialistas. En el caso de Ingenieros, se ha comprobado que el esquema filosófico, ya sea en sus componentes modernistas o positivistas, no dio lugar en sí mismo a posiciones de carácter crítico con respecto al avance del capitalismo monopolista.

Para dar cuenta de que las raíces del antimperialismo de Ingenieros son más complejas, basta con recordar sus posturas apologéticas con respecto al expansionismo alemán, en momentos en los que el antimperialismo modernista ya se había desarrollado. Estos datos no eliminan el papel del modernismo en el pensamiento antimperialista de Ingenieros, pero colocan en su justa significación a los impactos de la Primera Guerra Mundial, al desarrollo de la Revolución Rusa, así como a la reactivación del ideario socialista como factores determinantes para la aparición de posiciones antimperialistas en su obra.

En cuanto al alcance preciso de su comprensión del fenómeno imperialista, en sus trabajos más maduros, Ingenieros presenta la peculiaridad de utilizar las categorías y concepciones de corte socialista para abordar las características económicas y políticas del imperialismo; mientras que, en su propuesta para enfrentarlo, se inclina a exaltar el papel del pensamiento, de las estrategias culturales y de la condición histórica común en la que se encuentran los pueblos latinoamericanos. Para establecer estas distinciones entre las características del fenómeno y las estrategias necesarias para combatirlo, Ingenieros acude a la realidad coyuntural en la que supone que los gobiernos dependientes nada pueden aportar a la lucha antimperialista. Esta postura es “realista” en términos de inmediatez, pero al coincidir con el enfoque idealista coloca al antimperialismo de Ingenieros en una posición precaria, basada en la resistencia y la unidad de la sociedad civil, independiente de los gobiernos aunque interesada en influir sobre ellos, para fundamentar la fuerza social capaz de equilibrar los intereses de Latinoamérica frente al poderío norteamericano.³⁰³

Kohan ha analizado esta peculiaridad de rechazo estético y ético como un aporte del modernismo a la resistencia cultural contra el fenómeno imperialista. Desde esta perspectiva, se sitúa la reacción modernista dentro de lo que un autor como Löwy considera la corriente del “romanticismo anticapitalista”.³⁰⁴ En primer lugar, debe tenerse en cuenta que Löwy reconoce el carácter de reacción “desesperada y trágica”³⁰⁵ de esta propuesta,

cuyo enfrentamiento ético a la agresividad del capitalismo monopolista resulta meritoria, sobre todo en los casos en los que se supone que sus exponentes logran enriquecer sus perspectivas liberales, o marxistas como en el caso de Mariátegui, con la importancia del componente ético en el proceso de emancipación.

En el caso de Ingenieros, se ha demostrado que sus ataques filosóficos al proyecto liberal oscilan entre la idealización de un modelo social de pequeña propiedad y la exaltación de la propia modernización, al margen o independientemente de las necesarias transformaciones políticas y económicas que, entre otros factores, marcarían la diferencia entre un intento de humanizar el capitalismo y una revolución social. Kohan considera que Ingenieros no apeló a “un pasado precapitalista para contraponerlo al reino monetario del imperialismo yanqui sino, por el contrario, al porvenir futuro de la unidad latinoamericana”.³⁰⁶ La postura de Kohan se inclina a pasar por alto las tensiones que se presentan entre el esquema filosófico y el ideario político de Ingenieros, tema en el que Kohan otorga una gran importancia al modernismo, en un autor cuyas fuentes teóricas e ideológicas son muy amplias.

La postura antimperialista de Ingenieros, que parte de elementos liberales, entra en contradicción con otros registros teóricos que forman parte de su obra. Su análisis de la Revolución Rusa, en el cual había acudido a la reactivación del ideario socialista, le coloca en condiciones de plantear en términos más claros la contradicción histórica del imperialismo con los intereses populares. Ello incluye el desarrollo de nociones sobre la necesidad de superar la forma liberal avanzada del antimperialismo, sustituyéndola por una estrategia centrada en el acceso popular al poder político y por la construcción de una sociedad socialista.³⁰⁷

Que Ingenieros presente una trayectoria de avances y retrocesos con respecto a enfoques teóricos e ideológicos antagónicos, evidencia que su pensamiento no puede juzgarse desde la tradicional visión sobre los aportes del enfoque liberal avanzado. En su caso, son determinantes las contradicciones del liberalismo con una incipiente concepción socialista que, por las propias oscilaciones ideológicas de su autor, no conduce a un esquema superior. Por lo que las coordenadas del problema ético y el papel de la sociedad civil, no se integran coherentemente con las categorías y concepciones socialistas, sino que se contraponen a

ellas y sustituyen el análisis político por las especulaciones inclinadas hacia el idealismo y hacia el individualismo.

El acertado tratamiento de Ingenieros al problema de la unidad de la sociedad civil, a la creación de una conciencia colectiva separada de la superestructura gubernamental, utiliza las máximas posibilidades de la concepción burguesa para responder a la amenaza del imperialismo yanqui. Su principal dificultad radica en que enfrenta el problema de la conformación del sujeto latinoamericano desde fuera de la política, desde el papel de los intelectuales como movilizados de la sociedad civil. En el pensamiento de Ingenieros, esta temática se inclina a situar en primer plano el problema de la unidad cultural, la que él sobreentiende como premisa para la cohesión política futura, invirtiéndose con ello las relaciones entre producción espiritual y actividad política.³⁰⁸ La interesante cuestión en torno al impacto de los movimientos sociales, externos a la clásica lucha por el control del Estado nacional, se plantea de manera contradictoria en el pensamiento de Ingenieros, ya que este factor alcanza importancia determinante sobre el tema del acceso del sujeto histórico al poder político.

Vinculado al problema del imperialismo, aparece el tema de la unidad latinoamericana, el cual se ve marcado por las mismas tendencias analizadas hasta el momento. A nivel filosófico la interpretación especulativa del proceso de modernización, que aparece como “proceso de perfectibilidad infinita”, sirve de fundamento para justificar una visión optimista y descriptiva del proceso de unidad social en la región.³⁰⁹ Para Ingenieros, los individuos fundan vínculos emocionales y espirituales desde su relación con el “terruño”, la “nación” y la “humanidad” como momentos de su cohesión espiritual. En estos tres niveles el hilo conductor está en el proceso abstracto de perfección, en los ideales que lo concretan y en la tendencia “natural” hacia el equilibrio social.

Siguiendo estas pautas Ingenieros puede plantear los rasgos más generales de la problemática latinoamericana, enfocando el problema de la unidad como un imperativo de supervivencia para la región. Pero en la búsqueda de las bases para realizar este imperativo su esquema acude, nuevamente, al papel de los ideales y de las tendencias abstractas de la actividad. Por ello señala: “El ideal presente de perfeccionamiento político es una coordinación federativa de grupos sociológicos afines, que respete sus características propias

y las armonice en una poderosa nacionalidad común (...) Esa posibilidad histórica merece convertirse en ideal común, pues son comunes a todos sus pueblos las esperanzas de progreso y los peligros de vasallaje”.³¹⁰

En los momentos de mayor desarrollo de esta propuesta, para explicar las contradicciones entre la desigualdad y la diversidad de las sociedades latinoamericanas, Ingenieros retoma la distinción entre las formas de cohesión política y la formas de cohesión civil. El “civismo, —dice Ingenieros— tiene un fondo moral (...) El bienestar de los pueblos es incompatible con rutinarios intereses creados”.³¹¹ En este esquema, las distinciones entre la diversidad cultural de los pueblos y su desigualdad en cuanto a los niveles de desarrollo del capitalismo no logran concretarse, por lo que la ruptura entre la organización política y la cohesión social es la respuesta limitada de Ingenieros ante las antinomias de la sociedad burguesa a nivel nacional, regional y mundial.

Esta postura se hace más contradictoria a medida que avanza el pensamiento político de Ingenieros, ya que el distanciamiento de las formas de unidad política, por el hecho de su uso por parte de las clases dominantes, coloca a la propuesta de Ingenieros ante la difícil tarea de movilizar la voluntad de los gobiernos y de las clases sociales, incluso de crear instituciones con amplias potestades para dirimir asuntos nacionales y regionales, desde estrategias no contaminadas por la relaciones políticas.³¹²

Aquí se repite el proceso de inversión de las relaciones entre la política y las condiciones sociales. Ingenieros presume la existencia de una ruptura entre estos momentos, ya que a su entender las relaciones políticas no reflejan las tendencias solidarias de la sociedad. A partir de este principio su propuesta se encamina a reconstruir la política desde su base, desde la renovación de las relaciones naturales entre los pueblos, entre los individuos y entre las comunidades. En opinión de Ingenieros, la sociedad civil, con el apoyo de la juventud y de los núcleos ilustrados, basándose en las tendencias sociológicas de la humanidad, deberá crear primero una conciencia y un sentimiento de integración, los cuales servirían de fundamento para crear instituciones de cooperación económica, política y jurídica.³¹³

Resulta correcta la valoración de Kohan sobre el papel de Ingenieros en el desarrollo de una tradición que, desde el romanticismo o desde la crítica moral, se enfrentó a la aniquilación de diversos sujetos sociales, al ser integrados a los intereses de un Estado nacional que

representaba al capitalismo dependiente.³¹⁴ Sin embargo, ante este tipo de enfoques que resalta los valores de un pensamiento dividido entre corrientes ideológicas contrapuestas, se hace imprescindible aclarar las tendencias universales del pensamiento de Ingenieros. Lo que incluye definir las determinaciones reales de su ideario político y de su esquema filosófico. A diferencia del análisis ecléctico que, como apuntaba Marx, en toda categoría o realidad encuentra lados buenos y lados malos, la investigación científica se ve precisada a encontrar la solución dialéctica de cada contradicción.³¹⁵

En este sentido, el pensamiento filosófico de Ingenieros expresa las mutaciones ideológicas de un autor que no logra superar las características de una etapa de tránsito. El avance de los antagonismos entre la burguesía y el proletariado, que pulverizó o subordinó las viejas contradicciones de la colonia y colocó en un terreno superior las cuestiones de la dependencia, del subdesarrollo, de la unidad regional y del sujeto histórico latinoamericano en un contexto en el que las burguesías nacionales resultan parte del problema, provocó una rápida obsolescencia de los esquemas filosóficos del positivismo y del “antipositivismo”. Los aportes dispersos de Ingenieros a estas problemáticas no deben confundirse con una solución dialéctica. Su filosofía intentó sostener una postura intermedia entre el socialismo y el liberalismo, entre la actividad política y la producción espiritual, entre la concepción del sujeto individual y la actividad práctica de las clases sociales, pero, en realidad, logró sistematizar en un plano lógico-abstracto las concepciones ideológicas del proyecto liberal.

Estas concepciones se inclinaron a la deformación especulativa de las teorías científicas, a la exaltación del individuo como núcleo de las relaciones sociales, a la idealización del capitalismo de libre competencia en una etapa de avance imperialista. El esquema filosófico de Ingenieros sistematizó la extrapolación del papel de la producción espiritual y de los intelectuales en la actividad social, convirtiéndolos en componentes determinantes para el desarrollo del sujeto histórico, superando en importancia a la actividad económica y política de las clases sociales, a la organización partidista y al control del Estado por las mayorías explotadas.

Conclusiones parciales del Capítulo II

La fundamentación filosófica del pensamiento político y social se presenta, desde los primeros trabajos de Ingenieros, como tendencia a sustituir las categorías económicas y sociológicas por planteamientos filosóficos. Esta inclinación no es un resultado directo de la práctica científica, sino de los enfoques positivistas y “antipositivistas” de sus problemas. El desarrollo del esquema filosófico, junto a sus determinaciones lógicas dadas por la relación ciencia-filosofía, o por el contacto directo de Ingenieros con la filosofía posclásica, tiene sus condicionamientos en las sucesivas crisis ideológicas que atraviesa su pensamiento político. Dichas crisis, que se expresan en el intento de Ingenieros de realizar una síntesis del ideario socialista, marxista y liberal, permiten que la filosofía adopte la tarea de integración formal e intente una solución lógico-abstracta de las contradicciones que atraviesan la relación oligarquía-clase media-proletariado, así como los conflictos globales entre el imperialismo y los intereses populares.

En la obra de Ingenieros, las posiciones contrarias a nivel discursivo, como el cientificismo y el “eticismo”, se muestran como formas de fundamentación de distintas variantes del proyecto burgués. La visión positivista de la ciencia imparcial como instrumento de desarrollo, fue utilizada para fundamentar la opción reformista. El idealismo moralista cumplió la tarea de radicalizar la fundamentación de las vertientes oligárquicas, elitistas e individualistas del mismo proyecto. En ese sentido, la rebelión filosófica de *El hombre mediocre* contra la burocracia y contra la democratización auspiciada por el reformismo, se realizó desde posiciones antipopulares. En su crítica, Ingenieros se cuestiona la posibilidad de un sujeto histórico colectivo, mientras extrapola el papel determinante de la producción espiritual, de los sectores intelectuales y del individuo en la historia.

El pensamiento filosófico de Ingenieros tiende a las interpretaciones mecanicistas y economicistas del marxismo, las que consideran las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción como fundamento mecánicos del progreso. Otras concepciones como el biologismo y el darwinismo social, cumplen la tarea de sustituir la lucha de clases por la lucha por la vida e interpretan los antagonismos de la producción capitalista como fruto de las diferencias en cuanto a aptitudes individuales y raciales. Este proceso de deformación ideológica, en el que la filosofía cumple la tarea de

esquema sistematizador, se convierte en obstáculo para el desarrollo del pensamiento revolucionario de este autor.

El estallido de la Primera Guerra Mundial, el triunfo de la revolución socialista en Rusia, el desarrollo de la agresividad imperialista ponen en tensión las capacidades del esquema filosófico de Ingenieros para fundamentar el carácter progresista del ideario liberal y asimilar la experiencia de la confrontación histórica entre el socialismo y el imperialismo. Su concepción de la revolución y de la práctica como producción de ideales, su visión de las minorías ilustradas como vanguardia y su concepción del individuo como núcleo del sujeto histórico, se contraponen al carácter colectivo, a las evidentes transformaciones políticas y económicas que determinaron a la Revolución Rusa.

CONCLUSIONES GENERALES

En Latinoamérica la historia del pensamiento filosófico asociado a los intereses de la burguesía, en las etapas que van desde el contexto de las primeras repúblicas hasta principios del siglo XX, demuestran que la línea de desarrollo que conduce del romanticismo hacia el positivismo, se caracteriza por la transformación de la teoría liberal, propia de una etapa política de emancipación, en teoría burguesa posclásica. En esta última, la filosofía fundamenta el carácter revolucionario de concepciones asociadas a una clase social que, en su desarrollo práctico y político, ha perdido este carácter. Tras la gesta independentista y tras el desenvolvimiento de las relaciones capitalistas de producción, la filosofía burguesa posclásica demuestra su papel en el rearme teórico de la reacción liberal contra el desarrollo del pensamiento revolucionario. El intento de síntesis entre el positivismo y la teoría socialista resulta un ejemplo de esta tendencia.

Dentro de las crisis del proyecto liberal en Argentina, el ascenso del radicalismo como opción encaminada a crear una hegemonía burguesa, sustentada en la democratización política y en la institucionalización del conocimiento científico; la inclinación del movimiento socialista a sumarse a este proyecto, el dominio de las tendencias anarquistas y sindicalistas en el movimiento obrero, permiten que se consolide como sujeto social la clase media. Esta última se convierte en un instrumento de los sectores oligárquicos y de los estratos inferiores de la clase burguesa, los que encuentran en esta unidad ideológica una base más amplia para fundamentar, en la teoría y en la actividad política, el modelo de capitalismo agro-exportador. Este modelo y su proyecto de reforma no eliminan la estructura desigual de la sociedad argentina, en la cual el proletariado sigue siendo la clase mayoritaria, afectada por las contradicciones económicas y sociales del capitalismo dependiente. En los intelectuales que surgen de esta clase media se presenta el objetivo de alcanzar, al mismo tiempo, el desarrollo pleno del capitalismo y de responder a los intereses del movimiento obrero sin romper con el orden político existente. Esta ambigüedad ideológica constituyó el referente determinante para el desarrollo del pensamiento filosófico de José Ingenieros.

Dividido entre corrientes ideológicas contrapuestas, el pensamiento político de Ingenieros incentivó, con sus contradicciones, el desarrollo de un esquema filosófico centrado en el

intento de síntesis entre presupuestos liberales, socialistas y marxistas. El resultado fue un esquema filosófico que fundamenta la continuidad del pensamiento liberal, contrapuesto a las concepciones avanzadas del ideario socialista sobre el sujeto histórico, la actividad práctica y la revolución.

En la obra de Ingenieros el marxismo y el socialismo se transforman, bajo la influencia de la filosofía y del ideario liberal, en expresiones de economicismo y de revisionismo. Las categorías y concepciones de la teoría revolucionaria no llegan a conformarse como sistema en su obra y aparecen, en sus expresiones consecuentes, como elementos dispersos del pensamiento político de Ingenieros, insertos de manera contradictoria en el cuerpo del esquema positivista y del idealismo.

Acorde con su base ideológica liberal, la solución filosófica dada por Ingenieros al problema de la relación individuo-sociedad no supera la concepción del individuo como creador y como modelo de las relaciones sociales, ya sean de tipo económico, moral, político o cognoscitivo. La aparente dialéctica entre la personalidad y el medio social, entre las aptitudes y la educación, entre la cultura colectiva y las creaciones individuales, se reduce a una relación entre el sujeto individual y la objetivación de sus cualidades. Ello provoca que la concepción de Ingenieros sobre el papel de las minorías ilustradas, de la juventud y de los ideales en la historia, quede alejada de una teoría dialéctica sobre el sujeto histórico y sobre la vanguardia revolucionaria, en la medida que no logra establecer las conexiones concretas entre los líderes, el partido y el sujeto colectivo, sino que busca crear el sujeto histórico como *alter ego* de los individuos extraordinarios.

Ingenieros desarrolla las concepciones biologista y socialdarwinistas desde el terreno del idealismo filosófico. Por ello su ética, vinculada al proyecto de sociedad aristocrática, se basa en el principio de desigualdad. El mérito, en la sociedad ideal proyectada por Ingenieros se determina por las aptitudes individuales de tipo biológico y espiritual. A partir de la concepción socialdarwinista e idealista del mérito, Ingenieros establece que la justicia es la retribución de los derechos según el cumplimiento individual de los deberes. La ética de Ingenieros, que pretende superar las relaciones económicas y políticas del capitalismo mediante el ejemplo de los individuos extraordinarios, reproduce el enfoque liberal sobre valores, del bien y la justicia, ya que parte de la diversidad natural de los

individuos para explicar sus posiciones en la sociedad y presume la posibilidad de trascender el capitalismo desarrollado con una sociedad de pequeños creadores, regulada por sus relaciones individuales y por el papel de los intelectuales.

Las transformaciones provocadas por la revolución socialista en Rusia, al plasmarse en los análisis de Ingenieros, provocan un distanciamiento entre sus estudios políticos y sus principios filosóficos. Ante esta dificultad, sus concepciones sobre la democracia funcional, sobre el carácter moral de la Revolución Rusa, sobre la coexistencia de la vía reformista con la vía revolucionaria, sobre la importancia de la minoría ilustrada en el proyecto soviético, no resuelven la dicotomía entre la filosofía idealista, individualista y elitista y la reactivación de sus nociones sobre el sujeto popular, sobre la socialización de los medios de producción, sobre la eliminación de la propiedad privada y sobre el papel de la dictadura del proletariado. A medida que Ingenieros intenta traducir el proceso político socialista a las normas de su filosofía, el análisis se empobrece y se convierte en una especulación abstracta. Ello ocurre en el caso de su visión de la democracia socialista como democracia funcional, no determinada por su carácter clasista, sino por su capacidad para representar a las diversas “funciones” sociales, las cuales desvían el carácter histórico-concreto del poder político en el socialismo hacia su capacidad para representar la división social del trabajo y la multitud de pequeños intereses que le acompañan.

El cuestionamiento de Ingenieros con respecto a las posibilidades de la política para transformar las condiciones sociales, responde a la unidad filosofía-liberalismo que caracteriza su obra y a las contradicciones entre la filosofía y su pensamiento político revolucionario. Este cuestionamiento le permite fundamentar el proyecto liberal desde la postura del teórico imparcial, mientras en otros espacios abre una dicotomía entre las concepciones del esquema filosófico y los enfoques de corte socialista.

Un ejemplo del choque entre el esquema filosófico y los elementos del pensamiento socialista está en el análisis que realiza Ingenieros del imperialismo. En este punto, su perspectiva acierta a valorar el fenómeno desde sus determinaciones económicas y políticas, pero se inclina a proponer una respuesta de tipo espiritual, una forma de resistencia y de organización antimperialista que parte de la división entre la sociedad política y la sociedad civil. Ingenieros considera que el sujeto histórico se encuentra en el

ámbito de la sociedad no politizada, en la relación entre sus núcleos intelectuales y las comunidades. Esta propuesta persigue la reconstrucción de la política desde la transformación cultural de las relaciones entre los pueblos y entre los individuos, opción que, sin embargo, no se integra dialécticamente a la revolución política, la cual aparece como una alternativa más, junto al reformismo. De ese modo, la resistencia civil y cultural alcanza un carácter determinante para el esquema de Ingenieros. Con esta postura se vuelve colateral la formación de organizaciones y partidos políticos en la tarea de consolidar la formación de sujetos antimperialistas, lo cual Ingenieros supone alcanzable desde movimientos culturales, desde asociaciones entre élites intelectuales, desde procesos socializadores intrínsecos a la modernización liberal.

En el esquema filosófico de Ingenieros la producción social aparece invertida, encerrada en el proceso de objetivación y desobjetivación de la teoría, por lo que la actividad práctico-revolucionaria se identifica con las relaciones entre el trabajo intelectual y la experiencia teórica acumulada por la humanidad. El carácter material de dicha experiencia se reduce a sus similitudes abstractas con la naturaleza, mientras que la verdadera humanización y desarrollo de las relaciones sociales ocurre en el terreno de la producción de ideales. En el esquema de Ingenieros la función liberadora de la utopía resulta determinante y el carácter práctico-transformador de la producción material y de la revolución política se subordina a la producción de ideas, tarea que corre a cargo de los intelectuales.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

¹ La “ortodoxia” del marxismo ha sido tratada frecuentemente como limitación. Un interesante enfoque de este asunto aparece en los trabajos de Georg Lukács, para quien la ortodoxia implica el problema de la conservación y enriquecimiento del método y la perspectiva ideológica que ostenta el marxismo consecuente, del mismo modo que las inclinaciones de la “anti-ortodoxia” de superar y “mejorar” el marxismo clásico tuvieron el efecto de hacerlo superficial y ecléctico. El ataque a la ortodoxia, por más que resulte atrayente para el sentido común, puede y en efecto ha llegado a ocultar el propio proceso de vulgarización del marxismo y su imbricación ideológica con el pensamiento liberal dominante. (Cfr.: Georg Lukács: *Historia y conciencia de clase*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 35.)

² Cfr.: Rubén Zardoya Loureda: *La filosofía burguesa posclásica*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000, pp. 97-100.

³ Cfr.: Carlos Marx: “Introducción a la *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*”, en: Carlos Marx: *Crítica del derecho político hegeliano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 23.

⁴ *Ibíd.*, p. 22.

⁵ Por ello agrega Marx: “la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra *ad hominem*, cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Pero para el hombre la raíz es el hombre mismo”. (Carlos Marx: “Introducción a la *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho...*”, en: *ob. cit.*, pp. 22-23.)

⁶ Todavía en una expresión muy primaria, no por ello menos interesante, plantea Marx la importancia que tienen las características objetivas del proletariado en su formación como sujeto revolucionario, condiciones cuya unidad con la teoría es un paso indispensable para la transformación de esta última en fuerza material. En ese punto señala que cuando el proletariado “pregona la disolución del orden universal anterior, no hace más que proclamar el secreto de su propia existencia, ya que él es la disolución de hecho de ese orden universal. Cuando el proletariado reclama la negación de la propiedad privada, no hace más que elevar a principio de la sociedad lo que la sociedad ha elevado a principio suyo, como resultado negativo de la sociedad”. (Carlos Marx: *Ibíd.*, en: *ob. cit.*, pp. 29-30)

⁷ Cfr.: *Ibíd.*, p. 21.

⁸ “...estando terminada su formación política, la burguesía liberal no vio ya en el Estado representativo constitucional el ideal del Estado, y no creyó ya —realizándolo—, perseguir la salvación del mundo y de sus objetivos generales y humanos; por el contrario, había reconocido en él la expresión oficial de su poder exclusivo y el reconocimiento político de su interés particular”. (Carlos Marx y Federico Engels: *La Sagrada Familia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1971, pp.145-146.)

⁹ Carlos Marx: “Introducción a la *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*”, en: Carlos Marx: *Crítica del derecho político hegeliano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, pp. 14-15.

¹⁰ Carlos Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 119.

¹¹ Para Marx, “Dado que la *Enciclopedia* de Hegel comienza por la lógica, por la *pura idea especulativa* y termina por el *saber absoluto*, por el espíritu filosófico (...) no es otra cosa que el espíritu del mundo enajenado que se conoce mentalmente a sí mismo, es decir, en forma abstracta, dentro de su enajenación. *La lógica es el dinero* del espíritu, el *valor* especulativo, *pensado*, del hombre y la naturaleza, su esencia

absolutamente indiferente hacia cualquier determinación real y, por lo tanto, esencia irreal”. (Carlos Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, pp. 120-121.)

¹² *Ibídem*, p. 124. Sobre esta limitación del sistema hegeliano apunta Cornú: “Hegel (...) como suprime la objetividad con la espiritualización del hombre y del mundo, la oposición entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mundo, se reduce a la oposición entre la conciencia y su objeto, que se desenvuelve en el plano del pensamiento, de manera que el movimiento dialéctico de la autocreación del hombre se reduce al Espíritu”. (Auguste Cornú: *Carlos Marx. Federico Engels*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 622). Esta concepción idealista del proceso de autocreación del hombre (de su proceso de actividad práctica), en el que se incluye toda emancipación posible, provoca que la negación de la negación hegeliana se formalice, en la medida que la negación teórica intenta superar la enajenación mediante un proceso de unidad entre el espíritu y sus manifestaciones ya separadas radicalmente de los procesos materiales, por lo que el sistema de Hegel solo restituye la unidad de la conciencia alienada consigo misma.

¹³ Cfr.: Carlos Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 130.

¹⁴ *Ibídem*, p. 126.

¹⁵ *Ídem*.

¹⁶ *Ibídem*, pp. 126-127.

¹⁷ “La idea de la alienación que, le permitió denunciar el carácter inhumano del régimen capitalista y analizar sus contradicciones, demostraba, en efecto, ser menos apta que el concepto de praxis para servir como base a la elaboración de una nueva concepción del mundo, como ideología del proletariado revolucionario. En efecto, al hacerle rechazar la teoría del valor de Ricardo, la concepción de la alienación no sólo le impedía acceder, como lo haría más adelante con el desarrollo de esa teoría a la verdadera noción del valor y a la noción de plusvalía, que permitían comprender mucho mejor la formación de la propiedad privada, las contradicciones del régimen capitalista (...) sino que conducía, por la oposición que establecía entre el hombre «alienado» —que englobaba a todas las clases sociales en el régimen capitalista— y el hombre «verdadero», a una concepción general del hombre todavía muy próxima a la noción feuerbachiana, concepción que atenuaba y velaba las oposiciones y las luchas de clase”. (Auguste Cornú: *Carlos Marx. Federico Engels*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 604.)

¹⁸ Cfr.: Xiomara García Machado: “La concepción de la filosofía del marxismo en la obra de Adolfo Sánchez Vázquez”, Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Filosóficas, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 2007, p. 8.

¹⁹ Carlos Marx y Federico Engels: “Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la concepción idealista”, en: Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana*, Editora Política, La Habana, 1979, p. 26.

²⁰ *Ibídem*, p. 27.

²¹ *Ibídem*.

²² Cfr.: E. Iliénkov: “La dialéctica de lo abstracto y lo concreto en *El Capital* de Marx”, en: Colectivo de autores: *Problemas actuales de la dialéctica*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1971, pp. 39-40.

²³ *Ibídem*, p. 41.

²⁴ Ídem, p.42.

²⁵ Ídem.

²⁶ Auguste Cornú: *Carlos Marx. Federico Engels*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 622.

²⁷ “Vemos que sólo en el estado social el subjetivismo y el objetivismo, el espiritualismo y el materialismo, la actividad y la pasividad pierden su oposición recíproca y, por lo tanto, su ser en calidad de semejantes contrarios; vemos que la solución de las oposiciones *teóricas* resulta posible de por sí *sólo por vía práctica*, sólo mediante la energía práctica de los hombres y que por eso su solución no es tarea sólo del conocimiento, sino que es una misión vital *real* que la *filosofía* no ha podido cumplir precisamente por ver en ella *sólo* una misión teórica”. (Carlos Marx: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 90.) (Cursivas de Marx)

²⁸ Carlos Marx: “Tesis sobre Feuerbach”, en: Néstor Kohan: *Marx en su (Tercer) Mundo*, Instituto Cubano de Investigación y Desarrollo para la Cultura “Juan Marinello”, La Habana, 2003, pp. 277-279.

²⁹ *Ibídem*.

³⁰ Xiomara García Machado: “*La concepción de la filosofía...*”, p. 16.

³¹ Cfr.: Federico Engels: *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1973, p. 171.

³² Cfr.: Georg Lukács: *Historia y conciencia de clase*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p.37.

³³ *Ibídem*, pp. 37-39.

³⁴ “Se trata aquí de la teoría que, más allá de la filosofía, tiene en el proletariado sus armas materiales y se realiza a través de la revolución social. La necesidad del descubrimiento de las posibilidades de transformación en el seno de las condiciones concretas de la práctica social caracteriza esa función de la teoría, cuyo elemento esencial está en la postulación de la *dialéctica materialista* como lógica del pensamiento”. (Rafael Plá León: “El cuerpo teórico del marxismo a la luz de la crisis del socialismo”, citado por Xiomara García Machado: “*La concepción de la filosofía...*”, p. 12.)

³⁵ “Es por eso que al considerar el pensamiento colectivo, social, expresado por las mentes teóricas de la época, tampoco se puede confiar a ciegas en lo que expresan sus obras. Hay que considerar en todo momento lo que constituye la acción real de la sociedad en cuestión. Al considerar prioritariamente la manifestación del pensamiento en los hechos no estamos separando el pensamiento de la práctica, de la acción que le sirve de vehículo de expresión. Lo que hacemos es todo lo contrario: establecemos la identificación del pensamiento con esa práctica real; decimos que el pensamiento verdadero es el que se manifiesta en la práctica, mientras que el que se expresa en el lenguaje está brindando una apariencia que disfraza al verdadero pensamiento”. (Rafael Plá León: “Problemas teóricos y metodológicos para la investigación del pensamiento latinoamericano”, Material digital inédito, Santa Clara, 2006.)

³⁶ *Ibídem*.

³⁷ Rubén Zardoya Loureda: *ob.cit.*, p. 47.

³⁸ Cfr.: Carlos Marx: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965, t. II, p. 144.

³⁹ *Ibídem*, p. 394.

⁴⁰ Cfr.: Rubén Zardoya Loureda: ob.cit., pp. 78-80.

⁴¹ *Ibíd*em, pp. 116-117.

⁴² Georg Lukács: *Historia y conciencia...*, p. 95.

⁴³ Rubén Zardoya Loureda: ob.cit., p.118.

⁴⁴ *Ibíd*em, p. 52

⁴⁵ Georg Lukács: *Historia y conciencia...*, p. 46.

⁴⁶ *Ibíd*em.

⁴⁷ *Ibíd*em, p. 81.

⁴⁸ *Ibíd*em, p. 91.

⁴⁹ Rubén Zardoya Loureda: ob.cit., p. 22.

⁵⁰ “(...) si bien este pensamiento parece ligado a un modo burgués de producción que se viene abriendo paso en América Latina, las formas semi-feudales de propiedad de la tierra van poniendo un valladar importante a la forma social que se configura, por un lado; pero, por otro, las formas filosóficas y culturales que en general se adoptan se avienen más a las de un modo burgués ya afianzado que busca su conservación a toda costa”. (Rafael Plá León: “Cuestiones metodológicas en torno a la investigación de pensamiento latinoamericano”, en: Colectivo de Autores: *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo*, Editorial Feijóo, Universidad Central de las Villas, 2006, t. II, p. 117.)

⁵¹ “Mientras no se precise bien este elemento fundamental, todas las consideraciones sobre el pensamiento latinoamericano quedan a la espera de confirmaciones más sólidas”. (Rafael Plá León: “Cuestiones metodológicas en torno a la investigación...”, en: ob. cit., p. 115.)

⁵² Como apunta Plá León, en este sentido, se trata de tener en cuenta que: “si estamos en presencia de un modo universal de producción basado en la explotación del trabajo asalariado a favor del capital, entonces las características de ese modo en América Latina no serían otra cosa que la forma particular en que se diera ese modo en la región, afectada por otras formas distintas que confluyen históricamente. De esa conjunción peculiar de formas, no obstante, no tendría que salir una forma especialmente distinta de pensamiento, sino que la misma forma de pensamiento dominante en los países donde domina la forma más avanzada del modo burgués de producción se manifestaría aquí de una manera peculiar”.(Rafael Plá León: “Cuestiones metodológicas en torno a la investigación...”, p. 117.)

⁵³ Guadarrama, siguiendo una larga tradición, señala que las circunstancias latinoamericanas exigen que se juzgue de manera diferente al positivismo en la región. El rechazo a la propuesta de Comte de instaurar una religión de la humanidad, el escaso seguimiento de los pensadores latinoamericanos a las conclusiones comtianas sobre el fin de la filosofía, así como los caracteres “atenuados” del darwinismo social, se unen para fundamentar el denominado carácter *sui generis* y progresista del positivismo en estas latitudes. (Cfr.: Pablo Guadarrama González: *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 12-13.)

⁵⁴ Arturo Andrés Roig: *El pensamiento social de Montalvo. Sus lecciones al Pueblo*. Editorial Tercer Mundo, Quito, 1984, p. 18, citado por Yamandú Acosta: “El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto

entre liberales y conservadores”, en: Colectivo de autores: *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Editorial Trota, Madrid, 2000, p. 344.

⁵⁵ T. A. Vasconi: “Las ideologías dominantes y el desarrollo de América Latina”, en: *Dependencia y superestructura y otros ensayos*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1981, pp. 43-60, citado por Yamandú Acosta: “El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores”, en: Colectivo de autores: *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Editorial Trota, Madrid, 2000, p. 344.

⁵⁶ “Esta minoría dirigente no era homogénea en lo ideológico. Mientras los conservadores se mostraron siempre reacios a cualquier cambio que pudiera poner en peligro su *status* privilegiado, el grupo más progresista y reformador, el liberal, pretendía imitar miméticamente los regímenes políticos de las naciones europeas más avanzadas, con el empeño de que se produjeran aquí los mismos resultados que en las naciones que servían de muestra”. (Carlos Beorlegui: *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 2006, p. 174.)

⁵⁷ “La enciclopedia es sustituida por una multitud de corrientes filosóficas, en muchos aspectos contradictorias. La realidad de los problemas hispanoamericanos, que se debatían, aglutina estas corrientes. La ideología, el tradicionalismo francés, el eclecticismo, el utilitarismo, la escuela escocesa y el socialismo romántico de Saint Simon, ofrecen las armas ideológicas de la generación que pretende realizar la nueva emancipación hispanoamericana”. (Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>) (Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2013). Véase también, sobre el tema de la diversidad de corrientes en esta etapa: Isabel Monal: *Ensayos americanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, pp. 197-201.

⁵⁸ Beorlegui, por ejemplo, utiliza esta caracterización. Cfr.: Carlos Beorlegui: Ob. Cit., pp. 186-228; también es importante en este punto el enfoque de Francisco Larroyo: *La filosofía iberoamericana*, Editorial Porrúa, México, 1989; además Cfr.: Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁵⁹ “Del romanticismo toman también su preocupación por el destino nacional, en este caso por el destino americano. Pero, mientras los europeos encontraban en sus particulares historias nacionales la justificación de tal destino, los hispanoamericanos encontraban en las mismas los elementos negativos del mismo”. (Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>)

⁶⁰ Cfr.: Juan Bautista Alberdi: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, W.M Jackson Editores, Buenos Aires, 1946, p. 73. Sobre esta problemática en la obra de Alberdi señala Terán que la “inmigración tiene entonces el mandato de modificar el sustrato poblacional y al mismo tiempo difundir materialmente la cultura moderna. Se abría paso así lo que Rousseau en el *Emilio* llamaba la educación de las cosas, tendiente a plasmar una mentalidad colectiva a partir antes de la práctica viviente que de instituciones presuntamente superestructurales”. (Oscar Terán: “Prólogo”, en: Juan Bautista Alberdi: *Política y sociedad en Argentina*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005, p. XXV.)

⁶¹ Cfr.: Juan Bautista Alberdi: “Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea”, en: Leopoldo Zea (Comp.): *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, t. I, p. 148.)

⁶² Cfr.: Yamandú Acosta: en: ob. cit., pp. 350-351.

⁶³ Juan Bautista Alberdi: “Ideas para presidir...”, p. 149.

⁶⁴ Ibídem, p. 146.

⁶⁵ Cfr.: Juan Bautista Alberdi: *Bases y puntos de partida...*, pp. 59-63.

⁶⁶ Oscar Terán: “Prólogo”, en: Juan Bautista Alberdi: *Política y sociedad en Argentina*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005, p. XXVII.

⁶⁷ “(...) la escisión entre sociedad civil y sociedad política permitía imaginar la construcción de una república restringida en la cual las libertades económicas funcionaran en su plenitud al par que el acceso al poder estuviera limitado a una élite, hasta que la pedagogía de las cosas produjera casi espontáneamente el pasaje del individuo del interés al sujeto político cabal. Se trata de todos modos de una etapa en el curso hacia la república real, y esa táctica etapista de transición a la democracia encuentra buenas condiciones de coherencia argumentativa en la teoría alberdiana del trasplante inmigratorio”. (Oscar Terán: “Prólogo”, en: Juan Bautista Alberdi: *Política y sociedad en Argentina*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2005, p. XXIV.)

⁶⁸ Calificativo dado por Zea, en este caso revela la vitalidad con que estos pensadores se dan a la tarea de decantar tanto la herencia española, como las propias contradicciones del proyecto que le oponen a dicha herencia. Cfr.: Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁶⁹ Ídem. (Cursivas nuestras-JMB)

⁷⁰ Domingo Faustino Sarmiento: *Conflicto y armonía de razas en América* (fragmentos), en: Leopoldo Zea (Comp.): *Pensamiento positivista latinoamericano*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, t. I., p. 139. Sobre el tema del pensamiento autóctono también aclara este autor: “No es la procedencia la que nos interesa, sino el caudal y la pureza de las aguas que tales raudales arrastran, y vienen a formar el grande estuario del pensamiento humano (...) El espíritu con esta preparación conserva las dotes naturales sin adquirir las curvaturas que le imprimen las peculiaridades locales y adquiriendo, por el contrario, el tono del pensamiento universal de su época”. (Ibídem, p. 131)

⁷¹ Juan Bautista Alberdi: *Bases y puntos de partida...*, p. 65.

⁷² Sobre dicho punto este autor declara que el objetivo siempre presente de su enfoque se halla en “enfátizar el grado de participación de los positivistas en el proceso humanista y desalienador que hasta el presente ha sido común al desarrollo de las ideas filosóficas en estos países”. (Pablo Guadarrama González: *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 2.)

⁷³ “Mediante una educación positivista se cree que se llegará a formar un nuevo tipo de hombre libre de todos los defectos de que le hizo heredero la Colonia y con un gran espíritu práctico, el mismo que ha hecho de los Estados Unidos e Inglaterra los grandes pueblos conductores de la civilización moderna”. (Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>)

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ “El viejo sistema comercial colonial se estaba desintegrando desde finales del siglo XVIII, pero sólo después de 1809 España quedó eliminada en su papel de intermediaria entre Hispanoamérica y Europa”. (Leslie Bethell (Comp.): *Historia de América Latina*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991, Volumen Sexto, p. 3.)

⁷⁶ “La educación no llegaba a todas las capas sociales. El confort no era disfrutado por todos los miembros de la sociedad. Pronto se destacarán grandes diferencias sociales. Se han formado oligarquías que acaparan los

negocios públicos para mejor servir sus negocios económicos. No faltan tampoco nuevas formas de tiranía, como la de Porfirio Díaz en México. Los ferrocarriles y las industrias crecen, pero se encuentran en otras manos que las hispanoamericanas. La burguesía en Hispanoamérica no es otra cosa que un instrumento al servicio de la gran burguesía europea y norteamericana que le ha servido de modelo”. (Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>)

⁷⁷ Cfr.: Augusto Comte: *La filosofía positiva*, Editorial Porrúa, México, 1990, p. 33.

⁷⁸ Carlos Marx: *Carta a Kugelmann, 27-VI-1870*, citado por Georg Lukács: *El asalto a la razón*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, pp. 552-553.

⁷⁹ Cfr.: Georg Lukács: *El asalto a la razón*, p. 554.

⁸⁰ Ídem.

⁸¹“Ante la disyuntiva que se le presentaba al pensamiento filosófico en Cuba de optar por el irracionalismo o el fideísmo —como inmediatamente sucedió durante la primera mitad del siglo XX—, que en esos momentos tomaban auge también en el seno de la filosofía occidental, o por el marxismo, que significaba la negación dialéctica de todos los valores que ellos aspiraban a implantar, no había otra mejor opción que el positivismo (...) El positivismo spenceriano era más acogedor. Se presentaba como la síntesis superior del desarrollo científico de la época”. (Pablo Guadarrama González: *Positivismo y antipositivismo...*, pp. 18-20.)

⁸² Ibídem, pp. 130-141.

⁸³ Ibídem, p. 109.

⁸⁴ Citado por Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁸⁵ Citado por Leopoldo Zea: Ibídem.

⁸⁶ Manuel A. Bermudes: “Educación y socialismo”, citado por Leopoldo Zea: Ibídem.

⁸⁷ En especial, Cfr.: María A. Muñoz y Dante Ramaglia: “José Ingenieros: del socialismo positivo a la unión latinoamericana”, en: Estela Fernández Nadal (Comp.): *Itinerarios socialistas en América Latina*, Alción Editora, Bs. As., 2001, p. 65-85; además Cfr.: Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, Proyecto Ensayo Hispánico, 2003, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/> y Cfr.: Oscar Terán: “José Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, pp. 13-117.

⁸⁸ José Alfredo Ferreira: “Síntesis de la política positiva de Comte”, citado por Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁸⁹ Ibídem.

⁹⁰ Citado por Leopoldo Zea: Ibídem.

⁹¹ Ibídem.

⁹² Ibídem.

⁹³ Ibídem.

⁹⁴ Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁹⁵ Cfr.: Georg Lukács: *El asalto a la razón*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, pp.551-564.

⁹⁶ Ratzenhofer: *Grundriss der Soziologie*, Leipzig, 1907, p. 165, citado por Georg Lukács: *El asalto...*, p. 558.

⁹⁷ Citado por Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/>

⁹⁸ Ibídem.

⁹⁹ Ibídem.

¹⁰⁰ Ibídem.

¹⁰¹ Cfr.: Carlos Beorlegui: *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao, 2006, p. 298.

¹⁰² Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre marxismo argentino y latinoamericano*, Instituto Cubano de Investigación y Desarrollo para la Cultura “Juan Marinello”, La Habana, 2008, p. 45.

¹⁰³ Para Justo, es la organización partidista la que está en condiciones de catalizar la energía de los desposeídos para convertirla en una verdadera fuerza social. A tono con ello señala: “Mientras haya partidos la ciencia de la Historia, a diferencia de las matemáticas, será ante todo una ciencia de partido”. (Juan Bautista Justo: *Teoría y práctica de la historia* (fragmentos), en: Leopoldo Zea (Comp.): *Pensamiento positivista latinoamericano*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, t. I, p. 489.

¹⁰⁴ Ibídem.

¹⁰⁵ Ibídem, p. 488.

¹⁰⁶ Ídem.

¹⁰⁷ Aunque no se encuentra plenamente consolidado en Justo, el cual llega incluso a criticar las posturas más radicales en cuanto a este tema, la importancia de los fines y motivaciones que ya está presente en su obra, permite que Alejandro Korn, en una interpretación propia de la filosofía que se va implantando en la región, le reconozca algunos aportes con respecto al pensamiento filosófico posterior. “De esta actitud pragmática fluye una enseñanza fundamental, pues se sobreentiende que la acción ha de estar al servicio de una finalidad ideal”. (Alejandro Korn: *Obras Completas*, Claridad, Buenos Aires, 1949, p. 362, citado por Emilio Corbiere: “Juan B. Justo y el positivismo”, en: Hugo Biaguini (Comp.): *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1985, p. 487.)

¹⁰⁸ Cfr.: Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org>

¹⁰⁹ Desde una perspectiva que valora, sobre todo, los aportes de Justo señala Biaguini: “Justo embiste contra quienes representan, para él, una plaga en América Latina: los falsos revolucionarios que pretenden transformarlo todo con la mera destructividad. La insurrección puede presentarse como indispensable –por ejemplo, en la resistencia de los peones rurales a la barbarie patronal– pero nunca como metodología o aventura. Los socialistas no deben ser asociados con los utópicos visionarios de café sino con quienes sostienen verdades y reformas concretas, sacan a la política del terreno personal en el que yace e

implementan una auténtica democracia”. (Hugo. E. Biaguini: “Juan B. Justo ante la condición humana”, en: <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/justo.htm> (Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2013)

¹¹⁰ Cfr. Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, en: <http://www.ensayistas.org>

¹¹¹ Juan Bautista Justo: *Teoría y práctica de la historia* (fragmentos), en: Leopoldo Zea (Comp.): *Pensamiento positivista latinoamericano*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980, t. I., p. 500.

¹¹² *Ibídem.*

¹¹³ “La vida está siempre en acecho de nuevas oportunidades. Como aquellas corruptas aristocracias de la antigüedad, los pueblos que hoy son más dueños de la tierra perderán su dominio si persisten en su tendencia demográfica actual”. (Juan Bautista Justo: *Teoría y práctica...*, p. 516.)

¹¹⁴ Una sugerencia interesante sobre las limitaciones de esta clasificación, que solo expresa el interés inicial de este movimiento filosófico por criticar al positivismo, presenta Isabel Monal, quien señala que “Al compás de las críticas, el positivismo primero, y con independencia de esa crítica después, se fue desarrollando, en la filosofía latinoamericana, la corriente espiritualista-irracionalista (...) después de la lucha contra el positivismo, aún antes de que la disputa con él se extinguiera, la concepción marxista-leninista del mundo, especialmente la visión materialista dialéctica de la historia, vino a ocupar el centro de su inquietud”. (Isabel Monal: *Ensayos americanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 225.)

¹¹⁵ Cfr.: D. Rock: *El radicalismo argentino, 1880-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977, p. 15, citado por Oscar Terán: “José Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 14.

¹¹⁶ Sobre la composición del migrante que reestructuró la sociedad argentina y Latinoamericana para fines del siglo XIX, señala Alba: “De 1850 a 1950 inmigraron a América Latina 17 millones de personas (...) Procedían de Italia (seis millones), Alemania (dos millones), España (cuatro millones), Portugal (1 millón)” (Víctor Alba: *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Editorial Limusa Wiley S.A, México, 1964, p. 17.)

¹¹⁷ Este tema ha alcanzado el debate reciente, sobre todo durante la década del 90 del siglo XX, en la que el derrumbe del modelo euro-soviético inclinó a reflexionar sobre la posible desaparición del proletariado y el papel de la clase media en el capitalismo desarrollado. Las predicciones extremas en ese sentido no se han cumplido, ya que la polarización social ha tomado otros caminos. Por otro lado, la clase media en los países centrales se ve sujeta a frecuentes amenazas de proletarianización y a modalidades más sofisticadas de explotación. Entre los partidarios de la tesis de que la polarización burguesía-proletariado era un error del marxismo clásico Cfr.: Adam Schaff: *El marxismo a final de siglo*, Editorial Ariel, Barcelona, 1994, pp. 72-76. Ante esta perspectiva, Atilio Borón ha apuntado que se trata de un tema deficitario del *Manifiesto Comunista* y no de la obra posterior de los clásicos, aunque reconoce que el papel de las clases medias en la estabilidad del capitalismo, o, en etapas de crisis, en su radicalización reaccionaria, merece el interés del pensamiento marxista. Cfr.: Atilio Borón: *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, pp. 34-35.

¹¹⁸ Gino Germani: “La movilidad social en Argentina”, en: Carolina Mera y Julián Rebón (Coords.): *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*, CLASO, Buenos Aires, 2010, p. 306.

¹¹⁹ *Ibídem.*, p. 309.

¹²⁰ Cfr.: Miguel Murmis: “Clases medias en el primer Germani”, en: Carolina Mera y Julián Rebón (Coords.): *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*, CLASO, Buenos Aires, 2010, p. 72.

¹²¹ *Ibíd.*, pp. 72-73

¹²² Los estudios sobre el peso de la clase media no ocultan que esta se desarrolla sobre todo en los sectores comerciales y de servicios, mientras se mantiene intacta la estructura desigual, encaminada a asegurar el flujo de ganancias y la concentración de la propiedad de una élite muy reducida. A medida que se consolida la economía agroexportadora “unas 2000 personas poseían en Argentina tanta tierra como la superficie total de Italia, Bélgica, Holanda y Dinamarca juntas”. (D. Rock: *El radicalismo argentino, 1880-1930*, citado por Oscar Terán: “José Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, pp. 14-15.)

¹²³ Una visión clara tiene Roig sobre el factor político como componente de unidad del radicalismo y de la propia clase media, aunque no hace hincapié en la utilidad que este fenómeno tuvo para la oligarquía: “se desprende fácilmente una fuerte heterogeneidad en lo que se refiere a ubicación social y a intereses económicos de los diversos grupos. A pesar de haber sido el radicalismo preferentemente un movimiento político de clase media, ésta no tuvo fuerza como para imponer una conducción orgánica propia sobre la base de sus intereses y el único común denominador que unió a propietarios tradicionales, pequeños propietarios rurales, burguesía media y proletarios campesinos y urbanos, fue el hecho de la marginación política y el despertar de las exigencias de participación en la conducción del país. Esto explica que la principal bandera de lucha levantada contra la oligarquía gobernante fuera la de la libertad de sufragio”. (Arturo Andrés Roig: *Los krausistas argentinos*, en: <http://ensayistas.org/filosofos/argentina/roig/krausismo/1.htm> (Fecha de consulta: 12 de enero de 2014.)

¹²⁴ Nelson Martínez Díaz: *Hipólito Yrigoyen. El radicalismo argentino*, Ediciones Anaya, Madrid, 1988, p. 20. Sobre la trayectoria del radicalismo en cuanto a los intereses del capital extranjero y el logro de cierta estabilidad política por diversas vías señala Gálvez: “la consecuencia más importante del obrerismo de Yrigoyen es el haber contenido la revolución social. Al comenzar su gobierno hay mar de fondo en los ambientes obreros. Yrigoyen detiene la revolución social que hubiera triunfado más tarde”. (Manuel Gálvez: *Vida de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, 1939, p. 322., citado por Milcíades Peña: *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, p. 8, disponible en: <http://www.scrib.com/people/view/3502992-jorge> (Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2013.)

¹²⁵ Para una profundización de estos acercamientos entre radicalismo y oligarquía consúltese Ana Virginia Perselló: “La Unión Cívica Radical. De los orígenes a la emergencia del peronismo”, en: <http://www.iberamericaglobal.org/#!vol4-num2-nov2011/c1zu3> (Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2013.)

¹²⁶ Víctor Alba: *Historia del movimiento obrero...*, p. 341.

¹²⁷ “El cargo de mayor responsabilidad del partido obrero lo desempeñó, pues, por primera vez, un joven que no había llegado aún a los dieciocho años”. (Sergio Bagú: *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Editorial Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1953, p. 18.)

¹²⁸ Citado por Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, p. 27.

¹²⁹ José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 147.

-
- ¹³⁰ Para una profundización de las condiciones del movimiento socialista, en el cual se desarrolla Ingenieros y del que recibe influencias Cfr.: Osvaldo Graciano: “El Partido Socialista de Argentina: su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las primeras décadas del siglo XX”, en: <http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente> (Fecha de consulta: 12 de noviembre de 2013.)
- ¹³¹ Cfr.: Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, p. 42.
- ¹³² José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 127.
- ¹³³ Oscar Terán: “José Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: ob. cit., p. 19.
- ¹³⁴ Para profundizar en el planteamiento de Ingenieros sobre el choque productor-parásito Cfr.: Oscar Terán: *Ibídem*, p. 21.
- ¹³⁵ José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 133.
- ¹³⁶ *Ibídem*, p. 122. (Cursiva nuestra-JMB.)
- ¹³⁷ *Ibídem*, p. 134.
- ¹³⁸ *Ibídem*, p. 138.
- ¹³⁹ *Ibídem*, pp. 139-140.
- ¹⁴⁰ *Ibídem*, pp. 140-141.
- ¹⁴¹ Cfr.: *Ibíd.*, pp. 135-140.
- ¹⁴² Cfr.: Carlos Marx: *Crítica del programa de Gotha*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 27.
- ¹⁴³ José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 138.
- ¹⁴⁴ Cfr.: Hugo Biaguini: “Acerca del carácter nacional”, en: Hugo Biaguini (Comp.): *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985, p. 24.
- ¹⁴⁵ José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, p. 140.
- ¹⁴⁶ *Ibídem*.
- ¹⁴⁷ *Ibídem*, p. 137.
- ¹⁴⁸ *Ibídem*, p. 130.
- ¹⁴⁹ Juega un papel importante en esta inclinación el hecho de que, como bien señala Terán, “el socialismo del joven Ingenieros se revela en estrecha vecindad con el individualismo comunitario, de orígenes igualmente anarquistas”. (Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 27.)
- ¹⁵⁰ Sobre todo el trabajo de Federico Engels: “Cómo se hace hoy la revolución”, citado por José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, pp.154-157.

-
- ¹⁵¹ Para profundizar en la confrontación de los participantes en estas empresas periodísticas con las fuerzas políticas del momento consúltese Sergio Bagú: *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Editorial Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1953; además Aníbal Ponce: *José Ingenieros. Su vida y su obra y Educación y lucha de clases*, Editorial J. Héctor Matera, Buenos Aires, 1957.
- ¹⁵² José Ingenieros: “Somos Socialistas”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 172.
- ¹⁵³ José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, en: José Ingenieros: ob. cit., p. 148.
- ¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 149.
- ¹⁵⁵ “...el pequeño comerciante es un proletario que desempeña el rol de facilitador de la venta del producto (...) es un obrero cuyo trabajo está representado por las manipulaciones, atenciones y trabajo material que suelen requerir las ventas al menudeo”. *Ibidem*, p. 131. Sobre los estudiantes e intelectuales en su unidad con el proletariado apunta más adelante: “Al esfuerzo muscular que imprime al martillo su fuerza percutoria (...) nosotros sustituimos el esfuerzo vibratorio de la masa encefálica que del cerebro arranca una idea o un pensamiento”. (José Ingenieros: “¿Qué es el socialismo?”, pp. 168-169.)
- ¹⁵⁶ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 15. (Cursiva del autor-JMB.)
- ¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 16.
- ¹⁵⁸ Un ejemplo de este tipo de valoraciones se encuentra en los trabajos de María Muñoz y Dante Ramaglia, quienes consideran que las concepciones de Ingenieros sobre la supervivencia de los más aptos y del progreso social como evolución no se utilizan como soporte ideológico, sino como supuestos instrumentos de crítica contra el estado de cosas. Cfr.: María A. Muñoz y Dante Ramaglia: “José Ingenieros: del socialismo positivo a la unión latinoamericana”, en: Estela Fernández Nadal (Comp.): *Itinerarios socialistas en América Latina*, Alción Editora, 2001, p. 68.
- ¹⁵⁹ José Ingenieros: “La paradoja del pan caro [divagación]”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, pp. 178-179.
- ¹⁶⁰ Cfr.: Víctor Alba: *Historia del movimiento obrero...*, p. 344.
- ¹⁶¹ Cfr.: *Ibidem*, p. 352.
- ¹⁶² *Ibidem*.
- ¹⁶³ Citado por Víctor Alba: *Ibidem*, p. 129.
- ¹⁶⁴ Nelson Martínez Díaz: *Hipólito Yrigoyen. El radicalismo argentino*, Ediciones Anaya, Madrid, 1988, p. 54.
- ¹⁶⁵ José Ingenieros: “De la barbarie al capitalismo”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 181.
- ¹⁶⁶ José Ingenieros: “Socialismo y legislación del trabajo”, en: José Ingenieros: ob. cit., p. 243.
- ¹⁶⁷ José Ingenieros: “La mentira patriótica, el militarismo y la guerra”, en: José Ingenieros: ob. cit., p. 199.
- ¹⁶⁸ Cfr.: María A. Muñoz y Dante Ramaglia: “José Ingenieros: del socialismo positivo...”, p. 72.
- ¹⁶⁹ José Ingenieros. “De la barbarie al capitalismo”, en: José Ingenieros: ob. cit., p. 182.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, pp. 183-184.

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 188.

¹⁷² Cfr.: *Ibíd.*, pp. 187-189.

¹⁷³ Entre estos trabajos destacan *Las multitudes argentinas*, de Ramos Mejía; *La ciudad indiana*, de Juan A. García; *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge y *La anarquía argentina y el caudillismo*, de Lucas Ayarragaray. Por otro lado, entre los eventos más importantes en los que participa Ingenieros están el Segundo Congreso Científico Latinoamericano, en Montevideo, marzo, 1901; el Segundo Congreso Médico Latinoamericano, realizado entre el 4 y el 11 de abril de 1904; el 5to Congreso de Psicología, celebrado en 1905, en Roma.

¹⁷⁴ Uno de estos espacios se había creado a partir de la llegada a la Argentina del penalista Pietro Gori y la correspondiente fundación de la revista *Criminología Moderna*, en 1898, en la cual Ingenieros publicaría un grupo importante de trabajos. Unido a ello, en 1902 Ingenieros se hace cargo de la dirección de los *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, labor que no abandona hasta 1913.

¹⁷⁵ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 42.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 45. Sobre este peculiar cruzamiento entre positivismo, especialmente en sus vertientes criminológicas y el socialismo señala Galfione: “El positivismo fue en la Argentina la herramienta de dominio de la oligarquía, un dominio apoyado sobre la dupla poder/saber y que, consecuentemente, se extendía sobre todo el espacio social (...) Ferri había sido uno de los principales inspiradores de esta corriente y José Ingenieros quien más difundió esa doctrina entre los científicos y juristas argentinos. Si en ambos, quizás en uno bastante más que en el otro, el positivismo podía darse la mano con el socialismo, lejos estuvo esta posibilidad entre los que fueran sus discípulos y ello se evidencia en las características que adoptaron las prácticas orientadas al tratamiento de los individuos segregados por el sistema capitalista. La sociología criminal se revelaba, así, bastante más cerca de la intervención disciplinaria que del socialismo”. (Carla Galfione: “La sociología criminal de Enrico Ferri y algunas derivas argentinas: socialismo, positivismo e intervención disciplinaria”, en: http://horizontesyc.com.ar/archivos/1350764863/LA_SOCIOLOGIA_CRIMINAL_EN_ENRICO_FERRI_POR_MARIA_GALFIONE.pdf (Fecha de consulta: 19 de diciembre de 2013.)

¹⁷⁷ José Ingenieros: “Las multitudes...”, p. 208.

¹⁷⁸ El término “bioeconomismo”, usado por Oscar Terán, se toma de la definición realizada por Orgaz de la sociología de Ingenieros como “monismo bioeconómico mecanicista”. Cfr.: Raúl A. Orgaz: “Ingenieros sociólogo”, en: *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero de 1926, pp. 97-113, citado por Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 40.

¹⁷⁹ Cfr.: Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 45.

¹⁸⁰ Se trata del trabajo titulado “Socialismo y legislación del trabajo”, que aparece publicado en *La Opinión*, Buenos Aires, en julio de 1904. Integrado posteriormente al volumen *Sociología argentina*.

¹⁸¹ Sobre este problema afirma Bagú que Ingenieros “se consideró reformista, aunque no se interesó más que accidentalmente por Bernstein, sino que trató de dar a los fenómenos sociales una raíz biológica y explicarlos recurriendo al evolucionismo y al darwinismo”. (Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, p. 95.)

¹⁸² José Ingenieros: “Socialismo y legislación del trabajo”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 239.

¹⁸³ “El extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo XIX ha creado estos dos términos en el problema de las relaciones económicas: capitalismo y proletariado (...) dos polos de una misma esfera —la producción— y polarizan energía aparentemente opuestas, pero que, en definitiva, son concurrentes en una misma acción común y tienden a equilibrarse dentro de cualquier régimen económico”. (José Ingenieros: “Socialismo y legislación del trabajo”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 239.)

¹⁸⁴ *Ibidem*, p. 256.

¹⁸⁵ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 45.

¹⁸⁶ “Así, a los dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas, sucede el tercero, caracterizado por la crítica del socialismo y su adaptación a las necesidades de una política positiva. Watson, Bernstein, Vandervelde, Briand, Turati, Millerand, Merlino, Jaurés, Bissolati, Deville, representan políticamente esta tercera etapa”. (José Ingenieros: “Socialismo y legislación...”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 247.)

¹⁸⁷ Cfr.: José Ingenieros: *Ibidem*, p. 245.

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 246.

¹⁸⁹ *Ibidem*, pp. 250-251.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 237.

¹⁹¹ José Ingenieros: *Sociología argentina*, Daniel Jorro, Madrid, 1913, pp. 178-179.

¹⁹² José Ingenieros: “Socialismo y legislación...”, pp. 240-241.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 253.

¹⁹⁴ “Las reformas comunes a todos los programas mínimos socialistas pueden enunciarse en pocos acápites fundamentales: extensión del republicanismo democrático, legislación protectora del trabajo, estado laico, nación armada (...) Ese programa se limita a trasuntar la finalidad completa del Progreso en nuestro momento histórico: la política evolucionista”. (José Ingenieros: “Socialismo y legislación...”, p. 248.)

¹⁹⁵ Cfr.: José Ingenieros: *Ibidem*, p. 255.

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. 251.

¹⁹⁷ José Ingenieros: *Crónicas de viaje*, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, Bs. As., 1919, p. 193.

¹⁹⁸ “Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras (...) Son los países en los que se trabaja con mayor tesón.”(José Ingenieros: *Crónicas...*, p. 196.)

¹⁹⁹ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 41.

²⁰⁰ José Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*, Roggero-Ronal Editores, Bs. As., 1952, p. 24.

-
- ²⁰¹ *Ibídem*, p. 21
- ²⁰² Cfr.: José Ingenieros: “Las multitudes...”, p. 208.
- ²⁰³ José Ingenieros: *Sociología argentina*, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1913, pp. 12-13.
- ²⁰⁴ *Ibídem*, p. 42.
- ²⁰⁵ *Ibídem*, p. 201.
- ²⁰⁶ *Ibídem*, p. 45.
- ²⁰⁷ Cfr.: José Ingenieros: *La simulación...*, p. 23
- ²⁰⁸ *Ibídem*.
- ²⁰⁹ *Ibídem*, p. 85.
- ²¹⁰ José Ingenieros: “Socialismo y legislación...”, p. 257.
- ²¹¹ José Ingenieros: *Crónicas de viaje*, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, Buenos Aires, 1919, p. 200.
- ²¹² *Ibídem*, p. 194.
- ²¹³ Cfr.: Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 21.
- ²¹⁴ Cfr.: Carmen Barandela Alonso: “Las concepciones filosóficas y sociológicas de José Ingenieros”, Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Filosóficas (Resumen), Instituto de Filosofía, La Habana, 1995, p. 9.
- ²¹⁵ “Desde el primer ensayo juvenil hasta último libro de madurez, se descubre siempre, transparente unas veces, disimulada otras, una misma preocupación de totalidad”. (Aníbal Ponce: *José Ingenieros su vida y su obra y Educación y lucha de clases*, J. Héctor Matera Editor, Bs. As., 1957, p. 73.)
- ²¹⁶ Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 hasta 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi> (Fecha de consulta: 28 de noviembre de 2012.)
- ²¹⁷ Citado por Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, p. 131.
- ²¹⁸ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 70. (Cursiva del autor-JMB.)
- ²¹⁹ *Ibídem*.
- ²²⁰ Citado por Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros...”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>
- ²²¹ Pablo Guadarrama González: *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs. alienación*, Fundación Editorial el perro y la rana, Caracas, 2008, t. II, p. 56.
- ²²² Carmen Barandela Alonso: “Las concepciones filosóficas...”, p. 14.

-
- ²²³ Se refiere Rossi a dos ejemplos claros de esta tensión permanente en el esquema de Ingenieros, los artículos “Para una filosofía argentina” y “La formación de una raza argentina”, publicados en 1915 con enfoques que acentúan principios contrapuestos en el análisis del mismo problema. Cfr.: Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 hasta 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>
- ²²⁴ Cfr.: José Ingenieros: *El hombre mediocre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 8.
- ²²⁵ Ídem.
- ²²⁶ José Ingenieros: *Principios de psicología biológica*, Daniel Jorro, Madrid, 1913, p. 6. (Cursivas del autor-JMB.)
- ²²⁷ José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 221.
- ²²⁸ José Ingenieros: *Principios...*, pp. 112-113.
- ²²⁹ José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1936, p. 19.
- ²³⁰ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 9.
- ²³¹ Aníbal Ponce: *José Ingenieros. Su vida...*, p. 31.
- ²³² José Ingenieros: *Principios...*, p. 212.
- ²³³ Ibídem, pp. 11-12.
- ²³⁴ Ídem. (Cursivas del autor-JMB.)
- ²³⁵ Ibídem, p. 11.
- ²³⁶ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 9.
- ²³⁷ Ibídem.
- ²³⁸ Ibídem, p. 12.
- ²³⁹ Ingenieros se apoya en James, específicamente en su obra *The Will to Believe*, para señalar: “En otros casos, nuestro pensamiento se desenvuelve orientado por un interés de acción, siguiendo huellas ya marcadas por creencias que polarizan nuestra voluntad en determinado sentido (...) James sintetizó ese credo moral de algunos pragmatistas, coincidiendo con ideas enunciadas por Payot”. (José Ingenieros: *Principios...*, p. 366.)
- ²⁴⁰ Sobre esta clasificación de los razonamientos Cfr.: José Ingenieros: *Principios...*, p. 369.
- ²⁴¹ “La creencia es sintética, sistematizadora, dinámogena y activa; la vida psíquica es un instrumento de adaptación de los seres vivos al medio y las creencias son los engranajes instrumentales de nuestra conducta (...) La especie, las razas, las naciones, los partidos, los grupos, los individuos, son animados por necesidades materiales que engendran sus sentimientos y constituyen creencias, más o menos conformes a la realidad, pero siempre determinantes de la actividad. Creer es la forma natural de pensar para vivir”. (José Ingenieros: *Principios...*, p. 359.)
- ²⁴² Cfr.: José Ingenieros: *Ibídem*, pp. 346-382.

²⁴³ Cfr.: Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros...”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>

²⁴⁴ María A. Muñoz y Dante Ramaglia: “José Ingenieros: del socialismo positivo...”, p. 79.

²⁴⁵ Tómese en cuenta que el contacto de Ingenieros con el proceso mexicano se produce en momentos posteriores, por lo que la hipótesis de un impacto de procesos sociales revolucionarios de esa magnitud en *El hombre mediocre* no se sostiene. En el discurso pronunciado con motivo del homenaje a Vasconcelos en 1922, Ingenieros reconoce la precariedad de sus conocimientos sobre la revolución, aunque adelanta un análisis en el que demuestra su creciente interés por este fenómeno. Cfr.: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, pp. 434-444. Por su parte, Bagú considera que la carta a Felipe Carrillo, que Ingenieros escribe en 1921, muestra la escasa información que este último posee sobre el proceso revolucionario, siendo la propia correspondencia con el líder mexicano el medio por el cual Ingenieros logra profundizar en el tema. Cfr.: Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, pp. 195-202; Cfr. Además: José Ingenieros: “Carta a Felipe Carrillo Puerto”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, pp.475-477.

²⁴⁶ Cfr.: Hugo E. Biaguini (Comp.): *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985, p. 32.

²⁴⁷ Desde *La simulación...* se perciben las conexiones entre darwinismo social e idealismo: “en el hombre los medios de lucha llegan a ser un producto casi puramente intelectual (...) Se produce, en otras palabras, una evolución que tiende a hacer primar las aptitudes mentales sobre las aptitudes físicas”. (José Ingenieros: *La simulación...*, p. 26.)

²⁴⁸ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 34.

²⁴⁹ *Ibidem*, p. 38.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 135.

²⁵¹ Cfr.: Pablo Guadarrama González: “Prólogo”, en: José Ingenieros: *El hombre mediocre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. X.

²⁵² José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 38.

²⁵³ *Ibidem*, pp. 28-29. La problemática de la unidad nacional y el concepto de pueblo son afectados por individualismo de Ingenieros, quien apunta en otro momento: “El pueblo —antítesis de todos los partidos— no se cuenta por números. Está donde un solo hombre no se complica con el abellacamiento común: frente a las huestes domesticables o fanáticas, ese único hombre libre, él solo, es todo: Pueblo y Nación y Raza y Humanidad”. (*Ibidem*, p. 129.)

²⁵⁴ Para profundizar en el contraste entre esta teoría individualista y elitista del sujeto histórico y las concepciones dialécticas del pensamiento revolucionario, en especial el leninista, Cfr.: Atilio Borón: “Actualidad del ¿Qué hacer?”, en: Vladimir Ilich Lenin: *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 44-58.

²⁵⁵ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 135

²⁵⁶ Cfr.: Oscar Terán: “José Ingenieros o la voluntad...”, p. 78.

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 74.

-
- ²⁵⁸ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, pp. 137-138.
- ²⁵⁹ En su carta al Decano de la Facultad de Filosofía y Letras señala Ingenieros: “Esa crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y renunciamento”. (José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 272.)
- ²⁶⁰ José Ingenieros: *El hombre mediocre*, p. 137.
- ²⁶¹ Cfr.: Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 82.
- ²⁶² Cfr.: Luis Farré: “La ética de José Ingenieros”, en: Hugo E. Biaguini (Comp.): *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985, p. 560.
- ²⁶³ Según el criterio de Ingenieros, el resultado primario de la experiencia social “consiste en la formación de criterios comunes para juzgar la utilidad o nocuidad de los actos de cada individuo en sus relaciones con el grupo de que forma parte. La repetición de esos criterios de juicio se traduce por la adquisición colectiva de ciertos hábitos mentales (costumbres) y tiene por exponente concreto determinada representación del bien y del mal en la mentalidad del grupo (moral)”. (José Ingenieros: *Principios...*, p. 214.)
- ²⁶⁴ Tómese en cuenta que seis años después del manifiesto antimperialista lanzado por Rodó desde las páginas de *Ariel*, Ingenieros aún sostiene una posición pro-imperialista. Para el análisis de este desfasaje de Ingenieros con respecto al antimperialismo modernista Cfr.: José Ingenieros: “Imperialismo”, en: José Ingenieros: *Crónicas de viaje*, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, Buenos Aires, 1919, pp. 192-201.
- ²⁶⁵ Para Ingenieros esta lucha se verifica en el hecho de que: “Dos grandes orientaciones pugnarón desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos la casta feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos; la minoría pensante e innovadora, a duras penas respetada, sembró escuelas y fundó universidades (...) Ahora el destino inicia la revancha del espíritu nuevo sobre la barbarie...” (José Ingenieros: “El suicidio de los bárbaros”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 407.)
- ²⁶⁶ Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad...”, p. 86.
- ²⁶⁷ Cfr.: José Ingenieros: “El suicidio de los bárbaros”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 407.
- ²⁶⁸ Cfr.: Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>
- ²⁶⁹ A tono con ello apunta: “Cada nación será la solidaridad colectiva de todos sus ciudadanos, movidos por intereses e ideales comunes. En el porvenir, hacer patria significará armonizar las aspiraciones de los que trabajan y de los que piensan bajo un mismo retazo de cielo”. (Cfr.: José Ingenieros: “El suicidio de los bárbaros”, en: José Ingenieros: *Antiimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 407.)
- ²⁷⁰ Cfr.: Luis Farré: “La ética de José Ingenieros”, en: Hugo E. Biaguini (Comp.): *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1985, p. 563.
- ²⁷¹ Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros...”, Versión digital disponible en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>

²⁷² Señala Ingenieros: “Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos”. (José Ingenieros: “Ideales viejos e ideales nuevos”, en: José Ingenieros: *Los tiempos nuevos*, Orbe Editores, La Habana, s/f, p. 22.)

²⁷³ José Ingenieros: *Hacia una moral sin dogmas*, Editorial Luz-Hilo, La Habana, 1961, p. 9.

²⁷⁴ *Ibíd.*, p. 120.

²⁷⁵ José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1936, p. 63.

²⁷⁶ *Ibíd.*, p. 24.

²⁷⁷ Término utilizado reiteradamente por Terán para designar la concepción de Ingenieros sobre la juventud como una de las determinaciones del sujeto social y del estado o cualidades que, en una determinada etapa de la vida, poseen los individuos, sobre todo los que pertenecen al rango de los “característicos”, como células básicas de las minorías y las generaciones que portan los ideales y la actividad creadora. Kohan reproduce esta calificación. Cfr.: Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, p. 53; además Oscar Terán: “Ingenieros o la voluntad de saber”, en: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 72.

²⁷⁸ Cfr.: Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros...”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>

²⁷⁹ La razón de la reforma “se fué ubicando en el centro —mucho más alejada, empero de la derecha antirreformista y clerical, que de la izquierda proletarizada— (...) Se nutrió, preferentemente, de Ortega y Gasset, que visitó el país en 1916; adhirió al idealismo que predicaba Alejandro Korn en la Universidad de Buenos Aires; aplaudió a Ricardo Rojas en su *Restauración Nacionalista* y predicó el neokantismo a todo estruendo”. (Sergio Bagú: *Vida ejemplar...*, p. 188-189). Sobre esta división de la juventud argentina en el interior de la propia Reforma Universitaria señala Cúneo: “La universidad platense había sido fundada por la impronta del positivismo. La reforma parte, ahí, de escalón que le permite, desde el primer momento, la avanzada crítica antipositivista. A ello contribuyó el padrino, o mayorazgo (...) de Alejandro Korn”. (Dardo Cúneo: “Extensión y significado de la Reforma Universitaria”, en: Dardo Cúneo (Comp.): *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988, p. XVII.)

²⁸⁰ Señala Ingenieros en este sentido que el filósofo español no logró convencerlo al neokantismo, ya que él se inclinaba “al idealismo neohegeliano”. (Cfr.: Julio Barreda Lynch: “Un ocaso de Ortega y Gasset”, en: *Revista de Filosofía*, año 9, vol. 17, Nro. 3, mayo de 1923, p. 327, citado por Luis Alejandro Rossi: “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros...”, en: <http://unq.academia.edu/LuisRossi>

²⁸¹ Rossi apunta que el centro de estas variaciones se encuentra en el seguimiento a los principios juvenilistas: “por el hecho de que sus críticos se recluten entre los estudiantes se ve impedido —por los propios presupuestos con que intentaba dar cabida a la importancia de la creación de ideales como creación exclusiva de la élite del mérito, la que siempre es joven— de dar otra respuesta (...) volviéndose más radical que sus críticos, dado que Barreda Lynch también es juvenilista y achaca a sus ocasionales adversarios, sean estos Emilio Zuccarini, Víctor Mercante o incluso Benedetto Croce, ser jubilados, solemnes, viejos y anticuados”. (Luis Alejandro Rossi: *Ibíd.*)

²⁸² Cfr.: José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1979, p. 472.

²⁸³ José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, p. 104.

-
- ²⁸⁴ “Más que enseñarlas o difundirlas, conviene despertarlas en la juventud que virtualmente las posee”. (José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, p. 21.)
- ²⁸⁵ José Ingenieros: *Los tiempos nuevos*, Orbe Editores, La Habana, s/f, p. 35.
- ²⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 60-61.
- ²⁸⁷ *Ibíd.*, p. 59.
- ²⁸⁸ “...aunque haya masas enteras de existencias que sigan encadenadas, ni más ni menos que antes, a la producción de un solo artículo, «poblaciones» enteras entregadas a una sola rama de la producción, aunque la humanidad siga dividiéndose, exactamente lo mismo que antes, en una serie de «modalidades económicas» mutiladas, como por ejemplo, «peones de carretilla» y «arquitectos». Es decir, que la sociedad se convierte en dueña y señora de todos los medios de producción para que cada individuo siga siendo esclavo de su medio de producción, sin más libertad que la de elegir de cuál de ellos”. (Federico Engels: *Anti-Dühring*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1979, p. 362.)
- ²⁸⁹ José Ingenieros: *Los tiempos nuevos*, Orbe Editores, La Habana, s/f, p. 66.
- ²⁹⁰ *Ibíd.*, p. 61.
- ²⁹¹ *Ibíd.*, p. 60.
- ²⁹² “...no se habla ni puede hablarse siquiera de compartir el *poder*, de renunciar a la dictadura de los proletarios contra la burguesía (...) el Poder soviético entrega la «dirección» a los capitalistas no como capitalistas, sino como técnicos especialistas u organizadores (...) Los obreros no son pequeños burgueses. No temen al gran «capitalismo de Estado», sino que lo aprecian como un instrumento suyo, *proletario*, que *su poder*, el Poder *soviético*, utilizará contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios”. (Vladimir Ilich Lenin: “Acerca del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeñoburgués”, en: Vladimir Ilich Lenin: *Obras escogidas en doce tomos*, Editorial Progreso. Moscú, 1977, t. VIII, pp. 164-167.) (Cursivas de Lenin)
- ²⁹³ José Ingenieros: *Los tiempos nuevos*, Orbe Editores, s/f, La Habana, p. 123.
- ²⁹⁴ *Ibíd.*, p. 127.
- ²⁹⁵ Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, p. 52.
- ²⁹⁶ En esta línea de pensamiento señala Ingenieros: “Todas las fuerzas vitales de los pueblos empiezan a solidarizarse en la humanidad. La producción y el consumo están regulados en escala internacional; los medios de circulación se han centuplicado, en la tierra, en el mar, en el aire. (...) Cada invento técnico, descubrimiento científico, creación artística, llega a todos los pueblos. En todos se definen análogas normas y principios jurídicos”. (José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, p. 119.)
- ²⁹⁷ José Ingenieros: *Los tiempos nuevos*, p. 127.
- ²⁹⁸ *Ibíd.*, p. 132.
- ²⁹⁹ José Ingenieros: *Las fuerzas morales*, p. 117.
- ³⁰⁰ Cfr.: José Ingenieros: *Los tiempos...*, p. 45.

³⁰¹ Términos ampliamente utilizados por Ingenieros en sus obras filosóficas. Cfr.: José Ingenieros: *El hombre mediocre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001; además José Ingenieros: *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, Buenos Aires, 1919; y *Las fuerzas morales*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1936.

³⁰² Cfr.: Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, pp. 49-50.

³⁰³ “Las fuerzas morales existen, pueden multiplicarse, crecer en los pueblos, formar una nueva conciencia colectiva, mover enteras voluntades nacionales. Sólo esas fuerzas pueden presionar la política de un país e imponer normas de conducta a los gobernantes desprevenidos y acomodativos”. (José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, p. 442.)

³⁰⁴ Cfr.: Michael Löwy: “El marxismo romántico de Mariátegui”, en *América Libre*, 2, citado por Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, p. 51.

³⁰⁵ Cfr.: Michael Löwy: *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa central*, El Cielo por Asalto, Bs. As., 1997, p. 30, citado por Néstor Kohan: ob. cit., p. 51.

³⁰⁶ Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, p. 51.

³⁰⁷ “Dentro de cada país existen hoy dos Estados inconciliables. Uno en disolución, el Estado capitalista (...); otro, en formación, el Estado socialista, cuya eficacia constructiva depende exclusivamente de la conquista del poder por las clases trabajadoras”. (José Ingenieros: *Los tiempos...*, p. 137.)

³⁰⁸ Según Ingenieros: “Las fuerzas morales deben actuar en el sentido de una progresiva compenetración de los pueblos latinoamericanos, que sirva de premisa a una futura confederación política y económica, capaz de resistir conjuntamente las coacciones de cualquier imperialismo extranjero”. (José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, p. 442.)

³⁰⁹ “La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e inestables (...) cada elemento de lo incommensurable tiende a equilibrarse con todo lo variable que lo rodea. En esa adecuación a la armonía del todo consiste la perfección de las partes”. (José Ingeniero: *Las fuerzas morales*, p. 52.)

³¹⁰ *Ibidem*, p. 120.

³¹¹ *Ibidem*, p. 114.

³¹² “El viejo plan, esencialmente político, de confederar directamente a los gobiernos, parece actualmente irrealizable, pues la mayoría de ellos está subordinada a la voluntad de los norteamericanos”. (José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, p. 443.)

³¹³ Sobre esta estrategia señala Ingenieros: “Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchando el concepto y el sentimiento de patria, haciéndolo continental, pues así como el municipio se extendió a la provincia, y de la provincia al Estado político, legítimo sería que alentado por necesidades vitales se extendiera a una confederación de pueblos...” (José Ingenieros: *Antimperialismo y nación*, p.443.)

³¹⁴ Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che...*, p. 50.

³¹⁵ “La coexistencia de dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una nueva categoría constituyen el movimiento dialéctico. El que se plantea el problema de eliminar el lado malo, con ello mismo pone fin de golpe al movimiento dialéctico”. (Carlos Marx: *Miseria de la filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, 1979, p. 91.)